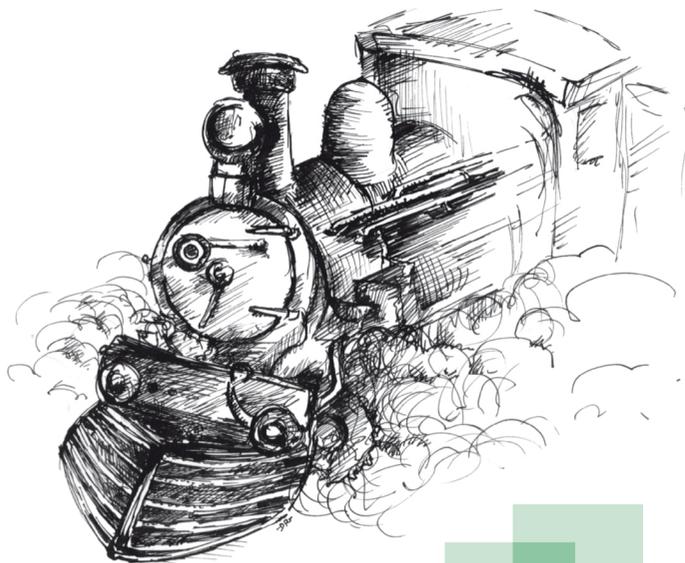


# INVESTIGACIONES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

## Viajes

Espacios y cuerpos en la Argentina del  
siglo XIX y comienzos del XX

**Irina Podgorny**  
**Marta Penhos**  
**Pedro Navarro Floria**





# Viajes



**IRINA PODGORNÝ · MARTA PENHOS · PEDRO NAVARRO FLORÍA**

# **Viajes**

**Espacios y cuerpos en la Argentina  
del siglo XIX y comienzos del XX**

**t** E S E O

Podgorny, Irina

Viajes : espacios y cuerpos en la Argentina del siglo XIX y comienzos del XX / Irina Podgorny ; Marta Penhos ; Pedro Navarro Floria. - 1a ed. - Buenos Aires : Teseo, 2009.

116 p. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-1354-34-4

1. Investigación Histórica. I. Penhos, Marta II. Navarro Floria, Pedro III. Título  
CDD 907.2

© Biblioteca Nacional, 2009



Director de la Biblioteca Nacional: **Horacio González**

Subdirectora de la Biblioteca Nacional: **Elsa Barber**

Director de Cultura: **Ezequiel Grimson**

Área de Publicaciones: **Sebastián Scolnik**

Área de Investigaciones: **María Pia López**

Diseño de tapas: **Alejandro Truant**

Ilustración de tapa: **Daniela Ruggeri**

© Editorial Teseo, 2009

Buenos Aires, Argentina

ISBN 978-987-1354-34-4

Editorial Teseo

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de esta obra, escribanos a: [info@editorialteseo.com](mailto:info@editorialteseo.com)

[www.editorialteseo.com](http://www.editorialteseo.com)

# ÍNDICE

PRESENTACIÓN .....	9
“RECUERDEN QUE ESTÁN MUERTOS” CUERPOS EMBALSAMADOS Y MUSEOS AMBULANTES EN LA BUENOS AIRES DEL FIN DE SIGLO por Irina Podgorny .....	11
<b>Introducción</b> .....	11
<b>Volcanes de muerte: la cremación y el embalsamamiento en Buenos Aires</b> .....	14
<b>“Que la naturaleza espere”: la conservación de los cuerpos orgánicos después de la muerte</b> .....	19
<b>“Nuevo espectáculo, rico y variado, que ha de llamar la atención pública”: los museos y las colecciones ambulantes</b> .....	29
<b>“Fácil es la pérdida del sepulcro”: momias y ceras ambulantes</b> .....	35
<b>Epílogo</b> .....	40
<b>Agradecimientos</b> .....	42
IMÁGENES VIAJERAS: DE LA EXPEDICIÓN DEL “BEAGLE” A <i>L’UNIVERSE PITTORESQUE</i> por Marta Penhos .....	45
<b>Libros de viaje: un género editorial</b> .....	47
<i>Narrative...</i> : un informe oficial apto para todo público .....	51
<b>Los grabados viajeros: el punto de partida</b> .....	60
<b>Los grabados viajeros: el punto de llegada</b> .....	71

<b>En tránsito</b> .....	77
<b>A modo de conclusión</b> .....	83
<b>Ilustraciones</b> .....	86

## EL CONOCIMIENTO DE LOS TERRITORIOS NACIONALES

GENERADO POR LOS AGENTES DEL ESTADO:

MEMORIAS, INFORMES Y MAPAS

por Pedro Navarro Floria..... 89

**El conocimiento del país: el Estado  
como sistema de información** ..... 89

**Los funcionarios públicos como agentes  
de la información sobre el Estado** ..... 93

**El giro al reformismo de fin de siglo**..... 97

**Los documentos compilados** ..... 106

**Referencias bibliográficas**..... 112

## PRESENTACIÓN

Durante el año 2007 la Biblioteca Nacional realizó un concurso de becas de investigación al que llamó “Félix de Azara”, homenajeando al viajero y naturalista español que dejó registros literarios y cartográficos de la región y que, en los tramos finales de la vida colonial, realizó una distribución de tierras en la frontera norte de la Banda Oriental, secundado por el entonces capitán de Blandengues José Artigas. El concurso convocó a autores de proyectos orientados a recopilar y analizar los distintos modos de conocimiento de la región durante el siglo XIX: imágenes, mapas, descripciones, historias, relatos de viajeros. Un jurado integrado por Susana Cella, Patricia Funes y Julio Vezub seleccionó cinco proyectos para ser financiados, referidos al estudio de materiales que existen en los fondos patrimoniales de la Biblioteca. Las investigaciones que se realizaron dieron origen a trabajos de gran relevancia, que dan cuenta de perspectivas originales, consideran objetos singulares y seguramente estimularán a otros investigadores.

En este libro se publican tres de los trabajos realizados. Aunque diversos, coinciden en el gesto de descubrir nudos singulares de una cultura cuyas fronteras y definiciones de identidad eran evidentemente móviles. Ezequiel Martínez Estrada, en *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, pensó la frontera como clave de una reflexión política y cultural: zona de intercambio, de contaminación y de conflicto. No se trataba meramente de un linde territorial entre sociedades, sino de una zona móvil en el que las distinciones resultaban más deudoras del maniqueísmo ideológico que derivadas de la experiencia real. Los artículos aquí publicados revisan las fronteras, pero en el momento mismo en que se definen y exhiben su desplazamiento o su titubeo.

Irina Podgorny rastrea las discusiones alrededor del embalsamamiento de cadáveres y los tránsitos de los museos ambulantes, a medias circenses, a medias científicos. ¿Qué es la ciencia en esas experiencias? ¿Qué relación hay entre el divertimento popular y las colecciones

académicas? Los viajes, modos de la movilidad, son territorio de esas definiciones trashumantes y conflictivas.

Marta Penhos analiza *imágenes viajeras*: las que van desde el relato de la expedición británica al Beagle –de 1839– al libro de viajes *Amérique Meridionale*. Las fronteras inestables, esta vez, son las que diferencian el relato de lo exótico, destinado a seducir a un público amplio, de la crónica rigurosa de lo visto. También las que separan el discurso racionalista de las imágenes de la estética romántica, o la argumentación de Lacroix sobre la normalidad de los habitantes de la Patagonia y las imágenes recostadas en el mito del gigantismo. La frontera es descubrimiento, migración y traducción.

Y es cuestión estatal. Pedro Navarro Floria analiza el modo como distintos agentes del Estado acompañan con informes, descripciones, exploraciones y representaciones cartográficas, la apropiación material del territorio. Las definiciones suponían debates –incluso respecto de quiénes podían ser esos agentes estatales aptos para su misión– y portaban las marcas de estilo de sus autores.

Estos artículos reconstruyen *vijajes* distintos: el del funcionario, el del explorador, el del buscador de oportunidades; el del informe estatal, el de los libros hacia su público, el de las colecciones de monstruosidades. E invitan a otro viaje: la travesía de los lectores por los tesoros de la Biblioteca.

*Biblioteca Nacional*

**“RECUERDEN QUE ESTÁN MUERTOS”**  
**CUERPOS EMBALSAMADOS Y MUSEOS AMBULANTES**  
**EN LA BUENOS AIRES DEL FIN DE SIGLO**

IRINA PODGORNÝ

*Beca Félix de Azara*  
*Museo de La Plata/ CONICET*

*“Diamine! Chi ha insegnato la musica a questi morti, che cantono di mezza notte come galli? [...] Io non mi pensava perchè gli ho preservati dalla corruzione, che mi risuscitassero. [...] Figliouli, a che giouco giochiamo? No vi ricordate di essere morti.”<sup>1</sup>*

## Introducción

En octubre de 1885, el periódico de los hermanos Gutiérrez, *La Patria Argentina*, reseñaba un folleto recientemente aparecido: “El embalsamamiento en Buenos Aires”, ocho páginas publicadas por Polidoro A. Segers (1852-1917), cirujano sustituto de la Armada y estudiante de tercer año de medicina.<sup>2</sup> Segers, de nacionalidad belga, se desempeñaba como preparador del gabinete de histología patológica del hospital de niños y había ganado el primer premio por sus preparaciones de anatomía en la exposición continental de Buenos Aires de 1882.

En el inicio del folleto Segers preguntaba a sus lectores:

“¿Quién no se estremece de horror y repugnancia, al solo pensar, que el cuerpo de un ser querido va a convertirse en un montón de carne corrompida, en una masa informe, cubierta de vapores fétidos y nadando en líquidos

---

<sup>1</sup> Giacomo Leopardi, “Dialogo de Federico Ruysch e delle sue mummie”, en *Operette morali*, edición crítica de Francesco Moroncini, vol. 2, Bolonia, Licinio Cappelli, 1928, págs. 425-34.

<sup>2</sup> P. A. Segers *El embalsamamiento en Buenos Aires*, Buenos Aires, Halitzky, 1885. Recordemos que desde 1875, Ricardo Gutiérrez, recién llegado de Europa y especializado en pediatría, ejercía la dirección del Hospital de Niños. Sobre *La Patria Argentina*, cf. Claudia Román, “De *La Moda* (1837-1838) a *La Patria Argentina* (1879-1885)”, en Noé Jitrik (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 2, Julio Schwartzman (comp.), *La lucha de los lenguajes*, Buenos Aires, Emecé, 2003, págs. 439- 467.

putrefactos? [...] ¿Qué padre, qué esposo, qué hermanos, ante tan horripilante cuadro, no se estremece de dolor? ¿Cuál de ellos no desearía conservar esos restos queridos, al abrigo de la descomposición pútrida? ¿Qué mejor prueba de cariño y de respeto hacia los despojos de un ser venerado? ¿Quién también no preferiría ver, en vez de una horrible y repelente calavera de la cual están borradas para siempre las facciones de una persona adorada, quién no preferiría ver, repetimos, a estas mismas facciones intactas y tranquilas, mostrando apacible expresión, la suprema calma del sueño de la muerte?”<sup>3</sup>

El folletito en cuestión, decía *La Patria Argentina*, “es la *réclame* indispensable a toda nueva empresa industrial. Pretende el señor Segers implantar entre nosotros, no ya el sistema crematorio de cadáveres, sino otro más refinado; el de su conservación perenne por medio del embalsamamiento”.

Para ello Segers se había asociado con el doctor César Milone (1844-1904), un profesor italiano contratado en Europa para enseñar en la Escuela de Medicina de la Capital los temas relacionados con la conservación de los cadáveres, preparación de piezas anatómicas y disección.<sup>4</sup> Milone, graduado en Nápoles, había llegado con una experiencia de cuatro años como jefe de clínica quirúrgica de la Facultad de Medicina de Roma, bajo la dirección del cirujano Costanzo Mazzoni (1823-1885), renombrado embalsamador. Milone atesoraba otros cinco años de experiencia como disector de anatomía del naturalista Toddaro y estudios en el Museo Orfila de París con Marie Philibert Constant Sappey (1810-1896), especialista en vasos linfáticos y conservación de piezas de este sistema. Mientras asistía a los italianos, habría participado de los embalsamamientos del Papa Pío IX, del General Medicis y del General Garibaldi. En Buenos Aires Milone, iniciaría la disección y demostración práctica en la materia de Anatomía Topográfica de la Escuela de Medicina y aplicaría nuevos métodos de conservación de cadáveres y piezas anatómicas. En su necrológica se recordaría que “practicaba con éxito el embalsamamiento mediante un compuesto líquido cuyos elementos mantuvo en reserva”.<sup>5</sup> Por otro lado, de tiempo en tiempo, seguiría enviando a los museos de sus colegas y condiscípulos de Europa,

<sup>3</sup> P. A. Segers *El embalsamamiento...*, *op. cit.*, págs. 3-4.

<sup>4</sup> Milone habría sido propuesto a A. del Viso, ministro argentino en Italia, para responder al pedido del gobierno de un anatómico que organizara la enseñanza práctica en la Escuela de Medicina y diese comienzo a la creación del Museo Anatómico. El ministro de Instrucción Pública Eduardo Wilde y el Decano de la Facultad M. González Catán pusieron en posesión de su cargo a Milone en enero de 1886, cesando en sus puestos los disectores anteriores; *cf.* Leandro Valle, “Dr. César Milone, Jefe de disectores de la Facultad de Ciencias Médicas, † el 30 de septiembre de 1904”, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1904, pág. 263. Es decir, la asociación con Segers tuvo lugar entre su arribo y su puesta en funciones en el cargo universitario.

<sup>5</sup> L. Valle “Dr. Milone...”, *op. cit.*, pág. 266.

preparaciones anatómicas y las novedades locales de la paleontología y de la anatomía comparada. Luego del episodio de 1885, Milone se asentó en Buenos Aires como jefe de disectores de un gabinete universitario. Polidoro Segers volvería a la vida de cirujano del ejército y, en esa calidad, acompañaría a Ramón Lista y al sacerdote salesiano José Fagnano en su viaje a Tierra del Fuego. Su nombre pasaría a la historiografía de la antropología en función de una noticia sobre los hábitos y costumbres de los onas. Desconocemos aún si embalsamó alguno de sus cuerpos. Terminó sus días rodeado de nietos, quienes hasta hace poco recordaban aún su colección de fotos y su afición al piano. Cuando enviudó se ordenó sacerdote, y al morir, en 1917, fue amortajado con su hábito de la Orden de San Francisco.<sup>6</sup>

En este ensayo trataremos primeramente algunas de las discusiones sobre el embalsamamiento alrededor de la década de 1880, en el contexto de fomento de la cremación como el método funerario ligado a los ideales de la modernidad. En relación con ello, presentaremos, la cultura de la conservación de los cuerpos orgánicos en los museos y colecciones, haciendo mención de las técnicas disponibles y su comercialización y uso en la Argentina. Finalmente, discutiremos el papel de los museos y colecciones ambulantes que, con sus momias, ceras y “doctores” proliferaron en el siglo XIX.

Señalemos que Cuvier, al hacer la historia de los progresos de las ciencias naturales, subrayó que el descubrimiento de las propiedades conservadoras del alcohol representaba una de las circunstancias que más habían contribuido al avance de las ciencias. Cuvier, al marcar la importancia de los líquidos conservadores, revelaba la estrecha relación entre las esferas de la farmacia, la naciente química inorgánica y la posibilidad de observar, aislar y visualizar los objetos anatómicos.<sup>7</sup> En un contexto de consolidación de la anatomía patológica y de la anatomía comparada como campos disciplinarios y base de la medicina clínica, el diálogo entre las prácticas funerarias religiosas y la medicina se renueva con un punto de encuentro en la química y en el estudio de las propiedades conservadoras de las sales de mercurio para preservar las piezas y órganos anatómicos animales y humanos, sanos y enfermos.<sup>8</sup> Parafraseando esa idea de Cuvier, nos detendremos en

<sup>6</sup> Cf. Juan Gómez, *La fotografía en la Argentina: su historia y evolución en el siglo XIX, 1840-1899*, Buenos Aires, Abadía Editora, 1986, pág. 113, y Enrique Udaondo, “Segers, Polidoro”, *Diccionario Biográfico Argentino*, Buenos Aires, Coni, 1938, pág. 998.

<sup>7</sup> John V. Pickstone, “Museological Science? The place of the analytical/comparative in nineteenth-century Science, Technology and Medicine”, en *History of Science*, 32, 1994, págs. 111-132.

<sup>8</sup> Silvia Marinozzi y Gino Fornaciari, “Le mummie e l’arte medica nell’ evo moderno”, en *Medicina nei Secoli*, Supplemento, n° 1, 2005, La Sapienza, Roma, pág. 74.

el desarrollo de las técnicas del siglo XIX para conservar los cuerpos orgánicos como un problema donde se cruzan las subculturas médica, funeraria y científica.

### **Volcanes de muerte: la cremación y el embalsamamiento en Buenos Aires**

Con su método, Segers prometía acabar con uno de los privilegios de los grandes hombres, es decir, la capacidad de atravesar los cambios de siglo y el devenir de la historia con el cuerpo listo para presentarse ante el último juez. Aseguraba un precio tan bajo como para que todos, hasta los más humildes industriales, pudieran ostentar prerrogativas faraónicas, reales o papales, embalsamando por trescientos nacionales los cadáveres de sus parientes y amigos. Segers argumentaba que su método se adaptaba mejor a las creencias religiosas, a los sentimientos afectuosos y a la higiene. Método profiláctico de las epidemias, evitaba la producción de los miasmas deletéreos y permitía, además, la conservación de los rasgos fisonómicos como para que después de años, los deudos pudieran tomar retratos de los cadáveres. En este sentido, el embalsamamiento conciliaba las preocupaciones higienistas –borrar de las costumbres actuales la práctica del enterramiento y la putrefacción lenta del cadáver– y los problemas planteados por la iglesia católica –la conservación del cuerpo–, garantizando la integridad de “los sagrados restos de los muertos, a fin de que sean objeto del culto y veneración de los vivos”. Segers, sumándose al coro de los higienistas, afirmaba:

“¡Cuánto germen nocivo no pasa a la atmósfera! ¡Cuánta semilla de muerte no se esparce entorno de esos inmensos focos de infección que se llaman cementerios! ¡A qué distancia no son llevados esos vapores letales que se escapan por las rendijas de las tumbas!”

Y recordaba, además, las palabras de Rawson anatematizando la Recoleta, el suntuoso Cementerio del Norte, que

“como un volcán de muerte, abre su pestífero cráter a las puertas de la ciudad, y no por estar ahora cubierto de flores es menos temible, pues los vientos arrastran igualmente el perfume de las flores y el hálito mortífero de los sepulcros. No es con manto de rosas que cubren los cadáveres, que vamos a evitar los peligros de la descomposición en el seno íntimo del organismo. El ojo penetrante de la ciencia ve al través de esa cortina de flores, los inmensos peligros que entraña para la población el mencionado cementerio”.

La capa de tierra que ocultaba a los muertos a la mirada de los vivos<sup>9</sup> permitía, en realidad, que a través de sus poros y hendiduras pasaran los gases a la atmósfera, y que los líquidos provenientes de la putrefacción fueran conducidos por la capilaridad del suelo a grandes distancias y puestos en contacto con las capas de aguas subterráneas que servían a las poblaciones vivas. Segers citaba extensamente los poderosos considerandos de Pedro Mallo, médico higienista partidario de la cremación, contra la práctica funesta del enterramiento. No obstante reconocer sus ventajas, Segers se alejaba de ella, “será todo lo higiénico que se quiera, pero la imaginación del pueblo lo ha de rechazar siempre con horror”. Y allí llegaba el ejemplo de lo sucedido con Garibaldi en Italia, cuna del sistema crematorio: a pesar de que Garibaldi quiso que su cadáver fuera reducido a cenizas “obrando siempre a impulso de las ideas modernas progresivas”, sus íntimos y familiares contrariaron su voluntad por no poder “resignarse a ver el cadáver del que tanto veneraban reducido a un puñado de cenizas”. De esta manera, el embalsamamiento químico moderno disolvía ese carácter de los muertos pútridos y los traía al mundo visible de los vivos, ya no como fantasmas o espíritus intangibles sino como cuerpos, con su carne casi fosilizada.

La reacción de *La Patria Argentina* fue contundente: el folleto se calificaba de inoficioso y fruto de una “estenopia incurable”.<sup>10</sup> El cronista ironizaba sobre la adaptación a los sentimientos y a la religión:

“Nada podemos responderle: ignoramos cuál es su religión y tenemos aprendido que los sentimientos varían de una época a otra, de un pueblo a otro pueblo, de individuo a individuo. La religión cristiana, condena tácitamente el embalsamamiento. *Quia pulve cris et in pulve reverteris* (sic), no es solo un precepto religioso; es también una ley natural. ¿Qué sucedería si se adoptase universalmente el embalsamamiento de los cadáveres? El cambio de la materia, esa transformación, ese círculo por el cual vuelve a la tierra lo que sale de ella, quedaría interrumpido. Nuestra madre común, alimentando siempre sin recibir recompensa jamás, acabaría por negarnos el sustento que guarda en sus entrañas. Y aquí *nuestra religión* se liga estrechamente con la ciencia, con la higiene, con los sentimientos, de una manera más amplia y generosa. A haberse seguido en todo el mundo, desde el tiempo de los Faraones hasta nuestros días, la costumbre de embalsamar cadáveres, ¿qué haríamos hoy día con ese mundo de muertos más poblado que el de los vivos? ¿Dónde estarían

<sup>9</sup> Este viejo tópico sobre la sepultura como espacio para ocultar los cadáveres de la mirada de los vivos, se encuentra maravillosamente expresado en Quevedo, donde en boca de Séneca dice: “No se inventó la sepultura por causa de los muertos sino de los vivos. Para quitarnos de delante los cuerpos feos y hediondos, unos sepultan la tierra, otros consumen la llama, otros se encierran en piedra, que los reduzca a huesos; no perdonamos a los difuntos, sino a nuestros ojos [...] Al cuerpo no le entierran para que se pudra, sino porque ya se pudre. Más sepulturas se deben al asco y al horror que a la piedad”.

<sup>10</sup> Fatiga visual.

guardadas esas momias? Si en la tierra hubiera sido menester ahuecarla o levantar Himalayas de cadáveres. Si en el mar constituirían esco los peligrosos (sic). La tierra empobrecida negaría toda manifestación de vida, y para salvarse de ese fin del mundo habría que devolver nuestros cuerpos por medio de la cremación artificial que día a día se perfecciona o de la cremación lenta que se efectúa en su seno mismo, a esa madre que para vivir tiene que devorar a sus propios hijos. He ahí por qué el embalsamamiento general es imposible, y es anticientífico, he ahí por qué nos asombra verlo preconizado”.<sup>11</sup>

Embalsamar equivalía a luchar contra la naturaleza que, como demostraban los estudios de Louis Pasteur, se caracterizaba por esa actividad constante e invisible de los microorganismos, agentes principales de la putrefacción de los cadáveres y de la continuidad entre la vida y la muerte. Así, el embalsamamiento de la segunda mitad del siglo XIX, se propone como una obra en pos de detener la “destrucción vital” del cuerpo, creando y aplicando líquidos antisépticos y desecantes para eliminar el agua, medio indispensable para la vida de los microbios y también para la de los humanos. Los higienistas, por el contrario, embarcaban sus argumentos en una idolatría de la naturaleza y la aceptación rigurosa de sus leyes proclamadas en los nuevos laboratorios de la medicina experimental.

Esta discusión particular de *La Patria Argentina* tuvo lugar pocos meses después de la primera cremación en Buenos Aires, donde en diciembre del año anterior se había incinerado el cuerpo de un ciudadano francés muerto de fiebre amarilla.<sup>12</sup> Mientras el movimiento

<sup>11</sup> “El embalsamamiento en Buenos Aires”, *La Patria Argentina*, 13 de octubre de 1885. Este argumento “natural” ya había sido rebatido por los embalsamadores parisinos. Sucquet reconocía que los espíritus positivos sostenían que había que dejar hacer a la naturaleza y que la vida nacía de la muerte. Sin embargo, redoblabla la apuesta en el poder del hombre: “Cette idolatrie de la nature n’est plus de notre temps. Nous avons assez béni sa féconde bonté, assez admiré ses grands spectacles. Pour la science de nos jours, la nature n’est autour de nous que ténèbres éternelles, éternel silence. Elle est contre nous un ensemble de forces aveugles et fatales. Que nous parle-t-on de condescendance à ses lois ? L’homme ne vit que par ses efforts, pour leur échapper, et ses meilleurs progrès viennent de leur défaite. Pourquoi donc l’homme ne protégerait-il pas contre ses outrages prochains les dépouilles de ceux qui lui furent chers ? L’esprit se trouble à la pensée de ce qui va s’accomplir dans le délaisement de la tombe. La dignité de l’homme valait un ordre plus digne. Mais l’homme peut y pouvoir. Il peut, à son gré, supprimer l’odieuse corruption qui l’attend, et immobiliser, pour des temps indéfinis, les restes des siens dans un milieu protecteur. L’homme n’en demande pas davantage. Son horizon ne contient pas l’infini ni dans le temps ni dans l’espace. Autour de lui tout cesse, tout devient. Ses dépouilles mortelles auront sans doute le destin commun, et la nature reprendra son œuvre par quelque route inconnue. Soit. Mais, aujourd’hui, que la nature attende et cherche une marche moins violente et plus discrète”. *De l’embaumement chez les anciens et chez les modernes et des conservations pour l’étude de l’anatomie*, Paris, Delahaye, 1872. (págs. 246-7).

<sup>12</sup> Estas líneas están basadas en los artículos de Lewis H. Mates sobre la cremación en la Argentina y la bibliografía allí citada, y los de Douglas James Davies sobre la masonería

crematorio había tenido un punto de inflexión en 1879, alrededor de la Sociedad Científica Argentina y de las propuestas de Pedro Mallo, para 1885 ya se habían producido varios alegatos y tesis a su favor: en una ciudad varias veces atacada por epidemias de cólera y fiebre amarilla, se argumentaba que la cremación del cadáver destruía la posibilidad de contagio y propagación de las epidemias. En esa línea, en 1886 se propondría la cremación obligatoria de los cadáveres de las víctimas de epidemias, de quienes la hubieran requerido y de las partes de cuerpos sobrantes de los hospitales y escuelas de medicina: en noviembre, la epidemia de cólera hizo que Buenos Aires fuera la primera ciudad del mundo donde se aprobara la cremación forzosa de las víctimas de enfermedades contagiosas.

El artículo de *La Patria Argentina* apelaba a los preceptos cristianos, pero los modificaba a su antojo: la Iglesia Católica de Roma, por esos mismos años, empezaba a disputar las proposiciones sobre las virtudes de la cremación promovidas por las sociedades masónicas. Contrariamente a lo afirmado por el cronista, y coincidentemente con la línea de Segers y Milone, la Santa Sede no solamente había propulsado el embalsamamiento de los papas: había logrado torcer la voluntad póstuma de Garibaldi de cremar su cuerpo y de desparramar sus cenizas en el aire italiano. Al explotar el sentimiento familiar, el embalsamamiento de Garibaldi se transformó en una pulseada con los masones y así, paradójicamente, el cuerpo del General fue sometido al mismo procedimiento con el que los papas eran preparados para enfrentar la eternidad, fomentándose una suerte de culto alrededor del cuerpo presente del héroe de dos mundos.<sup>13</sup> Más aún, en esa cruzada anticrematoria, el 19 de mayo de 1886 la Santa Sede emitiría el decreto *Quoad cadaverum cremationes*, donde exigía a los cristianos conservar la costumbre consuetudinaria del rito solemne de la inhumación, consagrado por la Iglesia. En el mismo documento se respondía, además, a

---

y la cremación en Italia; en D. J. Davies y L. H. Mates, *Encyclopedia of Cremation*, Aldershot, Inglaterra, Ashgate, 2005, en particular págs. 28-30, 44-6 y 207-10. Según estos trabajos, el impulso a la cremación en la Argentina siguió el modelo de la Sociedad Crematoria de Milán (So. Crem). Véase también Norma Isabel Sánchez, "Liga Argentina pro-cremación", en *La higiene y los higienistas en la Argentina (1880-1943)*, Buenos Aires, Sociedad Científica Argentina, 2007, págs. 253-4.

<sup>13</sup> Cf. Sergio Luzzatto, *La mummia della repubblica: storia di Mazzini imbalsamato, 1872-1946*; Rizzoli, 2001; Maurizio Ridolfi, *La democrazia radicale nell'Ottocento europeo: forme della politica, modelli culturali, riforme sociali*, Milán, Annali / Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, 39, 2003; Feltrinelli, 2005, *Rituali civili: storie nazionali e memorie pubbliche nell'Europa contemporanea*, Collana di studi e ricerche dell'Università degli studi della Tuscia, 3, Roma, Gangemi, 2006; Fulvio Conti y Augusto Comba, *La morte laica*, Collana del Centro studi "Ariodante Fabretti", Turín, Scriptorium, 1998; D. Mengozzi, *La morte e l'immortale. La morte laica da Garibaldi a Costa*, Manduria-Roma, Piero Lacaita, 2000. Sin intervención de la Iglesia, igual destino correrían las voluntades crematorias de Ho Chi Min y de Mao Tse Tung.

las siguientes cuestiones: si se permitía a los fieles inscribirse en las numerosas sociedades crematorias que empezaban a proliferar en Italia y si se consentiría la incineración del propio cuerpo o el de los parientes. En una declaración bastante severa, se condenaba por anticristianas a las sectas con intereses de propaganda a favor de la cremación y, sobre todo, a las sectas masónicas. Aunque aclaraba que no todos los propulsores de la cremación pertenecían a la masonería, reconocía que la mayoría pertenecía a grupos materialistas, que, con el pretexto higienista, intentaban erosionar la esperanza de los fieles en la resurrección de los cuerpos, disolviendo, de este modo, el pensamiento sobre ese día, cuando todos nos despertaremos de la muerte.<sup>14</sup>

El folleto de Segers –respetando el carácter ecuménico de los muertos y de su negocio– cuidaba de referirse al juicio final, manteniendo las virtudes de esta nueva empresa, situada en la Calle General Lavalle 736 (altos), en el ámbito privado de los sentimientos y en el público de la higiene, como una suerte de solución de compromiso entre los ideales materialistas, los decretos de la Iglesia y los temores o aprensiones populares. Segers decía combatir la desigualdad social de los cadáveres: los honores merecidos por los cuerpos de los hombres célebres debían extenderse a todas las clases sociales. Su método, poco oneroso, llegaba para cumplir esa misión. Por otro lado, Segers se colocaba en un espacio particularmente fecundo, no dominado del todo por la Iglesia ni por los higienistas pero favorecido también por los gustos de entonces: aquella enorme rendija creada por el miedo a someter el cuerpo a las llamas o a su mutilación, la moda francesa de conservar el cadáver en algún cuarto de la casa –preferentemente la biblioteca– y la curiosidad por la observación de los cadáveres y las partes anatómicas. No solo la Iglesia Católica romana o el Estado exhibieron a “sus” muertos, representaciones de cadáveres o parte de ellos: mientras Rawson, Mallo y Wilde hablaban o escribían con un lenguaje lleno de vísceras y líquidos pútridos, cuya materialidad horrorizaba al lector y entusiasmaba a los estudiantes de medicina, distintas empresas comerciales aprovechaban el interés mórbido en esos objetos y el requerimiento burgués de ataúdes con ventana de cristal, adaptables al mobiliario de la casa familiar.<sup>15</sup> Este control privado de las inhumaciones, vinculado a los gustos de la burguesía y a los intereses de los embalsamadores comerciales, muestra un factor más en los enfrentamientos entre higienistas y “católicos” por el control de los cementerios y el lugar de reposo de los muertos. Como

<sup>14</sup> Cf. Fernando Vidal, “Brains, Bodies, Selves, and Science: Anthropologies of Identity and the Resurrection of the Body”, en *Critical Inquiry*, 28, 2002, págs. 930-974.

<sup>15</sup> Cf. Philippe Ariès, *Morir en Occidente: desde la Edad Media hasta nuestros días*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2000.

analizaremos más adelante, la empresa de Segers –una iniciativa privada que se aprovecha de colecciones y de espacios públicos– coincide con la moda francesa de embalsamar los cuerpos y la proliferación comercial de los museos, ambulantes o fijos, donde se observaban cuerpos secos, embalsamados, en cera y estudios anatómicos del interior del cuerpo. Las actividades comerciales aprovecharon y alimentaron esa curiosidad, actuando, asimismo, como espacios donde, a través de la exhibición mercantilizada del cuerpo, los higienistas aprovechaban para materializar algunas de sus ideas y los anatomistas para explicar al vulgo los aspectos más opacos de su ciencia. En los apartados siguientes se analizarán las técnicas de embalsamamiento utilizadas y su vinculación con el mundo de los museos de historia natural para luego pasar a la creación y circulación de piezas anatómicas en cera o materiales reales, objetos consumidos y admirados por la pequeña burguesía de la segunda mitad del siglo XIX.

### **“Que la naturaleza espere”: la conservación de los cuerpos orgánicos después de la muerte**

Más allá del precio, de las ventajas higiénicas o del pesar de los herederos, los procedimientos de Segers prometían algo más: no sujetar al cuerpo a manipulaciones y destrozos de todo género, no abrir el cadáver para extraer las vísceras, no aplicarle antisépticos, no dejarlo macerar de modo prolongado, en suma: no someter el cuerpo del fallecido a algo que “era mirado como un acto de profanación por el vulgo”. Segers aseguraba que la ciencia moderna no precisaba desvestir el cadáver ni sacarle una gota de sangre: muy por el contrario, “el cuerpo queda tan intacto como antes”.<sup>16</sup>

<sup>16</sup> Véanse los métodos propuestos por Luis J. Fontana en 1870 (“El arte de embalsamar y las momias egipcias y peruanas del Museo Público de Buenos Aires”, Separata de la *Revista de Buenos Aires*, 1870). Allí Fontana –inspector interno y preparador del Museo Público de Buenos Aires– se lamentaba por el poco interés contemporáneo de los gobiernos o representantes de un país por “mandar a conservar los restos de aquellos que por sus méritos y virtudes merecieron perpetuarse, aún en sus despojos, para ejemplo de los demás” (pág. 18). En este artículo presentaba otras recetas para embalsamar, en particular la adaptada por él a la naturaleza “húmeda y cálida de nuestro país”. Según este método, basado en el vaciado de las vísceras, el cadáver se lavaba con aguardiente y se lo sumergía en agua caliente como para que recuperara flexibilidad. Luego se le inyectaba por la aorta aceite de trementina y sublimado corrosivo caliente. Seco el cadáver, se le extraían los intestinos y entrañas del tórax, se arrancaban los ojos con sumo cuidado y por una abertura del cráneo, se sacaba la masa cerebral. En ese estado, el cadáver era bañado otra vez en agua fría con vinagre, sublimado corrosivo, alcanfor, alcohol, alumbre y nitro. Todos estos pasos llevaban unas cinco horas; el cuerpo quedaba sumergido toda la noche y, al día siguiente, se lo enjuagaba y se pincelaba su interior con barniz copal con arsénico, “habiendo antes

Los cronistas de *La Patria Argentina* auguraban el fracaso de esta empresa: habían visitado el anfiteatro de Buenos Aires para observar las piezas embalsamadas y habían constatado que se trataba de cabezas, simples cabezas, entre las cuales una había dejado escapar por entre las porosidades de la piel, abundantísimos cristales del hiposulfito de sodio supuestamente empleado. Una de las cabezas embalsamadas estaba como infiltrada de un color terroso que no tenía antes de la operación, los rasgos fisonómicos estaban casi perdidos. En los senos frontales exhibía hongos verde-azulados, precursores de la descomposición. Otra de las cabezas así preparadas hubo de ser devuelta a la fosa común. Frente a este estado penoso, el cronista se preguntaba qué sucedería con la conservación de las vísceras, cuyo reblandecimiento cadavérico provocaba la desesperación de los embalsamadores noveles, recordando que –salvo Ruischio que se llevó el secreto a su tumba–<sup>17</sup>: “Con estas dificultades de práctica han tropezado los mejores preparadores de la Europa, que en vano han desesperado en el estudio de las momias egipcias”.

En efecto, el tratamiento de las vísceras –el largo intestino, el corazón y demás órganos del tórax y abdomen– constituía una de las pesadillas de los disectores desde tiempos desconocidos por los médicos porteños.<sup>18</sup> Como han estudiado Silvia Marinozzi y Philippe Ariès, con el edicto de Teodosio del año 392 d. C., que vetaba toda forma de

---

cerrado el ano por medio de sutura o ligando una parte del recto, que puede dejarse”. Para que el barniz se adhiriera al cráneo y a las órbitas debía espolvorearse con una mezcla de alumbre, resina, yeso, carbón vegetal y arsénico. Se rellenaba luego con ojos artificiales, plantas secas aromáticas y conservadoras (romero, cedrón, níspero), mezcladas con alcanfor y benjuí. El cráneo se inyectaba con aceite de trementina. Los intestinos endurecidos con alumbre se volvían a colocar como relleno del abdomen. Se barnizaba el cadáver y se le aplicaba un vendaje con yeso en polvo. Se vestía el cadáver, se arreglaba el pelo y las facciones del rostro, se coloreaba ligeramente la cara y las manos y se le pasaba una nueva capa de trementina. El cuerpo se colocaba entonces en una caja de plomo con una capa de yeso en el fondo, relleniéndose las concavidades con flores secas, hierbas aromáticas y algún extracto aromático y conservador. Si el cuerpo debía exponerse al público, se colocaba bajo cristales. Fontana, recordemos, no se caracterizaría por su habilidad en el armado de cuerpos: su relación con Burmeister –director del Museo Público– se complicaría a raíz del engaño urdido para falsear la anatomía de un gliptodonte (cf. I. Podgorny y M. M. Lopes, *El desierto en una vitrina*, México, Limusa, 2008).

<sup>17</sup> Se refería a Frederik Ruysch (1638-1731), botánico y anatomista holandés, famoso por sus preparados anatómicos y sus métodos para la preservación de órganos. Cf. Silvia Marinozzi y Gino Fornaciari, “Le mummie e l’arte medica nell’ evo moderno”, en *Medicina nei Secoli*, Supplemento, n° 1, 2005k La Sapienza, Roma; Hans-Jörg Rheinberger “Präparate- ‘Bilder’ ihrer selbst”. Eine bildtheoretische Glosse, *Bildwelten des Wissens. Kunsthistorisches Jahrbuch für Bildkritik*, 1-2 “Oberflächen der Theorie”, Akademie, 2003, págs. 9-19.

<sup>18</sup> Esta pesadilla cargaba con el peso de la tradición que asociaba el embalsamamiento al vaciado de los cuerpos. Quevedo –otra vez– la expresa de esta manera: “Sin entrañas embalsamado”; “uno (que por haber sido embalsamado y estar lejos sus tripas no hablaba, porque no habían llegado)”.

manifestación de los ritos no cristianos, Egipto perdió sus instituciones y, con ellas, la oficialidad de la práctica del embalsamamiento.<sup>19</sup> Sin embargo, en la baja Edad Media y en el seno de la Iglesia Católica, se retomó y se afirmó la práctica del embalsamamiento del cadáver de los príncipes y de los religiosos: la intangibilidad e integridad del cuerpo se transforma en la conservación de la memoria y de la historia, en la presencia siempre viva de las acciones y del significado moral de un personaje. Es decir, la institucionalización del catolicismo entrañó la oficialización de ceremonias y ritos funerarios que prevenían la exposición, pública o privada, del cuerpo por un período variable de tiempo. Durante siglos, la búsqueda de nuevos métodos se vinculó más con la iglesia y con el cuerpo del Rey que con un remozamiento del antiguo Egipto, relacionados, estos procedimientos, con los desarrollos de la anatomía, la historia natural y los viajes (búsqueda de sustancias útiles para conservar los alimentos y los especímenes coleccionados), la anti-cuaria y, ya en el siglo XIX, con la explosión de la química inorgánica. Por otro lado, la analogía con los fósiles, esos cuerpos petrificados y conservados por la naturaleza,<sup>20</sup> despertó el interés por entender –para repetirlos por intervención humana– los procesos por los cuales las sustancias orgánicas del cuerpo se “petrificaban”. En ese sentido, puede decirse que el cadáver embalsamado y estabilizado –la cosa inmóvil por antonomasia– condensa una suma de prácticas de viaje. El problema práctico del embalsamamiento representa una de las tantas zonas de encuentro del saber, desafiando los espacios y conteniendo en sí mismo la multiplicidad de los lugares de la historia y la filosofía natural. En el último de los apartados de este trabajo, volveremos sobre esta relación.

Los médicos de *La Patria Argentina*, desestimando esta larga historia, sí conocían el interés reciente por las momias egipcias. Reavivado por la expedición napoleónica, invadió los gabinetes europeos y llegó hasta las lodosas playas del Plata en 1843, en forma de una donación de Tomás Gowland al Museo Público.<sup>21</sup> Las momias egipcias fueron

<sup>19</sup> Silvia Marinozzi y Gino Fornaciari, “Le mummie...”, *op. cit.* Todo este párrafo está basado, en particular, en el cap. 1 “L’evoluzione dei sistemi d’imbalsamazione artificiale nell’età moderna”, págs. 23-102.

<sup>20</sup> Cf. Martin Rudwick, *Bursting the Limits of Time: The Reconstruction of Geohistory in the Age of Revolution*, Chicago y Londres, The Chicago University Press, 2005.

<sup>21</sup> Cf. I. Podgorny y M. M. Lopes, *El Desierto...*, *op. cit.* Sobre T. Gowland véase Maxine Hanon, *Diccionario de Británicos en Buenos Aires (Primera época)*, Buenos Aires, 2005. Para 1864, las momias egipcias eran tres. Burmeister describía su estado de conservación de la siguiente manera: “La avaricia o el descuido de los primeros poseedores de las momias de nuestro museo las ha desmejorado muchísimo, desenvolviendo la tela que las cubría y abriendo a cuchillo la parte en que los parientes del difunto depositaban las alhajas pertenecientes a la persona que embalsamaban”, “Sumario sobre la fundación y los progresos del Museo Público de Buenos Aires”, en *Anales del Museo Público de Buenos Aires*, 1, 1864, pág. 5.

desenrolladas o abiertas para estudiar su interior, con gran asistencia de público y resultados publicados y traducidos en las revistas de las sociedades eruditas.<sup>22</sup> La momia egipcia, como explica Silvia Marinozzi, pierde así su carácter sagrado para adquirir una valencia antropológica y cultural que permitirá individualizar por el análisis la metodología que llevó a su preparación, las sustancias y los aromas utilizados, las incisiones practicadas para extraer vísceras, la tipología de los instrumentos quirúrgicos y las sustancias de que estaba impregnado el cuerpo. De esta manera, surge la estructura química del natrón o sal divina, utilizada en el proceso, y que los embalsamadores franceses, como J. P. Sucquet, probarían sin éxito.<sup>23</sup> No extraña, entonces, que los higienistas de la nota de *La Patria Argentina*, aprovecharan estos fracasos y afirmaran que todos los intentos de embalsamar a los hombres ilustres, los nobles y los Papas del siglo XIX se habían malogrado. El cadáver de Pío IX embalsamado, decían, comenzaba ya a descomponerse antes de bajar al mausoleo. En un orden más cercano, lo mismo había sucedido con los cadáveres de los generales San Martín y Conrado Villegas, víctimas ambos de la moda vigente en los años de su muerte y de los proyectos de trasladar sus cuerpos a lugares donde tuvieran algún significado cívico moral.<sup>24</sup>

Como años más tarde confirmaría la nota necrológica de Milone, los elementos utilizados por Segers se mantenían en secreto: el embalsamamiento de las cabezas permanecía como una operación misteriosa que ningún alumno de la Facultad había podido presenciar, a pesar de haberse hecho en el anfiteatro público y con cadáveres destinados a la enseñanza y el estudio común. *La Patria Argentina* trataba de adivinar el método, arriesgando qué manual de medicina se habría utilizado: si el Jacoud, el comentado en el Morel y Duval o las memorias sobre el embalsamamiento de Lemaire. Uno de los métodos más difundidos hasta entonces en Buenos Aires era el del embalsamador francés J. P.

<sup>22</sup> "The Royal Institution. Unrolling of a mummy from Thebes", *Medical Times: a journal of medical and chemical science. Literature, criticism, and news*, 19, 1849, pág. 365; *Account of the unrolling of a mummy at Florence belonging to the grand duke of Tuscany: Communicated [to the Society of antiquaries] with notes and observations by Samuel Birch / by Professor Migliarini*; traducido del italiano [Ms. prof. Migliarini.] por C. H. Cottrell; Londres, 1855; Cf. Nicholas Daly, *Modernism, Romance, and the Fin de Siècle: Popular Fiction and British Culture, 1880-1914*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1999.

Miruna Achim "Las entrañas del poder: una autopsia michoacana del Siglo XVIII", *Relaciones*, invierno, vol. 1, no. 81, El Colegio de Michoacán, pp. 15-38, 200.

<sup>23</sup> S. Marinozzi, págs. 75-6. Más adelante mencionaremos cómo los embalsamadores rusos experimentaron exitosamente con las momias egipcias.

<sup>24</sup> Conrado Villegas murió en abril de 1884 en París y su cuerpo fue embalsamado allí; cf. Juan Mario Raone, *Fortines del desierto: mojoneros de civilización*, Buenos Aires, Editorial Lito, 1969; pág. 179, y Antonio Alberto Guerrino, *La salud de San Martín. Ensayos de patografía histórica*, Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1999, págs. 176-9.

Sucquet, cuyo manual se encuentra en numerosas bibliotecas científicas y médicas argentinas.<sup>25</sup> El método de Sucquet superaba las técnicas y sustancias usadas anteriormente en el embalsamamiento de varios senadores del Imperio francés y en la del rey Luis XVIII (1824). Inspirado en las propuestas del doctor Giuseppe Tranchina (1797-1837) de Nápoles, que inyectaba en el sistema arterial una solución de ácido arsenioso como sustancia conservadora,<sup>26</sup> Sucquet experimentó con las cualidades antisépticas del cloruro de zinc. Sucquet se aprovechaba del desarrollo de la nueva química y se adaptaba al deseo de un público cada vez más amplio, deseoso de recibir enteros a sus allegados caídos en el campo de batalla o de conservar en cajas de vidrio –cual enanos de Blancanieves– a sus parientes fallecidos.<sup>27</sup>

Para ello, Sucquet contó con el apoyo de Mateo Orfila (1787-1853), decano de la Escuela de Medicina de París, quien le permitió utilizar el llamado anfiteatro de Clamart.<sup>28</sup> Allí desarrolló un procedimiento que defendería ante la Academia de Medicina, concursando con los métodos del farmacéutico Jean Nicolas Gannal (1791-1852) y del doctor Dupré. Éstos diferían solamente en la naturaleza de las sustancias químicas aplicadas: ninguno extraía vísceras, los tres se realizaban en poco tiempo y demandaban poco gasto. Mientras Sucquet trabajaba con los cloruros de zinc, el líquido de Gannal apelaba al arsénico,<sup>29</sup> una sustancia prohibida en 1846 por el rey Luis Felipe ante la posibilidad de encubrimiento de asesinatos con esta sustancia, útil tanto para matar como para conservar los cadáveres.<sup>30</sup> Más aún, al año de este concurso, al desenterrar

<sup>25</sup> *De l'embaumement chez les anciens et chez les modernes et des conservations pour l'étude de l'anatomie*, París, Delahaye, 1872; el ejemplar de la Biblioteca Nacional pertenecía al Dr. J. A. Argerich, colega médico literario de Ricardo Gutiérrez; cf. también Avelino Gutiérrez, "El embalsamamiento moderno", en *Anales del Círculo Médico Argentino*, 16, 1893, págs. 300-8.

<sup>26</sup> Anónimo, "Modo di conservazione perfetta de' cadaveri, da sostituirsi all'ordinaria imbalsamazione, con metodo celere ed economico", *Antologia medica, opera periodica in continuazione al Giornale di medicina pratica*, 1834, vol. 2 pág. 529. Cf. Marinozzi, págs. 81-2.

<sup>27</sup> Así como S. Marinozzi recuerda el vínculo esencial entre las cruzadas y regreso del cuerpo embalsamado de los muertos en Tierra Santa, otros autores han señalado la relación entre el desarrollo y difusión del embalsamamiento moderno en los Estados Unidos en conexión con la Guerra Civil y la búsqueda de un método para transportar el cadáver de los caídos. Señalemos, además, que Abraham Lincoln fue embalsamado en abril de 1865, siguiendo el método francés de inyección arterial del cloruro de zinc. El cuerpo fue exhibido en varias ciudades, colaborando, como la guerra civil, a difundir esta práctica entre el público de ese país.

<sup>28</sup> Sobre la relación entre el establecimiento de este anfiteatro anatómico y la gestión de Orfila, cf. <http://www.bium.univ-Paris5.fr/histmed/medica/orfila/orfila04.htm>.

<sup>29</sup> 6 kilogramos de sulfato de alúmina concreto disueltos en tres litros de agua destilada, para obtener seis litros de un líquido a 32° del aerómetro de Baumé. A este líquido le agregaba, disolviéndolos, 125 gramos de ácido arsénico concreto; cf. Sucquet pág. 114.

<sup>30</sup> El libro de Gannal *Histoire des embaumements, et de la préparation des pièces d'anatomie normale, d'anatomie pathologique et d'histoire naturelle; suivie de procédés nouveaux* fue traducido al inglés.

los cadáveres embalsamados por Gannal y Dupré, la piel de sus momias estaba rota y exhalaban el olor sofocante de la putrefacción. El método de Sucquet se proclamó ganador y empezó a utilizarse en la preparación de los cadáveres para el estudio de los futuros médicos. Asimismo, este triunfo le permitió conquistar el mercado de deudos en búsqueda de embalsamador, hasta entonces dominado por Gannal.

Intentando perfeccionar el embalsamamiento de los rasgos de la cara, Sucquet descubrió la circulación derivativa de los miembros y de la cabeza en los seres humanos, un elemento indispensable para determinar los puntos donde debían inyectarse las jeringas con la solución de cloruro de zinc. De esta manera, el rastreo de soluciones a problemas del mantenimiento del cadáver ayudaba a develar la estructura de los seres vivos. Por otro lado, la asociación con Orfila se vinculaba a la necesidad de un antiséptico de costo moderado, que permitiera conservar los sujetos de disección durante un tiempo con las calidades físicas de los tejidos y sin alterar los instrumentos. Para ello, Sucquet proponía la utilización del sulfito de sodio neutro, que los conservaba por cuatro semanas en invierno y tres en verano. Como relata Sucquet, en el mismo laboratorio donde se preparaban los productos para el embalsamamiento, se instaló el equipo para elaborar el sulfito, la sustancia que *La Patria Argentina* creyó ver en las cabezas del anfiteatro porteño. Este compuesto en cristales y la gelatina seca se proponían, además, para reemplazar el alcohol en el transporte de especímenes zoológicos y objetos de historia natural en los viajes de larga duración o con destino a los países ecuatoriales. Este medio era estable y, en frascos cerrados, no se colaba ni evaporaba. Los animales se impregnaban en esta preparación que, una vez en destino, se removía con un sencillo hervor.

La escuela de París se caracterizaría por el estudio de piezas secas de anatomía, organizadas en colecciones y conservadas en museos específicos. En este caso los problemas aumentaban: todas las piezas procedentes de las partes húmedas del cuerpo no eran más que representaciones poco fieles de la naturaleza. El volumen, la forma, el color, las relaciones, todo se desvanecía por la deshidratación. Los museos creados no terminaban de responder a las esperanzas de sus fundadores a

---

Cf. Gannal y Richard Harlan. *History of Embalming, and of Preparations in Anatomy, Pathology, and Natural History; Including an Account of a New Process for Embalming*, Filadelfia, J. Dobson, 1840. Gannal agregaba a sus procedimientos, la restauración de los rasgos de la cara para darle al muerto la apariencia de un sueño apacible. Sucquet protestaba en nombre de la austeridad de los secretos de la muerte, amenazada por las frivolidades del maquillaje y las *toilettes* destinadas a tranquilizar a quienes debían convivir con un cadáver que los miraría desde su cofre vidriado. Gannal, ante la prohibición del uso del arsénico y el consecuente fracaso de la experiencia ante la Academia de Medicina, vendió los derechos de su líquido conservador a las funerarias estadounidenses.

raíz de lo imperfecto de los métodos de conservación, que no lograban escaparse de la mera desecación: el museo, en ese sentido, armaba una representación infiel de la naturaleza, despojada de movimiento y de la humedad de la vida y la putrefacción. Las complejas redes de venas, arterias, canales linfáticos y elementos de neurología aparecían como ejemplares deformes y oscuros para el estudio, aunque también inofensivos: sus vitrinas apenas obtenían una mirada furtiva del visitante. Por ello, florecía el arte imitativo con piezas en cera, en cuero o yeso, láminas grabadas o ilustradas, ocupando un papel que “debería pertenecerle sólo a la misma naturaleza”.<sup>31</sup>

El museo establecido y promovido por Orfila conformaría uno de los espacios donde se estudiaría el complejo problema anatómico de la relación entre los tejidos, las células, las cavidades, los conductos y los orificios del interior del cuerpo, una cuestión central para comprender la anatomía de manera dinámica, sin dudas, pero estrechamente vinculada al problema de la circulación de la inyección de sustancias conservadoras. Como ha estudiado Hans-Jörg Rheinberger, el preparado anatómico, más que una realidad obtenida de la naturaleza, surge de la organización de un dispositivo de visualización y conservación.<sup>32</sup> En este caso concreto, esos dispositivos surgen de los espacios de institucionalización de la medicina asociados a una empresa comercial de embalsamamiento, la creación de medios para la conservación de piezas anatómicas o animales enteros, objetos de museo y la posibilidad de aislar y ver elementos anatómicos desconocidos. El Museo Orfila, donde se formaría Milone, para la década de 1870 se constituiría en uno de los sitios obligados del peregrinaje europeo de los profesionales de la medicina.<sup>33</sup> Allí se procuraría crear un espacio de experimenta-

<sup>31</sup> Cf. Thomas Schnalke, *Diseases in Wax: The History of the Medical Moulage*, Berlín, Quintessence, 1995.

<sup>32</sup> Rheinberger “Präparate...”.

<sup>33</sup> Eduardo Wilde, por ejemplo, lo visitaría en septiembre de 1896, el mismo día dedicado al Museo Dupuytren, que alojaba colecciones de anatomía patológica y “desviaciones”. Comentaba que se trataba de “una colección de horrores i monstruosidades que abatirían el ánimo del espectador más vanidoso, si pensara que pertenece á una raza sujeta a tan abominables accidentes”. El Museo Orfila, con sus preparaciones de anatomía humana y comparada, llamaba la atención precisamente por los trabajos sobre vasos linfáticos y sus colecciones de ojos de individuos de todas las edades. Cf. *Por mares, por tierras*. Buenos Aires, J. Peuser, 1899, págs. 217-8. Por entonces, las colecciones anatómicas francesas lucían algo desactualizadas frente a las alemanas. Por otro lado, como se ve en la cita que sigue, las casas comerciales regían el destino de las piezas y de las colecciones. Wilde se detendría más en la visita a la casa comercial de Vasseur, a cargo de M. Tramond, dedicada a las preparaciones anatómicas de cera y proveedora de varios institutos y gabinetes extranjeros. Allí expresaría una crítica velada a los museos visitados: la ausencia de una colección completa de preparaciones de anatomía normal, como las de Berlín, Munich y Leipzig, armadas, muchas veces, con piezas preparadas en París.

ción mediante la preparación de piezas anatómicas complejas, combinando saberes y prácticas procedentes de los cirujanos, los anatomistas, los químicos/farmacéuticos y los embalsamadores, cada uno con su propio interés y bagaje de técnicas, quienes, al hablar de cadáveres, construirían un lenguaje común y una zona de intercambio, en el sentido acuñado por Peter Galison para la física moderna.

Cuando Milone pasó por el Museo Orfila, como se ve en el catálogo de 1881,<sup>34</sup> abundaban las piezas preparadas por Sucquet. Las cabezas embalsamadas por Segers y Milone, en cambio, responderían a una reciente invención de los preparadores de Berlín, acorde con la aparición de una escuela en competencia con la francesa. En efecto, pocos días después, *La Patria Argentina* descubría y publicaba la composición del famoso líquido con el que Segers embalsamaba sus cadáveres. El cronista la había obtenido del químico Eduardo Retienne, quien había estado suministrando a Segers el líquido conservador en damajuanas.<sup>35</sup> Se trataba del líquido de Jean Wickersheimer, registrado hacía pocos años, importado desde Berlín y que pronto se expandiría globalmente, previo pago de derechos al inventor. Para ello, Wickersheimer se había apresurado a patentar su método en distintos países: en Berlín obtuvo el *Deutsches Reichspatent* 7.275 y el 5 de abril de 1879 firmaba la solicitud en la oficina de patentes de Estados Unidos de América para registrar sus “mejoramientos en el compuesto para la preservación de cuerpos orgánicos”.<sup>36</sup> En ella decía haber inventado un nuevo y útil compuesto

---

La colección de Tramond contaba con “piezas admirables”: corazones, oídos, cerebros, seis cuerpos congelados de mujeres muertas durante el embarazo para copiar, previos los cortes necesarios, la disposición de los órganos maternos y de los fetos. Tramond tenía su propia opinión de las piezas: “No sirven para estudiar la anatomía, sino para recordarla una vez sabida; a veces son peores i a veces mejores que las naturales. Son exactas cuando representan partes duras bien colocadas i que no alteran sus intrínsecas relaciones, pues entonces se pueden copiar bien; por ejemplo, huesos, arterias gruesas inyectadas, nervios, músculos. Son inexactas cuando esas condiciones no se verifican: así en jeneral, las copias de preparaciones de esplanología son falsas, como se comprende, pues, para hacer un orijinal bueno en el cuerpo humano, se requiere encontrar resistencia al hacer los cortes, i para crear esta resistencia se necesita hacer inyecciones, las que destruyen las relaciones normales de las partes i dan volúmenes inexactos, no pudiendo uno reglar la cantidad de inyección para todo el trayecto de conductos tortuosos elásticos. De modo que las preparaciones de esplanología son en parte figuradas, poco más o menos” (pág. 219) La casa Vasseur-Tramond sería la proveedora de esqueletos europeos a distintos museos, como el de La Plata (esqueleto de una parisina); cf. R. Lehmann-Nitsche, “Partie Anthropologique. Nouvelles recherches sur la Formation Pampéene et l’homme fossile de la République Argentina”, en *Revista del Museo de La Plata*, 14, 1907, pág. 387.

<sup>34</sup> Charles Nicolas Houel, *Catalogue du musée Orfila*, París, Paul Dupont-Masson, 1881.

<sup>35</sup> “Con lo que embalsama el Sr. Segers”, *La Patria Argentina*, 19 de octubre de 1885.

<sup>36</sup> United States Patent office “Jean Wickersheimer, of Berlin, Prussia, Alemania, Improvement in compounds for preserving organic bodies”, Specification forming part of Letters Patent n° 220,103, dated September 30, 1879; application filed May 3, 1879.

para preservar cuerpos muertos, tanto humanos como animales y vegetales, con el objeto de protegerlos de la putrefacción por largos períodos de tiempo, preservando el color a la perfección, así como la forma y flexibilidad naturales. Para prepararlo había que disolver en partes proporcionales (según el peso): cien partes de alumbre (*alum*), veinticinco de sal común, doce de nitró (*niter*), sesenta de potasa (*potash*) y diez de ácido arsénico en tres mil partes de agua hirviendo. La solución debía, entonces, dejarse enfriar y sedimentar. Como resultado se obtenía un fluido claro, incoloro, inodoro y neutro que no reaccionaba ni a las bases ni a los ácidos. Luego se medían cuatro partes de glicerina y una de alcohol metílico para mezclarlos con diez partes del fluido. Wickersheimer aclaraba: para preservar preparaciones anatómicas del tipo esqueletos con ligamentos naturales, cangrejos y escarabajos, es decir, los objetos que luego se mantendrían en estado seco, debían colocarse en el compuesto entre seis y doce días, dependiendo el tiempo de su tamaño y volumen. Luego se retiraban y secaban al aire libre: una vez finalizado este tratamiento, estaban listos para ser ubicados en el museo, y permanecían flexible por años, quizás para siempre.

En su solicitud en inglés, el preparador de Berlín afirmaba: "*They can be made at any time to produce all the natural movements of the living object*". Los objetos huecos, como los pulmones y los intestinos, debían rellenarse con el compuesto y permanecer en remojo el mismo tiempo que los cangrejos, siguiendo el mismo procedimiento, agregándoles el vaciado y la prevención de inflar estas preparaciones con anterioridad a su secado al aire libre. Las lagartijas, las serpientes y algunos vegetales se conservaban sumergidos en el compuesto si había intenciones de conservar el color; si no, se las secaba al aire libre luego de seis o doce días de permanecer impregnadas en el compuesto. Para preservar cuerpos muertos animales o humanos, fuera con propósitos científicos o para embalsamar a los segundos, el compuesto seguía el viejo procedimiento de Tranchina: debía incorporarse mediante una jeringa en una arteria, donde había que practicar una incisión para insertarla. La cantidad del compuesto a aplicar variaba entre un cuarto y medio a cinco cuartos o más, dependiendo del volumen del cuerpo a tratar. La inyección debía hacerse inmediatamente después de la muerte, dado que impedía la putrefacción pero no podía hacer nada con las formaciones orgánicas ya destruidas. Según Wickersheimer, los cuerpos tratados con su compuesto mostrarían perfectamente y por años la carne, los músculos, los tejidos y las partes blandas en el mismo estado que estaban al realizarse la inyección. En el caso de embalsamamiento, se recomendaba frotar todo el exterior del cadáver con el compuesto una vez realizada la inyección o la impregnación –si se prefería este método– y encerrarlo en un recipiente con circulación limitada de aire o en un ataúd. Esto permitiría

que no sólo se conservara la forma del muerto sino también el color natural de la epidermis. Aunque Wickersheimer reconocía que estos ingredientes ya se habían utilizado con los mismos fines, habían fallado en la producción de cuerpos preservados con flexibilidad y color. Por lo tanto, reclamaba como de su invención un compuesto preservante, integrado por glicerina, alcohol metílico y una solución de alumbre, sal, nitro, potasa y ácido arsénico en las proporciones ya especificadas. Este método, que volvía al arsénico, se divulgó rápidamente por el mundo de los museos, los preparadores de elementos anatómo-patológicos y de los naturalistas viajeros. En competencia con la taxidermia, aportaba color y flexibilidad a la muerte.<sup>37</sup> Aparentemente, Milone y Segers compraron el líquido a través de los oficios del químico Retienne, que lo preparaba según la receta de la patente original.

Pero *La Patria Argentina* recuperaba esta técnica con otro sentido: burlarse de Segers y sugerirle, en cambio, el empleo del pasto seco como modestamente ocurría en el Museo Público:

“los monos que hay en el museo están conservados así; que se conserven también ellos de ese modo para gloria de la ciencia y contentamiento de los chiquilines y de las sirvientas que van a ese establecimiento público los domingos de doce a tres de la tarde. Serán los dos ejemplares más notables de los bípedos del *bombo mutuo*”.<sup>38</sup>

Con ello no se refería a Milone, sino a quien había celebrado las momias de Segers. Aunque este último intentó defenderse, su empresa no prosperó y pronto se embarcaría hacia Tierra del Fuego. Milone, ya en la Escuela de Medicina, construiría su identidad casi en oposición a este suceso. Salvo por el misterio de la composición del líquido embalsamador que continuó usando –del cual ignoramos si fue aplicado a su propio cuerpo–, sería celebrado como un profesor que develaba secretos entre las cabezas de sus alumnos:

“Milone desecaba la preparación delante de los alumnos, que no siendo muchos, se agrupaban a su alrededor, escuchando a la vez su lección práctica. Era aquello un cuadro digno del pincel de un artista. Delante de la pieza anatómica, vestido con severa elegancia, erguido con simpática expresión *entre las cabezas juveniles que intranquilas pero atentas se inclinaban hacia él*, veíase seguir en silencio de las gratas emociones, aquella mano delicada que hendía fácil

<sup>37</sup> Los manuales para viajeros como el del hidrógrafo Dr. G. Neumayer incorporaron rápidamente el método en sus nuevas ediciones; mientras la *Anleitung zu wissenschaftlichen Beobachtungen auf Reisen mit besonderer Rücksicht auf die Bedürfnisse der kaiserlichen Marine*, Berlín, Oppenheim, 1875, (conservado en la Biblioteca Nacional) se refiere a otros conservantes, las ediciones de 1888 y 1906 dedican varias páginas al método Wickersheimer.

<sup>38</sup> *La Patria Argentina*, 19 de octubre de 1885.

las carnes, segura de su arte, persiguiendo los órganos con soberana limpieza, evitando los escollos que estudiaba táctica, insinuándose entre todos los riesgos y a todas las profundidades, previendo con la fina penetración de su saber, hablando siempre, distrayendo a veces la atención en frescas chácharas, mientras la mano guiada como por el instinto perseveraba en la tarea, realizando con la palabra y el saber una delicada armonía, cuyo insinuante encanto todavía nos halaga.”<sup>39</sup>

No sería de extrañar que esta frase se tratara de una referencia a las cabezas embalsamadas de 1885 como chascarrillo heredado por los estudiantes de medicina.

### **“Nuevo espectáculo, rico y variado, que ha de llamar la atención pública”: los museos y las colecciones ambulantes**

La exhibición de cabezas, sin embargo, continuó de otra forma. La visita a la colección del anfiteatro de la Facultad de Medicina coincidió con la apertura en Buenos Aires de uno de los tantos museos itinerantes que explotaban comercialmente el interés por la exhibición de los cuerpos y las partes anatómicas, sanas o patológicas. Mientras se descubría la fórmula de Wickersheimer, llegaban al puerto treinta cajas con figuras de cera de Europa, con miras a establecer en Buenos Aires un nuevo espectáculo de variedades. La Dirección de Rentas accedía a librarlas de derechos de importación, concediéndoles a los propietarios seis meses para volver a reembarcar la mencionada carga.<sup>40</sup>

En efecto, pocos días después de la polémica ya relatada, los señores Rasmusen (¿?) y Olsen (¿o Sunensen Olden?) pedían permiso a la Intendencia Municipal para librar al servicio público el museo anatomopatológico que habían establecido en los altos del Teatro Nacional de la calle Florida.<sup>41</sup> Finalmente, se inauguraría en el foyer y salón alto como “Museo artístico, científico, anatómico y patológico de Baernoum”, de sonoridad demasiado similar a la del famoso circo. Contenía muchísimos objetos de etimología, anatomía y patología, y gran número de “microbios, origen de la mayor parte de las enfermedades que afligen a la humanidad”. Además, se exhibían varios instrumentos empleados en tiempos de la inquisición para aplicar martirios, cerrando el cuadro de la exposición una colección de figuras mecánicas.<sup>42</sup> *La Patria Argentina*, como era de esperar, reseñó la visita al “Museo anatomopatológico

<sup>39</sup> L. Valle, *op. cit.*, pág. 263-4.

<sup>40</sup> “Figuras de cera”, *La Patria Argentina*, 19 de octubre de 1885.

<sup>41</sup> “Museo anatómico-patológico”, *La Patria Argentina*, 4 de noviembre de 1885.

<sup>42</sup> “Museo artístico”, *La Patria Argentina*, noviembre de 1885.

Baernoum”, en un artículo firmado por Radius. Allí este médico anónimo señalaba:

“Sus proporciones, no del todo exiguas, están muy lejos de alcanzar las que tiene ya adquiridas la anatomía patológica, pues el museo se concreta en patología, a un reducido número de enfermedades, fuera de otras, para cuya exposición tiene un pequeño “Gabinete reservado para los caballeros” según anuncia una tablilla pendiente a la puerta del cuarto misterioso. Las figuras del museo son todas de cera. Las hay de distintos tamaños, grandes y pequeñas, de dimensiones naturales o disminuidas. Fuera de lo que enseña u oculta, según el sexo del visitante, el gabinete reservado, se tropieza allí con preparaciones anatómicas, ostentos y monstruosidades, figuras alegóricas y hasta con los cambiantes producidos por una hábil combinación de espejos.”<sup>43</sup>

En la Biblioteca Nacional de la República Argentina existen dos catálogos de esta colección: uno con pie de imprenta en París de 1885 y otro publicado en Buenos Aires en 1890.<sup>44</sup> El segundo contiene la lista

<sup>43</sup> “Museo Anatómico-Patológico de Baernoum”, *La Patria Argentina*, martes 24 de noviembre de 1885. El cronista destacaba, entre otras, las siguientes piezas: “La sección destinada a la embriología, es completa. En ella se muestra en todas sus fases el desarrollo del feto y los elementos cuyo contacto le dan origen. El espermatozoario y el óvulo fecundado, los órganos en que se forman uno y otro, el camino que siguen para encontrarse, el sitio en donde el producto de la concepción se forma, acrecienta y vive hasta el momento de su expulsión al exterior, todo está allí representado con gran verdad, y de modo a satisfacer a aquel que no ha menester averiguar el fenómeno íntimo, fisiológico de la embriogenia. Entre las demás preparaciones anatómicas, es notable la 209, que representa los órganos de la circulación de la sangre, y las ramificaciones arteriales y venosas a todas las vísceras. Hemos notado uno que otro defecto, como la emergencia de la arteria esplénica que en dicha preparación no sale del tronco celíaco sino más arriba, pero esto no aminora la importancia del conjunto.

La 211 es la representación exacta de una pierna, cubierta de su aponeurosis, encima de la cual pueden verse los ramos todos de la vena safena interna, y los vasos linfáticos superficiales. En cambio, la otra pierna que está al lado de la anterior carece de verdad y de detalle.

La figura 214, que representa la cabeza de un hombre dejando ver músculos, arterias y nervios, tiene un golpe de vista sorprendente, pero adolece también de errores. El músculo masetero se pierde bajo el arco cigomático, muy pequeño y grueso en la figura, en vez de insertarse en él. Las ramas de la arteria temporal no ofrecen sus anastomosis, y sus filetes no tienen conexión alguna con el resto del aparato circulatorio.

La 231, muestra el cuerpo abierto de una mujer con todos sus órganos internos. Hay en esta pieza uno de los avances mayores sobre la verdad científica, pues conserva la vena umbilical, gruesa como un dedo, y las arterias umbilicales, existentes en el feto, pero que desaparecen en el feto transformándose en un cordón fibroso”.

<sup>44</sup> *Catálogo del Museo Científico Anatómico-Patológico de Baernoum*, París, Imprenta Garnier, 1885 y *Catálogo del Museo Científico Anatómico-Patológico de Baernoum*, Buenos Aires, Imprenta, Litografía y Encuadernación de José Ruland, Cuyo 361, Buenos Aires, 1890. El museo estaba ordenado en las siguientes secciones: “Deformidades y fenómenos naturales, preparaciones anatómicas, patología (la sección con mayor cantidad de piezas), operaciones, microbios, bacterias, infusorios, etc., etc. según Koch y Pasteur, etnografía y gabinete reservado.

de las piezas del gabinete, del que como RADIUS comenta, en 1885 poco se “podía” decir de ese retrete reservado a los caballeros: “Es un pequeño cuarto, algo oscuro, en que se hallan dispuestas varias cajas con... algo que no contamos, porque el anuncio nos pide gran reserva”<sup>45</sup> En realidad, como se ve en el catálogo de 1890, se trataba de moldes en cera de enfermedades venéreas, mejor dicho, de su manifestación externa, y de los efectos que éstas producían en la piel de las distintas partes del cuerpo. Este tipo de museos de la manifestación externa de la sífilis proliferó en Europa como museo ambulante y comercial, al margen de la medicina, pero muchas veces aprovechado por los médicos con fines educativos. La Biblioteca Nacional también conserva un catálogo italiano de 1860 del “Museo Anatómico y Etnológico de Henri Dessort”,

<sup>45</sup> El Catálogo de 1885, al finalizar la página 32, decía: “Los objetos del Gabinete reservado tienen cada uno su explicación anexa a los mismos. En este Gabinete se encuentran muchas enfermedades y operaciones y se verán las deplorables consecuencias de los descuidos y la confianza en los curanderos. La salud es mejor que el oro.” El de 1890 listaba (págs. 25-6): 1. Partes genitales de una virgen, 2. Flores blancas (vaginitis), inflamación de la vagina; 3. Gonorrea (purgación), esta enfermedad tan común y al parecer poco grave, descuidándola puede dar lugar a enfermedades mas serias. Asistida en su principio con el método de Langlebert cura rápidamente, es lo que se practica hoy en Europa; 4. Fimosis. Esta inflamación del prepucio que impide descubrir el glande (cabeza del miembro) es generalmente producido por el mucopus de la gonorrea: no tiene ninguna gravedad; 5. Parafimosis (imposibilidad de cubrir el prepucio hasta tapar el glande) en este incidente hay que ver pronto un médico inteligente para que haga la reducción, pues de otro modo podría traer serias consecuencias y dar lugar a una operación quirúrgica; 6. Orquitis blenorragica (Inflamación de los testículos, debido a purgación); Chancro duro syphilitico en la mujer. Esta es la primera manifestación syphilitica, que generalmente aparece después de 15 o 30 días de haberse contagiado, los especialistas europeos desde su aparición aconsejan el tratamiento mercurial; 7. Iba antes de chancro duro siphylitico en la mujer 8. Chancro duro en el hombre; 9. Chancro blando con bubones, estos bubones generalmente supuran por más que se haga que esto no suceda, generalmente aparecen debido a tratamientos mal dirigidos de los chancros simples, como ser: cauterizaciones con nitrato de plata (piedra infernal) con ácido crómico, etc. 10. Úlcera atónicas; 11. Coliflor (cresta de gallo), 12. Manifestación syphilitica en la piel. Ulceras y, 13. Condilomas pequeñas; 14. Condilomas grandes; 15. Escresencias en forma de frambois; 16. Escresencias esponjosas; 17, 18, 19 y 27. Manifestaciones syphiliticas secundarias y terciarias; 20. Señorita Reeds, nació con un cuerno en la frente en la cual a la edad de 12 años alcanzó el tamaño que aquí demuestra; 21. Negro con chancro syphilitico en el labio inferior causado por haber besado una persona syphilitica; 22. Inflamación y edema de los párpados, a mas esta enferma tenía un pólipo en la nariz curado en Stockholmo por medio del electro-cauterio; 23. Coto syphilitico y escresencias esponjosas, manifestación terciaria; 24. Chancro e inflamación en la lengua; 25. Manifestaciones syphiliticas terciarias; 26. Conguintivitis blenorragica, producido por haberse tocado los ojos con los dedos sucios de la secreción de una gonorrea, 28. Manifestación syphilitica secundaria por no haber usado el tratamiento mercurial desde el principio; 29. Úlcera syphilitica en el labio y la nariz, por no haberse curado a tiempo; 30. Parto natural. La cabeza viene adelante; 31. Parto de nalgas. La matrona tiene que introducir la mano para ayudar a dar al feto un posición conveniente; 32. Estración de la placenta.

que poseía un “gabinetto riservato” con piezas similares a las expuestas en Buenos Aires.<sup>46</sup>

El Baernoum se trataba de uno de los tantos museos populares anatómicos: empresas comerciales y ambulantes que andaban de ciudad en ciudad, donde permanecían alrededor de dos meses y se instalaban en algún espacio adecuado, como el *foyer* o los altos de un teatro. Si bien compartieron la tipología de piezas exhibidas, los artesanos y las casas proveedoras, los llamados “museos anatómicos” o “museos anatómicos populares” obtuvieron una valoración diferente en cada país, según las reglamentaciones vigentes y cómo fueran recibidos por parte de los colegios de medicina. Así, en Londres señalaban con sorpresa –cercana a la admiración– que mientras allí eran considerados una desgracia para la administración policial, en Viena gozaban de cierta reputación, al extremo de publicarse su propaganda en la *Wiener medicinische Wochenschrift*. En esa revista, los médicos recibían el anuncio, coronado por un cráneo, del “Museo Anatómico de Reimer, el más famoso de los existentes”, donde por 18 peniques los hombres eran admitidos diariamente de 10:00 a 19:00 y las damas, los martes y los viernes a partir de las 14:00.<sup>47</sup> El museo anatómico y etnológico de J. W. Reimer había estado también en el invierno de 1859-1860 en Berlín, donde F. H. du Bois-Reymond lo visitaría para observar los órganos de la fonación.<sup>48</sup> Reimer se instalaría, asimismo, en Leicester Square, donde se limitó el acceso sólo a los hombres, inscribiéndose en circuitos cercanos a la prostitución. De hecho, Inglaterra y Estados Unidos condenarían estos museos a la senda de la mera morbosidad. Curiosamente, para los propietarios de los museos anatómicos, estos países, como veremos seguidamente, equivalían a la meca de la educación anatómica, brindada a través de la educación pública y la posibilidad de los padres de familia de llevar a sus hijos a los hospitales para observar allí las consecuencias de la sífilis mal tratada.

Lo cierto es que Berlín, Viena, Milán, Londres, Nueva York y Buenos Aires recibieron durante décadas la visita de estas colecciones, que alimentaron el interés por la anatomía y la etnología, la empresa del embalsamamiento, los modelos en cera y la propagación de una semántica médica para el autodiagnóstico de las enfermedades venéreas, antes que el tratamiento de la sífilis y la gonorrea se

<sup>46</sup> *Guida per il Museo Anatomico ed Etnologico de Henri Dessort, la più grande fra le collezioni d'arte raffiguranti il successivo e completo sviluppo della vita fisica dell'uman genere*, Henri Dessort, editor propietario, Milán, Tipografia Alberti, 1864. En otras bibliotecas existen otras versiones de la guía Dessort publicadas en Trieste (1863), Turín (1865), que muestran su carácter itinerante.

<sup>47</sup> “Popular Anatomical Museums”, en *The Medical Times and Gazette*, 1, 1865, pág. 259.

<sup>48</sup> *Kadmus, oder allgemeine Alphabetik vom physikalischen, physiologischen und graphischen Standpunkt*, Berlín, Dümmler, 1862, pág. 112.

consolidara como especialidad de la medicina profesional.<sup>49</sup> Como indicaba la apología de los museos anatómicos que precedía el catálogo del museo Baernoum:

“En general nada será, pues, tan útil como el conocimiento particular del cuerpo humano, de sus órganos y de sus funciones. Triste verdad es la de que en Europa [...] los legos poseen generalmente un conocimiento menos profundo de su organismo que en Inglaterra y en América, donde la anatomía y la fisiología elementales forman parte de la enseñanza media y en que las jóvenes aprenden a cuidar a los enfermos [...] Ahora bien: no se explica la causa por qué los gobiernos, que debieran emplear todos los medios para fortalecer la salud de los ciudadanos y favorecer su desarrollo físico, no alientan el estudio, aumento y conocimiento de los museos anatómico-patológicos. Poco valor tiene aquí la razón de que pudiera ofenderse el valor público con exhibiciones de este género puesto que ningún acto impúdico, que sepamos, se halla representado en tal museo, cuya entrada, por otra parte está prohibida a los niños y adolescentes [...] Pregúntese a un buen médico o cirujano si no prefiere tratar a un hombre algo iniciado en el conocimiento de la estructura interna del cuerpo, mejor que a un enfermo que ignore si el hígado y el corazón se encuentran a la derecha o a la izquierda. El hombre instruido se observará mejor, comprenderá más fácilmente los síntomas de su enfermedad y prestará especiales servicios al médico en el establecimiento del diagnóstico y tratamiento, al paso que, el ignorante no sabiendo coordinar las apreciaciones relativas a su estado, se equivoca frecuentemente sobre las prescripciones del médico y hace de este modo más difícil su curación [...] Si un enfermo semejante (de sífilis avanzada) hubiera tenido ocasión de estudiar en un museo anatómico-patológico los estragos que una sífilis inveterada y descuidada puede producir en el cuerpo humano, ciertamente que habría vencido su falso rubor y buscado un socorro antes que la enfermedad llegase a adquirir mayores proporciones.”<sup>50</sup>

Es decir, los promotores del museo anatómico decían propender a una suerte de educación del vulgo en la autoobservación del desarrollo de la enfermedad y de las partes del cuerpo. En franca cooperación con los médicos y el desarrollo de la medicina moderna, luchaban contra las curaciones populares y el desconocimiento de la “máquina humana”. Radius, al respecto, comentaba:

“En general, el catálogo que enumera todas estas preparaciones, después de clasificar la enfermedad, dice... ‘producida por haber preferido los consejos de un curandero a los de un médico’. Este postulado ha llamado la atención a más de uno que se ha dicho; ¿no será curandero el preparador de estas piezas? Lo interiorizado que parece estar en los efectos del curanderismo, inclina a responder afirmativamente.”

<sup>49</sup> T. Schnalke, *Diseases in Wax...*, *op. cit.*

<sup>50</sup> *Catálogo del Museo Científico...*, *op. cit.*, págs. 6-7.

Varios autores han señalado que estos museos estaban a cargo de supuestos “doctores” que, en realidad, usaban al museo como propaganda de sus métodos curativos: apelando al discurso médico e higienista, estos “curanderos” usaban el museo anatómico como un escenario de plaza, desde donde acusaban de charlatanes a sus competidores y ofrecían la verdadera posibilidad de curación. De allí la desconfianza de Radius y de los colegios de medicina de varias ciudades, que veían en los promotores de estos museos una posible fuente de conflicto de intereses y de tratamientos contrarios a sus postulados. Sin embargo, las cabezas de Segers ya han alertado sobre la dificultad de trazar una línea demasiado nítida entre iniciativas comerciales, gabinetes y medicina universitaria. Los museos anatómicos colaboran aún más en la desaparición de esa posibilidad.

Algunas crónicas de la visita a los museos ambulantes y sus gabinetes reservados relatan que las reglamentaciones se quebraban fácilmente mediante un pago suplementario, gracias al cual, los adolescentes curiosos accedían a estos cuerpos abiertos, enteros o enfermos, pero siempre de cera. El diario de los Gutiérrez, más allá de su impugnación a ciertos aspectos de la colección, refuerza esa atracción juvenil, alimentando la intriga y el interés por visitar el museo. Y aunque se lo criticara por las reproducciones algo teñidas por los “caprichos del artista” o los atentados a la ciencia anatómica, el museo Baernoum venía a cumplir, como reconocían sus dueños, con algo no permitido para las colecciones de la Escuela de Medicina: la expectación pública de los estragos de las enfermedades –en particular de la sífilis– como medio para fomentar su tratamiento y evitar su propagación. Recordemos que, por lo general, el acceso a los gabinetes y los museos anatómicos de las escuelas de medicina se realizaba si se pertenecía al cuerpo de profesores o alumnos, o por acuerdo previo de la dirección de esas instituciones. Por otro lado, abundan los testimonios de médicos de todas las especialidades que se apresuraron a visitarlos para observar en ellos los nuevos medios para la representación anatómica y la suma de patologías allí coleccionadas.

De hecho, los modelos de los gabinetes reservados, surgidos en el circuito de los museos comerciales para alimentar cierta curiosidad mórbida, a partir de 1889, se consolidarían en los espacios institucionales de la medicina como parte de una nueva especialización: la dermatovenerología, el estudio dermatológico y sifiligráfico de las enfermedades venéreas. La creación del museo dermatológico del Hôpital Saint-Louis en París y su inauguración durante la exhibición universal de 1889 marca un hito en ese sentido,<sup>51</sup> y nos recuerda, una vez más,

---

<sup>51</sup> “Lundi 5 Aout 1889. Inauguration du Musée et ouverture du Congrès”, en Henri Feulard, *Congrès international de dermatologie et de syphiligraphie tenu à Paris en 1889, Comptes rendus publiés par le Dr Henri Feulard, secrétaire général*, Paris, G. Masson, 1890, págs. 3-14.

la vinculación entre los artesanos del modelado y el desarrollo de estos modelos en cera. Así, las extraordinarias colecciones del Saint-Louis serían la obra de monsieur Jules Baretta (1833-1923), un artesano de frutas en papel maché que poseía una pequeña boutique en el fondo del pasaje Jouffroy de París. Allí lo descubrió el doctor Charles Lailier (1822-1893) y lo llevó al Saint-Louis, donde se le otorgó un crédito de dos mil francos para la ejecución de moldes para todos los hospitales de París y donde luego se transformaría en el curador del nuevo museo. Si bien los moldes de Baretta precedieron al museo, su inauguración en 1889 fue el puntapié inicial de una oleada de museos semejantes en varias facultades médicas de Europa y América, que sin dudas, contribuyeron a sacarle público médico a los museos anatómicos populares.

### **“Fácil es la pérdida del sepulcro”: momias y ceras ambulantes**

En el museo Baernoum, además de la sección reservada, era posible encontrar una galería de deformidades y fenómenos naturales, dos manos con seis dedos, un corazón con doble aorta, una cabeza del hombre-perro, la cabeza de Carolina Sórensen de Bergen (Noruega), conocida con el apodo de “Cara de Lechuza”; la de otra joven mujer del mismo sitio con una excrescencia en forma de manzana sobre la cabeza; Rosa y Josefa Blaksek (o Blaschck), gemelas nacidas en Bohemia, Austria, vivas aún, según rezaba el catálogo, y que jamás se habían separado una de otra, unidas naturalmente por las caderas,<sup>52</sup> varios enanos, con trajes mas o menos estrafalarios, de los cuales unos, llamados hombres pájaros, procedían de México, y los otros, que formaban un trío encerrado en una jaula de cristal, representaban a unos enanos cantores que viajaban en ese momento por Estados Unidos. También se mostraba la cabeza de un bebedor de ginebra, de Rotterdam, para exhibir el “efecto del abuso de las copitas”. Radius subrayaba:

“Sólo está la cabeza del bebedor, que quizá sea lo mas notable del modelo, pues su nariz es una enorme pelota, y, es esto lo curioso, presenta, a uno y otro lado de la frente, dos cuernos. ¿Serán producidos por el alcohol? Creemos más natural explicar el fenómeno, colocando al bebedor entre la familia de los predestinados.”

<sup>52</sup> *La Patria Argentina* decía: “Son dos niñas, de cara ancha y sonrosada, mirando altaneras hacia arriba, pelo negro ensortijado, cuyo punto de unión nos ha parecido estar más debajo de donde dice el programa, y, aunque es mucho aventurarse, aseguraríamos que dicho punto, sino está constituido por puntos de aguja en los vestidos, se halla en el medio del muslo”.

Pero la más famosa era la cabeza completamente cubierta de pelos, en la que ojos, nariz y boca desaparecían bajo un verdadero monte de cerda,

“pues cerda y no pelos es lo que debió cubrir el rostro de la que en vida fue propietaria de aquella cabeza. Dice el catálogo que esta desgraciada se llamó Julia Pastrana, natural de Méjico y bailarina de oficio. ¡Cuántos aplausos de entusiasmo debió arrancar la Julia!”<sup>53</sup>

Estas colecciones de cabezas y órganos de cera procedían mayormente de Europa y formaban parte de un circuito que integraba ciencia, circo y museos. Un rasgo que los separa de los museos de historia natural reside en la exhibición de la cabeza o de los órganos con el nombre de la persona que los llevó –o aún llevaba– en la vida de carne y hueso. Los casos patológicos, cercanos a lo monstruoso, lejos de diluirse en el anonimato de la clase o de la serie conservan, en cera o embalsamados, su carácter individual, su nombre, apellido y pueblo de origen. Más aún, las ceras remiten a personas con las que es posible encontrarse en algún circo o feria del mundo. Mientras otros vendieron su trabajo, estas personas negociaron su cuerpo y su nombre en el mercado de la curiosidad burguesa. En el catálogo Dessort se incluye un hermafrodita de Berlín, que no solo se había dejado modelar en vida sino que por una suma desconocida había cedido su cuerpo al museo anatómico de la Universidad, para que, después de muerto, el Gabinete se enriqueciera con su cadáver.<sup>54</sup> Por otro lado, los enanos mexicanos, expuestos en cera en Buenos Aires y que viajaban vivos por el mundo, constituyeron un caso célebre de falsificación etno-antropológica, varias veces citada en los trabajos de los americanistas de entonces.<sup>55</sup>

Como los enanos, Julia, la del pelo duro como las cerdas, se había trasladado de México al Viejo Mundo a instancias de un empresario. Hablaba inglés y español, y se había dejado observar y exhibir por toda Europa. El catálogo Baernoum asumía que el público debía conocerla, pues había bailado con éxito en los circos de Carlos Huiné y

<sup>53</sup> *La Patria Argentina*, 24 de noviembre de 1885.

<sup>54</sup> H. Dessort, *Guida...*, *op. cit.*, pág. 27.

<sup>55</sup> Se refería probablemente a los dos supuestos “aztecas”, “pauvres idiots microcéphales trouvés dans un asile des États-Unis” que Barnum supo pasear por el mundo con su circo alrededor de 1855, cuando la relación del viaje de Stephens por América Central, Chiapas y Yucatán hacía furor en el mundo científico y, también, popular; cf. Désirée Charnay, *Les anciennes villes du nouveau monde. Voyages d'exploration au Mexique et dans l'Amérique centrale, 1857-1882*, París, Hachette. 1885, pág. 201; cf. Juan Comas, *Dos microcéfalos “aztecas”: Leyenda, Historia, y Antropología*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1968.

Ernst Renz.<sup>56</sup> La historia de Julia Pastrana, fallecida durante el parto en Moscú, ha sido contada varias veces: fue, en efecto, muy conocida, como atracción viva y, luego, como momia viajera, vestida de bailarina rusa y explotada en ambos casos, por su esposo, el empresario de circo Lent. El prognatismo y pilosidad de Julia habían despertado en ambos estados –vivo y muerto– la admiración de los sabios de Europa y de Estados Unidos, cuyas revistas contienen abundantes artículos sobre ella. Por el comentario de Radius, el caso de la Señora Pastrana y su niño conservado en traje de marinerito, era desconocido en Buenos Aires.

La momia de Julia exhibe, una vez más, la interrelación entre los circuitos de naturalistas, la continua exploración de métodos conservantes y la creación de objetos de circo en varios puntos del globo. Lejos de Berlín y de París, Julia y su vástago –peludo como ella– habían sido embalsamados en Rusia por el profesor J. M. Sokoloff, quien en 1860 presentaba una comunicación verbal sobre las momias de Julia Pastrana y su hijo en la sociedad de naturalistas de Moscú, ante quienes se exhibían para el examen de los miembros presentes. El profesor Sokoloff tipificaba las anomalías de Julia, pero, sobre todo, explicaba el proceso utilizado para embalsamar con éxito los cadáveres, de manera tal que habían soportado la exposición al aire libre por más de ocho meses, adquiriendo un grado de conservación a prueba de toda descomposición posterior.<sup>57</sup> Sokoloff seguidamente presentaba varios trozos de momias egipcias y dos muestras de momias preparadas por él mismo hacía ocho años, siguiendo el supuesto método de los egipcios. Mostraba también al microscopio fragmentos de esos cuerpos embalsamados, probando que, con excepción de los nervios, todos los tejidos elementales del cuerpo permanecían intactos. Sokoloff, sin duda, experimentaba en Moscú con cuestiones parecidas a las de los anatomistas parisinos: su colección de quinientos objetos anatómicos microscópicos, su colección de inyecciones de vasos capilares de los diferentes órganos del cuerpo humano y de diferentes animales y los dibujos de varios casos anatómico-quirúrgicos llamaron la atención de los naturalistas moscovitas.<sup>58</sup> Estas momias rusas, además de seguir viajando como lo

<sup>56</sup> Sobre el Circo Renz, cf. Nic Leonhardt, *Piktoral-Dramaturgie. Visuelle Kultur und Theater im 19. Jahrhundert (1869-1899)*, Transcript, Bielefeld, 2007. La bibliografía sobre Julia Pastrana, que llamó la atención de muchos médicos, es abundante, cf. Jan Bondeson, “La extraña historia de Julia Pastrana”, en *Gabinete de curiosidades médicas*, México, Siglo XXI, 1998, págs. 257-88. Frida Gorbach “Los indios del Museo Nacional: la polémica teratológica de la patria”, *Ciencias*, 60-1, octubre 2000-marzo 2001, pp. 57-63 y *El monstruo, objeto imposible. Un estudio sobre teratología mexicana, siglo XIX* México, UAM (Unidad Xochimilco)-Ítaca, 2008.

<sup>57</sup> Sobre el estado actual de la momia de Julia Pastrana, véase *Gabinete de curiosidades...*, *op cit.*

<sup>58</sup> “Communication verbale de Mr. le Professeur J.M. Sokoloff”, en *Bulletin de la Société impériale des naturalistes de Moscou*, 33, 1860, pág. 31.

habían hecho en vida, serían a su vez modeladas y multiplicadas cuantas veces surgiera un posible cliente. Momias y moldes atravesaron los océanos, subieron a barcos, trenes y carretas. Sólo dejaron de viajar al ser devoradas por las llamas, olvidadas en un galpón o incorporadas a las colecciones de un museo sedentario. Las momias, como las ceras, poseen el carácter internacional de la mercancía, condensando distintas improntas locales que se pierden o se superponen al salir al mercado de las variedades y del museo. En ese sentido, la cabeza de Julia Pastrana exhibida en Buenos Aires –una de las tantas que circulaban por el mundo– es un objeto que resulta de infinitos cruces entre el pasado y el presente, entre lo local y la circulación internacional de modas y bienes.

En esos itinerarios, las cabezas de cera pocas veces viajaban solas. A ellas, según la colección, se sumaban los cuerpos, enteros o en partes, de niños, jóvenes y mujeres de otros continentes, algunos exhibidos como mera anatomía (un niño asiático de tres años, una mestiza norteamericana y un muchacho africano que mostraban, mirados por la espalda, los órganos internos) y otros colocados en el campo de la etnografía. Radius minimizaba su importancia, pero les dedicaba varios párrafos, señalando que no tenían gran valor artístico. Se trataba de figuras de cuerpo entero, afeadas

“por el mal gusto predominante en la manera de vestir las y adornarlas, desnaturalizadas por pinturas exageradas, y faltas de vivacidad y animación. Parece que sobre todas ellas gravitara el frío de la muerte, como gravita una capa de polvo, más o menos densa que las cubre. No son estas figuras de esas cuya delicada ejecución extasía, y hace que el admirador se detenga a contemplar el sonrosado colorido de las mejillas, la vivida expresión de la mirada, la naturalidad del conjunto y la maestría en los detalles”.

Lejos de la vida, las ceras etnográficas se acercaban al disfraz y a los clichés de la vulgaridad. Sin embargo, estos objetos que incluían las manos de una china aristocrática, un tambor ruso y una bayadera, como la misma Julia Pastrana, se inscriben en una suerte de *collage* de culturas, donde la fantasía del traje pesa más que cualquier otro elemento. Esa estética etnográfica del ballet y de la ópera del siglo XIX se repetiría en las plazas, en los museos y en los circos. Otros trabajos deberán analizar la relación entre el vestuario de los modelos de cera de los museos anatómicos, los espectáculos médico musicales y el de las óperas y ballets, que no solo se alojaban en los mismos espacios sino que compartían, además, temas e interés por los personajes míticos y exóticos.<sup>59</sup> Los espectáculos de variedades y el museo de Baernoum,

<sup>59</sup> Renato Fucini ha relatado que hacia 1860 el comendador y charlatán Guido Bennati (1827-1898) llegaba con su carroza y su grupo de “manutengoli” –hombres y mujeres

característicos del siglo XIX, constituían una suerte de museo y circo ambulante y comercial, ligado también a la cultura de los charlatanes de la que pocos quedaban exentos.<sup>60</sup>

Como en el *zuavo moribundo* del museo Baernoum, un trabajo de mecánica que procuraba simular los movimientos de la respiración, estos objetos se colocaban en el umbral o en el paso siguiente a la muerte. Y en efecto, como ha analizado, entre otros, David Glover,<sup>61</sup> el mundo burgués se regocija en estas experiencias situadas cerca de la muerte. Leopardi, al despertar a las momias de Ruysch, quería resolver una pregunta: qué se sentía al morir y qué tipo de dolor llegaba entonces. El mundo del siglo XIX, aunque lo intentara, pudo despertar los cadáveres embalsamados sólo en la ficción de la literatura. Sin embargo, los hizo viajar y los expuso; colocó, además, mensajes educativos en sus gestos petrificados, lejanos a las dudas del poeta pero mucho más próximos a las modas y deleites de los contemporáneos.

Muchos autores han señalado el lado erótico de las ceras: Radius no puede evitarlo pero más como un reproche frente a la ausencia de lo esperado que como una descripción de lo visto.<sup>62</sup> Los médicos de *La Patria Argentina*, con sus crónicas de muertos embalsamados y ceras disfrazadas, dejaron constancia de una cultura material que se ha borrado de la memoria de la historia. Vale la pena recordarla para darle sentido a la exposición en los museos y gabinetes de cuerpos, vivos o muertos, momias, pieles secas, ceras y seres en alcohol.

---

disfrazados de negros, pieles rojas y “caníbales” semidesnudos de Oceanía— a la feria de Empoli; cf. “Il ciarlatini, il Tofani, il Bennati”, en *Acqua Passata. Storielle et aneddoti della mia vita*, La voce, Florencia, 1921, págs. 16-17.

<sup>60</sup> Cf. I. Podgorny, “‘La industria y laboriosidad de la República’. Guido Bennati y las muestras de San Luis, Mendoza y La Rioja en la Exposición Nacional de Córdoba”, en Andrea Lluch y María Silvia Di Liscia (comps.), *Argentina en exposición. Ferias y exhibiciones durante los siglos XIX y XX*, Madrid-Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2009, págs. 21-59.

<sup>61</sup> *Vampires, Mummies, and Liberals: Bram Stoker and the Politics of Popular Fiction*, Durham, Duke University Press, 1996; cf. tb. R. Ibarlucía y V. Castelló-Joubert *Vampiria*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2002.

<sup>62</sup> “Cleopatra, la ardiente reina egipcia, está allí tendida, en el momento en que va a darse muerte para escapar al cautiverio romano. Tiene enroscada en el brazo una serpiente, no ya un áspid como nos dice la historia, y su seno ostenta la fatal herida. Sin embargo, el rostro de la reina está impávido, no se adivina la contracción de uno solo de sus músculos, y la helada pupila parece decir que ella, tan célebre por su belleza, ha perdido todos sus encantos al ser modelada en cera. El último cuadro de esta galería representa a una niñera africana jugando con un niño. Hay falta de vida en esas dos imágenes que podían haber servido para hacer destacar los rasgos característicos de la raza africana y la raza caucásica. La negra parece tallada en ébano; no hay estremecimientos de la carne, ni morbidez de las formas en esa figura desnuda cuyo rostro no se altera al recibir las caricias del niño rubio que la mira [...] El niño parece que en vez de pelos tuviera en la cabeza [...] barbas de choclo”, en *La Patria Argentina*.

## Epílogo

Michael Sappol ha destacado que los museos anatómicos populares –como el embalsamamiento al alcance de todos– han desaparecido de la memoria y de la historia a pesar de su increíble popularidad en la vida cultural de los centros urbanos durante más de un siglo, tanto en Europa como en América.<sup>63</sup> Sin embargo, los historiadores que recientemente se han empezado a ocupar de ellos en los Estados Unidos e Inglaterra, pasan por alto el carácter itinerante de ellos, establecen como una regla universal que su acceso estaba limitado a caballeros adultos e insisten en la separación en dos ruedos, el popular y el profesional. Los casos de los museos del circuito austríaco, berlinés y porteño muestran, por el contrario, no sólo que las damas eran admitidas, sino que estos museos populares muchas veces preformaron colecciones académicas o, incluso, la cultura material de nuevas especialidades médicas. En cierto sentido, la historiografía anglosajona no puede escaparse del pudor y de la curiosidad, entre macabra y mórbida, del público victoriano. En esa limitación, desconocen otros rasgos de estos museos ambulantes, válidos, por lo menos, en el mundo romance: su vinculación con las instituciones de beneficencia y su instalación transitoria en los salones de los teatros de los centros urbanos.<sup>64</sup> Y como característica general, el carácter y la expansión internacional de las colecciones y de las cosas: técnicas de conservación francesas o alemanas que conquistan y disputan diferentes mercados; modas francesas de conservación de cadáveres que modelan las momias de las repúblicas americanas; mujeres mexicanas embalsamadas en Moscú y exhibidas como cera en Buenos Aires. Cada una de estas momias, cada uno de estos modelos en cera contiene tantas tradiciones culturales

<sup>63</sup> Cf. M. Sappol, *Traffic of Dead Bodies: Anatomy and Embodied Social Identity in 19th-Century America*, Princeton, 2002 y ‘Morbid curiosity’: The Decline and Fall of the Popular Anatomical Museum”, en [www.common-place.org](http://www.common-place.org), vol. 4, 2, enero de 2004, <http://www.common-place.org/vol-04/no-02/sappol/>.

<sup>64</sup> Refiriéndome al Museo de Henri Dessort, en Parma, por ejemplo, se registran dos pedidos de permiso para instalar el museo en la sala del Ridotto del Teatro Regio, en 1875, 1877, en el carnaval de 1864 y en 1865. En 1865, la exposición otorgaba £. 200 a título de beneficencia para los asilos infantiles, la casa de la Providencia y la Società per l’istruzione dei maschi. Cf. <http://biblioteche2.comune.parma.it/archivio/regio/carteggi/1865.htm>. En 1875, a la exhibición Dessort continuaría la presentación de los acróbatas de la “Compagnie Arabe de la tribu des Beni Zoug-Zoug” y en 1877 “Il giro del mondo”, un Gabinete “ottico meccanico unico in Italia”. Al Ridotto se accedía por una escalinata que se abre en el atrio interno del teatro y que ocupa todo el plano superior del edificio. Se compone de una serie de salas, cuartos, gabinetes y galerías alrededor de un salón central. [http://www.teatroregioparma.org/regio/regio\\_restauero.htm#ridotto](http://www.teatroregioparma.org/regio/regio_restauero.htm#ridotto). Aunque como museo fijo, en Buenos Aires el Museo Antropológico de Moreno se instaló en 1878 en los altos del teatro Colón (cf. I. Podgorny y M. M. Lopes, *El Desierto...*, *op. cit.*).

como capas tiene una momia egipcia. Este trabajo intentó empezar a desenrollarlas.

Los museos aquí analizados revelan analogías poco mencionadas en la historia: el cadáver de Lincoln circulando de ciudad en ciudad, como la momia hirsuta de Julia o las colecciones de anatomía popular; el cuerpo de los héroes inyectado con las mismas sustancias que los cangrejos y los zorrinos expuestos en los museos; artesanos del papel maché que se vuelven creadores de objetos médicos y, finalmente, momias de todos los credos, trituradas y vueltas a armar para fascinar a los vivos. En ese sentido, la experiencia de los museos, donde se exhibían cosas de mundos situados fuera de lo cotidiano, pudo haber ayudado a crear una nueva sensibilidad de convivencia con los muertos en una época en la que, paradójicamente, esa convivencia está desapareciendo: los cementerios se van sacando de las ciudades y la cremación gana clientela. Estas modas olvidadas –que hablan de la permanencia del cuerpo embalsamado en el espacio privado de la casa burguesa o en el espacio público del museo y el mausoleo– muestran algunos de los nuevos recovecos donde los vivos se refugiaron con los muertos.<sup>65</sup>

Los episodios aquí relatados podrían repetirse indefinidamente y, cada uno, servirnos para recordar esa complejidad que arrasa con cualquier intento de reducir el pasado a pocas palabras. Antes, en marzo de 1883, *La Patria Argentina* había publicado “un suceso singular” ocurrido en el museo del comendador Guido Bennati. El reportero describía el encuentro que había tenido lugar en ese escenario entre Hermann Burmeister, Florentino Ameghino, Ignacio Pirovano –profesor de la Cátedra de Medicina Operatoria–, Estanislao Zeballos y un representante de las damas de la Sociedad de Beneficencia. Todos habían respondido al llamado de Bennati para “presenciar la abertura de una chulpa o momia títicaqueña” de su colección. Como en el cuento de Edgar Allan Poe, en el transcurso de la reunión la momia volvía a la vida para reírse del presente, de la democracia y de los supuestos adelantos del siglo del progreso. La historia, aquí, podría volver a comenzar y nos llevaría a otras reflexiones.<sup>66</sup>

Sin embargo, queda como un indicio del enorme trabajo que queda por hacer, donde los museos, las exhibiciones y los viajes empiecen a alejarse del pudor victoriano y surjan como muertos adolescentes, que cantan a medianoche como gallos fuera de hora, sin asustar a nadie,

<sup>65</sup> Este párrafo está en deuda con los comentarios realizados por Fernando Vidal.

<sup>66</sup> I. Podgorny “Momias que hablan. Ciencia, colección de cuerpos y experiencias con la vida y la muerte en la década de 1880”, en *Prismas*, 12, *Revista de Historia Intelectual*, 2008, pp. 49-65.

salvo al disector, que se sorprende por los efectos imprevistos de sus afanes contra la corrupción.

Las momias del siglo XIX permiten, asimismo, vislumbrar que ciertas fronteras pierden sentido. En la historiografía, el espacio del campo o del viaje y el del museo aparecen como dos espacios diferentes, que se alimentan mutuamente y donde uno crea al otro. Los medios de conservación y de transporte mencionados por Sucquet, sin duda, intervienen en ese sentido. Pero los museos ambulantes, al estilo del Baernoum, hasta ahora no han sido tomados en serio. Abandonados al costado del camino, en los circuitos de la cultura popular, no ingresaron en la historia de la ciencia. Sin embargo, estas colecciones itinerantes plantean un problema que merece mayor atención: pensar los objetos no ya en una relación entre espacios productores de “elementos en crudo” y un centro de cálculo que los procesa y acumula, sino como un continuo donde las mismas prácticas de viaje incluyen el procesamiento y devenir permanente de los datos y donde en cada objeto se condensa, por lo menos, una decena de tradiciones diferentes.

Milone y Segers, los embalsamadores porteños con los que se inició esta historia, representan ese lado artesanal de la medicina que permite la transformación del cuerpo humano en un medio estabilizado para su estudio en los museos, los gabinetes y las mesas de disección. Estos preparados y estas técnicas constituyen un eslabón indispensable para comprender las mediaciones entre la cultura material de la historia natural y las de la medicina. Y aunque los líquidos secretos para crear y conservar cuerpos representan un viejo problema de las colecciones de seres orgánicos, la cuestión del embalsamamiento humano saldría del museo, ligada a problemas propios que el siglo XIX hereda del llamado Siglo de las Luces; es decir, las discusiones higienistas, la mercantilización, la modernización y la democratización de las ceremonias funerarias, el problema de la memoria pública y privada, todo ello sumado a las preocupaciones existenciales propias de cada fin de siglo. Como se intenta mostrar en este ensayo, la posibilidad de la incorruptibilidad del cuerpo, un problema práctico de los disectores y preparadores de museo o de hospital-escuela se transforma –gracias a la química– en una mercancía y en la posibilidad –para aquellos que la pudieran pagar– de contar con un cuerpo capaz de llegar al fin de los tiempos.

## Agradecimientos

Los materiales aquí utilizados fueron “descubiertos” en el desarrollo del proyecto “El comercio de antigüedades y la sociabilidad científica en la Argentina, 1870-1887: los casos de Guido Benatti y Gerónimo

Lavagna”, que obtuvo la beca Félix de Azara de la Biblioteca Nacional de la República Argentina. Allí se trabajó con su extraordinaria colección de folletos y libros del siglo XIX. Los ejemplares consultados de *La Patria Argentina* proceden de la Biblioteca y Hemeroteca del Museo Histórico Sarmiento. Agradezco a los bibliotecarios de estas instituciones –en particular al personal del Sexto Piso (BN)– su colaboración y su buena disposición los días domingo.

Este trabajo –que constituye una derivación del libro en elaboración “El secreto de la crema incásica”– forma parte, asimismo, de la investigación desarrollada en el marco los PICT 2005 (ET) 32111 y 34511 y UBACYT F- 455, estos dos últimos dirigidos por Myriam Tarragó.

Miruna Achim, Élica Blasco, María Caldelari, Susana García, Frida Gorbach, Max Gurian, Cristina Iglesia, Maribel Martínez Navarrete, Laura Piazze, Adela Schäffner, Guillermo Ranea, Fernando Vidal y Ariel Yablón, colaboraron de distinta manera en la elaboración de este trabajo: sus lecturas, comentarios y aportes documentales enriquecieron las páginas aquí presentadas.



## IMÁGENES VIAJERAS: DE LA EXPEDICIÓN DEL "BEAGLE" A L'UNIVERSE PITTORESQUE

MARTA PENHOS

*Beca Félix de Azara  
Facultad de Filosofía y Letras,  
Universidad de Buenos Aires*

La migración de imágenes es uno de los fenómenos más ricos de la cultura occidental moderna. A partir de la difusión de la imprenta se desata un proceso complejo y fascinante que abarca del siglo XVI al XIX, durante el cual sucedió, entre otras variantes, la reapropiación de imágenes tardomedievales, la traslación grabada de pinturas y dibujos de los más importantes artistas, y la creación de imágenes *ad hoc*, todo ello en función de un crecimiento de la actividad editorial que implicó el acceso de un público europeo y también americano cada vez más numeroso a diversos productos literarios.<sup>1</sup>

Son varios los autores que han estudiado este tema con referencia a las relaciones Europa-América, y en especial a las imágenes del Nuevo Mundo y sus habitantes generadas en Europa, entre ellos Santiago Sebastián, Helga von Kügelgen y Giorgio Antei.<sup>2</sup> Al tener en cuenta el éxito singular que tuvo el género de los relatos de viaje, sobre todo a partir del siglo XVIII, es ineludible mencionar el bello libro que Jean-Paul Duviols dedicó a América vista a través de los libros de viajes.<sup>3</sup> El texto que aquí presento busca entonces seguir una de las vías posibles dentro de este amplio tema, y poner el foco en un caso de migración de

---

<sup>1</sup> Es necesario aclarar que este aumento y diversificación en la producción de imágenes se relaciona muy estrechamente con la "guerra de las imágenes", que en palabras de Gruzinski se desarrolla en los albores de la modernidad en torno a los enfrentamientos religiosos en Europa y a los procesos de evangelización en la América española. Cf. Serge Gruzinski, *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a Blade Runner. 1492-2019*, México, FCE, 1995.

<sup>2</sup> Sebastián, Santiago, *Iconografía del indio americano. Siglos XVI y XVII*, Madrid, Tuero, 1992; Von Kügelgen, Helga, "El indio, ¿bárbaro y/o buen salvaje?", en AA.VV., *La imagen del indio en la Europa Moderna*, Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1990; Antei, Giorgio, "La migración de los monstruos. Itinerario de una alegoría", en *Cuadernos de Arte Colonial*, n° 7, Madrid, Museo de América, s/f.

<sup>3</sup> Duviols, Jean-Paul, *L'Amérique vue et revêue. Les livres de voyages de Christoph Colomb a L. A. de Bougainville. 1492-1768*, París, Promodis, 1985.

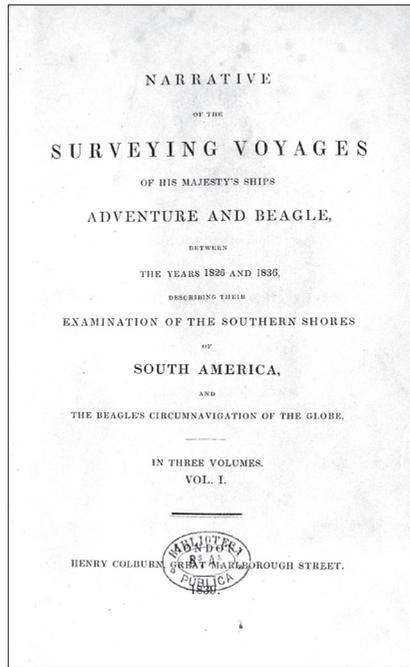


Figura 1

imágenes entre dos ediciones europeas del siglo XIX que se refieren al actual territorio argentino.

Una de estas ediciones es la que corresponde al informe de la expedición que, con el objetivo principal de realizar estudios hidrográficos y explorar sobre todo las costas patagónicas y Tierra del Fuego, envió la corona británica al Río de la Plata, y que se desarrollaría en dos etapas. Se trata de *Narrative of the surveying voyages of his majesty's ships Adventure and Beagle*,<sup>4</sup> que apareció en 1839 (fig. 1). La otra edición con la que trabajaremos es un inmejorable ejemplo de la literatura de viajes de alcance masivo: *Amérique Méridionale, Iles Diverses de l'Océan et Régions Circumpolaires* (fig. 2), el tomo 25 de la colección *L'Univers Pittoresque*, integrada por 67 tomos y publicada por la imprenta de Firmin Didot entre 1840 y 1860.<sup>5</sup>

<sup>4</sup> *Narrative of the surveying voyages of his majesty's ships Adventure and Beagle, between the years 1826 and 1836, describing their examination of the southern shores of South America, and the Beagle's circumnavigation of the globe*, Londres, Henry Colburn, 1839. Además del ejemplar del Tesoro de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, hemos utilizado el registro digitalizado que posee la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, disponible en el portal *Memoria Chilena*, <http://memoriachilena.cl/temas/index>.

<sup>5</sup> El ejemplar que hemos examinado no tiene fecha de edición, aunque merced al contenido y a otra información disponible puede datarse entre 1850 y 1860. El nombre

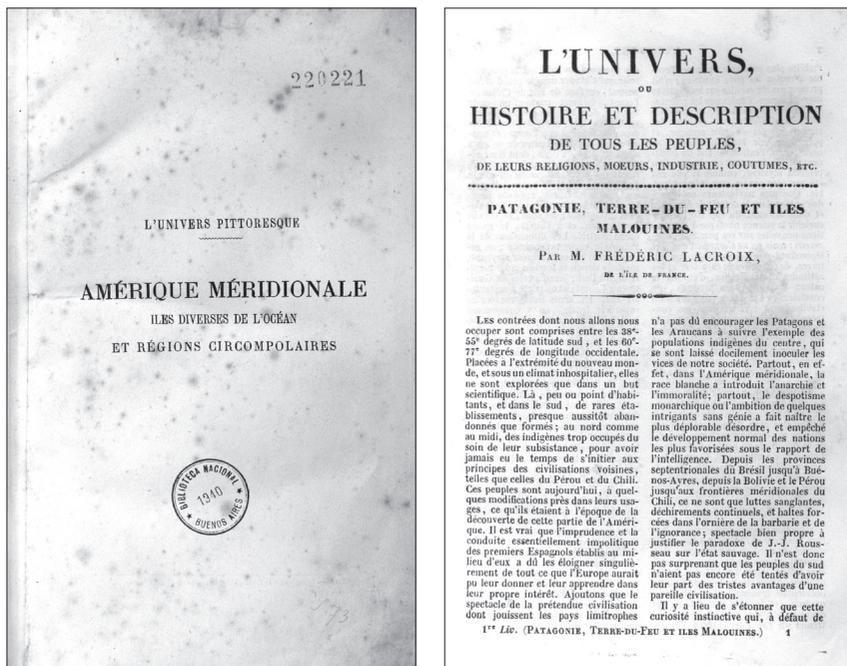


Figura 2

### Libros de viaje: un género editorial

Debemos ubicar estas publicaciones en un contexto en el que editores y libreros se dirigen a un conjunto cada vez más vasto de lectores que frecuentaban el género literario y editorial de los relatos de viajes, esas narraciones hiladas con información económica y geográfica, observaciones sobre la población y descripciones de flora y fauna, que tenían un formato y presentación característicos.<sup>6</sup> Afirma Freixa que, a fines del siglo XVIII y principios del XIX, la publicación de relatos de viajes sólo fue superada por la de sermones, mientras que Pimentel señala que

completo de la colección es *L'Univers pittoresque, ou histoire et description de tout les peuples, de leurs religions, moeurs, coutume, etc.*, y se dividía en las series temáticas azul, roja y verde. Cf. Brunet, Jacques-Charles, *Manuel du Libraire et de l'Amateur de Livres*, París, Firmin Didot Frères, Fils et Cie., 1860-1865, tomo VI, pág. 1042.

<sup>6</sup> Sobre el crecimiento cuantitativo y cualitativo del público moderno desde fines del siglo XVIII y a lo largo del XIX, cf. Chartier, Roger, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1994; y *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XVI y XVIII*, Barcelona, Gedisa, 1994. Si bien Mary Louise Pratt (*Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 1997, pág. 23) no ahonda en la cuestión del público de los relatos de viaje, sugiere que esta literatura tuvo la capacidad de “producir el ‘resto del mundo’ para los lectores europeos”.

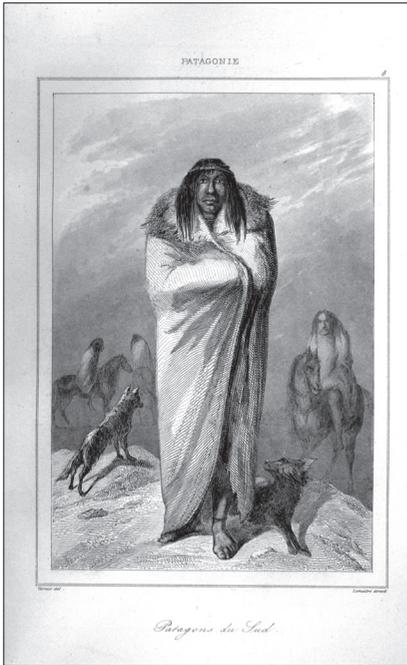


Figura 3



Figura 4

“el libro de viaje fue cultivado, escrito y leído a lo largo del siglo XVIII como jamás lo había sido antes”.<sup>7</sup> A modo de ejemplo, son útiles algunos datos acerca de los escritos de la expedición de George Anson, cuya primera edición apareció en 1748. En palabras de Torres Santo Domingo, el libro se convirtió en un verdadero “best seller del siglo XVIII”, que contó con 1.800 suscriptores previos y se tradujo al francés, al holandés, al italiano, al español, al alemán, al polaco, al sueco y al ruso. En total se contabilizan unas noventa ediciones.<sup>8</sup>

Este crecimiento del género se afirmaría durante el siglo XIX, instalándolo definitivamente como uno de los productos editoriales más importantes de la cultura del período. Sin embargo, algunas de sus

<sup>7</sup> Freixa, Consol, “Imágenes y percepción de la naturaleza en el viajero ilustrado”, en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, n° 42, 1999; Pimentel, Juan, *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2003, pág. 216.

<sup>8</sup> Torres Santo Domingo, Marta, “Un bestseller del siglo XVIII: el viaje de George Anson alrededor del mundo”, en *Biblio 3W, Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales* (Serie Documental de *Geo crítica*), Universidad de Barcelona, vol. IX, n° 531, 30 de agosto de 2004. Disponible en <http://www.ub.es/geocrit/b3w-531.htm>. Por mi parte, he examinado la segunda edición francesa: Anson, George, *Voyage autour du monde*, Ginebra, Barrillot et Fils., 1750.

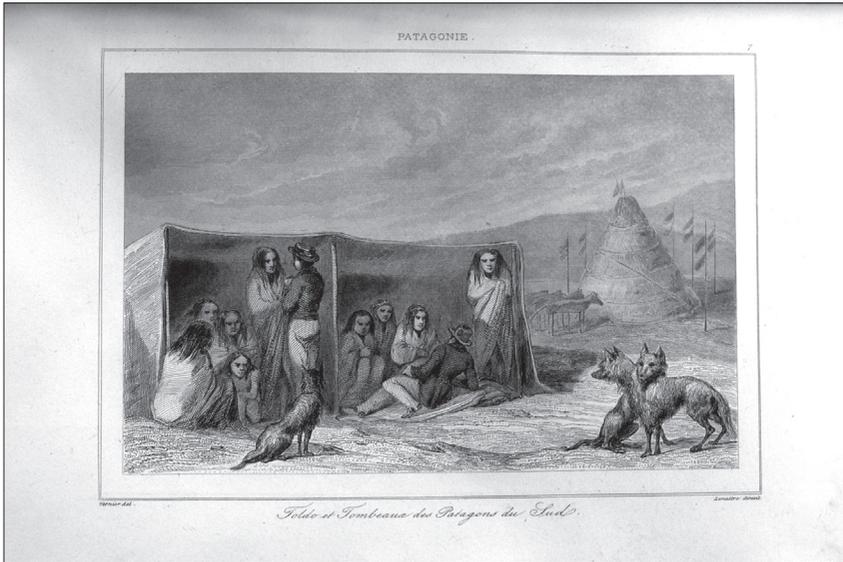


Figura 5

características parecen hundir sus raíces en el tiempo. Por lo menos la complementariedad entre el registro escrito y el icónico se remonta a los libros de maravillas de la época tardomedieval, en los que las noticias, verdaderas o fantásticas, sobre lugares remotos debían plasmarse tanto por medio de la palabra como de la imagen. Esta práctica se transmitió a la modernidad temprana, cuando salieron de las prensas de Amberes, Frankfurt, Lyon, los centros editoriales más importantes de Europa, grandes tiradas de crónicas de viaje acompañadas de grabados que hacían más accesible y amena la lectura. Dentro de estos productos, la obra de Theodoro de Bry y sus descendientes y colaboradores se transformó además en paradigma de la compilación de textos diversos sólo unidos por el concepto del viaje.

Al tener en cuenta estos antecedentes, y dado que la colección *L'Univers Pittoresque* estaba destinada al gran público, como lo atestigua entre otros rasgos el formato en 8<sup>o</sup>, es comprensible que los editores hayan optado por servirse de grabados ya existentes y no invirtieran en el costoso encargo de dibujos especialmente realizados para la ocasión. El volumen 25 incluye 81 láminas con imágenes figurativas, además de seis mapas, uno de ellos un planisferio.<sup>9</sup> De este conjunto, seis proceden de los grabados de *Narrative...: "Patagons du Sud"* correspon-

<sup>9</sup> Hay que aclarar que en el ejemplar estudiado faltan cuatro láminas, que al parecer han sido arrancadas.

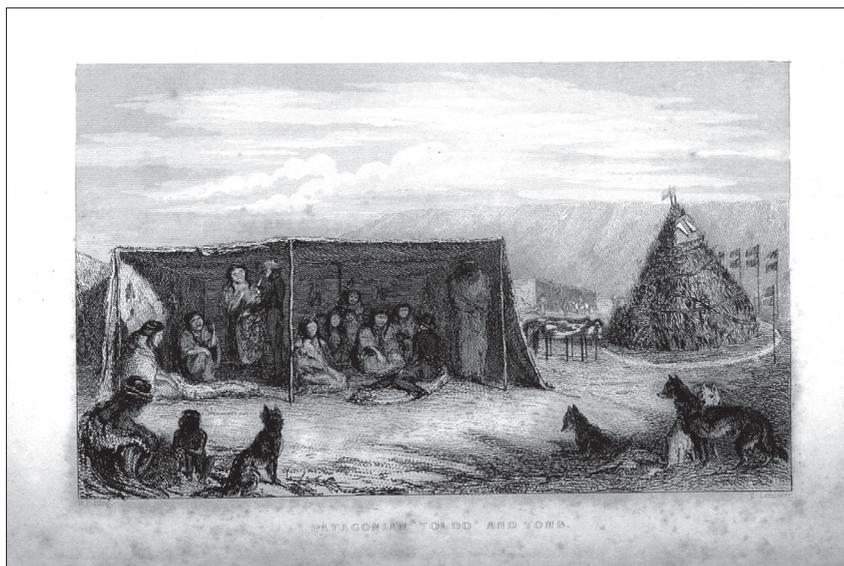


Figura 6

de a “Patagonian” (figs. 3 y 4); “*Toldo y Tombeaux du Patagons du Sud*” a “Patagonian ‘toldo’ and tomb” (figs. 5 y 6); “*Wigwams des Fuégiens a Port Esperance dans le Canal Madelaine*” a “*Fuegian Wigwams at Hope Harbour, in the Magdalen Channel*” (figs. 7 y 8); “*Fuégiens*” a “*Fuegian (Yápo Tekeenica)*”, que se encuentra en el frontispicio del tomo II de la edición inglesa (figs. 9 y 10); “*Fuégiens*” a “*Fuegians-Yacana, Pecheray, &c.*” (figs. 11 y 12), y “*Mont Sarmiento*” a “*Mount Sarmiento*” (figs. 13 y 14), aunque en este último caso la relación es más débil que en las demás imágenes.

Abordaré en primer lugar algunos aspectos de los textos en relación con las láminas que se incluyeron en las ediciones, prestando especial atención a la ubicación de aquellas que “viajaron” de uno a otro libro, respecto de las narraciones y descripciones a las que pretenden ilustrar. En una segunda instancia haré una comparación de las versiones de las imágenes que presenta cada edición. A lo largo del recorrido se tocarán algunos temas que sin duda merecen un mayor desarrollo, como son la percepción y representación del espacio patagónico por parte de los viajeros, la cuestión del gigantismo de los “patagones”, las consideraciones de los autores y editores sobre los habitantes de Tierra del Fuego. Aquí se los estudia en función de detectar ciertos desplazamientos de sentido operados entre el discurso escrito y el visual, para darle mayor espesor a las lecturas sobre las diferentes significaciones de los grabados en el pasaje entre el “original” y el



Figura 7

“derivado”.<sup>10</sup> Por medio de este análisis se busca comprobar si existen diferencias sustanciales entre los discursos escritos y visuales de una y otra edición que se vincularían con su distinto carácter y el rango de público al que están destinadas. Los límites impuestos a este trabajo obligan a hacer una selección del material, por lo que queda pendiente una indagación más exhaustiva de ambas publicaciones que tenga en cuenta los textos en su totalidad, así como el conjunto de las láminas figurativas, los mapas, esquemas y tablas, etc.

### ***Narrative...: un informe oficial apto para todo público***

El largo informe de las dos etapas de la expedición inglesa –la primera desarrollada entre 1826 y 1830, la segunda entre 1831 y 1836– se despliega en más de 1.800 páginas distribuidas en tres volúmenes: el primero está dedicado a los preparativos de la empresa y al primer viaje comandado por Phillip Parker King, con tres mapas y dieciséis grabados, el segundo se ocupa del viaje alrededor del mundo del “Beagle” bajo la dirección de Robert Fitz-Roy<sup>11</sup> con dos mapas y veinticinco gra-

<sup>10</sup> Louis Marin ha propuesto una metodología que atiende los recursos propios de cada discurso, su “heterogeneidad semiótica”, y la “irreductibilidad de lo visible a los textos”, cf. Chartier, Roger, *Escribir las prácticas. Foucault, De Certeau, Marin*, Buenos Aires, Manantial, 1996.

<sup>11</sup> Durante el primer viaje, Fitz Roy, que formaba parte de la tripulación del “Beagle”,



Figura 8



Figura 9

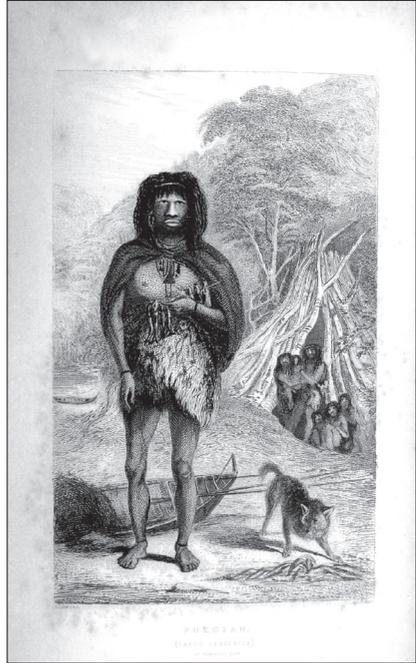


Figura 10



Figura 11

bados, y el tercero contiene el diario y las observaciones de Charles Darwin, quien formó parte de la tripulación del barco, con dos mapas. Este tercer tomo, llamado originalmente *Journal and Remarks*, fue reeditado años después con el título de *Journal of researches into the natural history and geology of the countries visited during the voyage of H.M.S. Beagle round the World...*<sup>12</sup>

Hay que decir unas palabras sobre la compleja autoría de la obra. Por un lado, en el primer tomo Fitz Roy firma la dedicatoria y el prefacio general, y es claro que se ha hecho cargo de la edición: “*In absence of Captain King, who has entrusted to me the care of publishing his share of this work, I may have overlooked errors which he would have detected*”.<sup>13</sup> Por otro, no hay indicación alguna de autor en la portada principal, aunque tan-

---

pasaría a comandar la nave luego del suicidio del capitán Pringles Stokes, en agosto de 1828. La segunda etapa estuvo enteramente a su cargo.

<sup>12</sup> *Journal of researches into the natural history and geology of the countries visited during the voyage of H.M.S. Beagle round the world, under the Command of Capt. Fitz Roy, R.N.*, Londres, John Murray, 1845, 2ª edición. El texto conoció varias ediciones, también con el título de *Voyage of the Beagle*. Entre las ediciones en castellano, puede consultarse Darwin, Charles, *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, Buenos Aires, El Ateneo, 1945.

<sup>13</sup> “En ausencia del Capitán King, quien me ha encomendado el cuidado de la publicación de su parte de este trabajo, eventualmente he pasado por alto errores que él hubiese detectado”. *Narrative of the surveying voyages of his majesty's ships Adventure and Beagle, between the years 1826 and 1836, describing their examination of the southern shores of South America, and the Beagle's circumnavigation of the globe*, Londres, Henry Colburn, 1839, tres vols., prefacio, pág. IX.

to el tomo I como el II consignan en sus correspondientes portadas el nombre de los comandantes de cada etapa, Phillip Parker King y Robert Fitz Roy. No sucede lo mismo con el tomo III, cuyo contenido y escritura se adjudica claramente al nombre de Charles Darwin, ligado al título por la proposición “by”. Pero hay más voces que se hacen escuchar: en el primer tomo, el capítulo XV incluye un resumen de “Captain King’s narrative” y extractos de los “Journals of Lieutenant Skyring and Graves”, y el XXIII toma partes del diario de otro oficial, Mr. Murray. Además, aparece en el capítulo X el “diario inconcluso” del capitán Stokes, quien era el comandante del “Beagle” hasta que se quitó la vida en agosto de 1828.

También hubo otros “autores”. Como es sabido, la tripulación del segundo viaje incluía al dibujante August Earle, quien en 1833 debió desembarcar en Montevideo por razones de salud y fue reemplazado por Conrad Martens, que se hallaba por ese entonces en Río de Janeiro. A este último se debe gran parte de los dibujos realizados durante un tramo de la expedición, que sirvieron de base a los grabados del libro.<sup>14</sup> El propio Fitz Roy se sumó a la producción de imágenes de las observaciones y experiencias del viaje. Esta tarea colectiva se completa con los varios litógrafos que intervinieron en la edición, principalmente T. Landseer y S. Bull.<sup>15</sup>

“Patagonian” (fig. 4) es la lámina que sirve de apertura al primer tomo de *Narrative...* Cabe preguntarse el porqué de esta elección, teniendo en cuenta que la edición recogía los resultados de una expedición oficial de exploración hidrográfica. Para acercar una respuesta hay que atender al prefacio, que se encuentra a continuación de la dedicatoria de Fitz Roy al jefe del Almirantazgo británico. El marino se refiere allí al contenido del libro y al modo en que se presenta. Esta cuestión del estilo tuvo un lugar importante entre las preocupaciones de los viajeros desde el siglo XVIII, ya que en torno a ella se identificaba la necesidad de ajustar la correlación entre “credibilidad, testimonio y evidencia”, en un alejamiento progresivo de la secular identificación del viajero con el impostor y el mentiroso.<sup>16</sup> En la medida en que los relatos de viaje se

<sup>14</sup> Martens realizó unas 90 imágenes, de las cuales algo más de 30 son acuarelas y el resto son dibujos a lápiz y tinta. Cf. Martinic, Mateo, “Noticias históricas sobre los inicios de la pintura realista en Magallanes (1834-1940)”, en *Magallania*, Anales del Instituto de la Patagonia, Universidad de Magallanes, Punta Arenas (Chile), 2007, vol. 35 (1), pág. 7. El autor toma esta información de un catálogo al que por el momento no he logrado acceder pero que sin duda es importante para profundizar sobre las imágenes de la expedición: Keynes, R. D. (ed.), *The Beagle Record. Selections from the original pictorial records and grien accounts of the voyage of H. M. S. Beagle*, Cambridge University Press, Cambridge-Londres-Nueva York-Melbourne, 1979.

<sup>15</sup> Thomas Landseer fue un famoso grabador, miembro de una familia dedicada al oficio, que se especializó en imágenes animalistas. Sobre S. Bull no he encontrado información.

<sup>16</sup> Tanto Pimentel como José E. Burucúa han tratado el tema partiendo de la figura de Ulises, cf. Pimentel, J., *Testigos del mundo...*, *op. cit.*, cap. 1; y Burucúa, José Emilio, “La

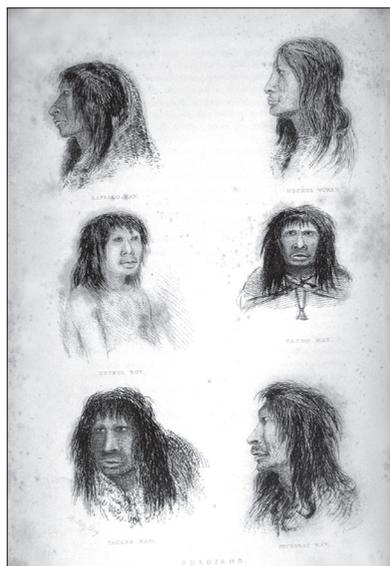


Figura 12

difundían gracias a sus versiones impresas, es lógico que figuras como Charles Marie de La Condamine, expresaran sus reparos respecto de las expectativas que podían suscitar en un público poco especializado:

“Para no defraudar la esperanza de quienes sólo buscan en una relación de viaje sucesos extraordinarios y pinturas agradables de conductas extrañas y costumbres desconocidas, debo advertirles que no encontrarán en ésta mucho que les satisfaga [...]”<sup>17</sup>

noción de alteridad. El caso de la historia de Ulises entre Bocaccio y Pierre Bayle”, en *Historia y Ambivalencia. Ensayos sobre arte*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2006.

<sup>17</sup> Los resultados de la expedición de La Condamine en 1735, que tuvo por objetivo determinar la longitud del meridiano en el ecuador, se conocieron mediante varias publicaciones. Es interesante lo que expresa el ilustrado comandante en el párrafo citado, si pensamos que durante la estancia de diez años de los franceses en Sudamérica se produjeron hechos de tintes francamente novelescos que hicieron atractiva la narración más allá de las demostraciones científicas que aportaba: un motín popular en Cuenca, que le costó la vida al cirujano de la expedición, y la terrible travesía de la esposa del astrónomo Godin por el Amazonas. Cf. La Condamine, Charles Marie de, *Relation abrégée d'un voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique méridionale, depuis la côte de la mer du sud jusqu'aux côtes du Brésil et de la Guiane, en descendant la rivière des Amazones... Lettre à Madame sur l'émeute populaire excitée en la ville de Cuenca au Pérou le 29 août 1739*, París, Veuve Pissot, 1745; y *Journal du voyage fait par ordre du roi à l'Equateur servant d'introduction historique à la mesure des trois premiers degrés du méridien*, París, Imprimerie royale, 1751. La cita pertenece a la traducción de *Relation abrégée... Viage a la América Meridional por el Río de las Amazonas. Estudio sobre la quina*, Barcelona, Editorial Alta Fulla, 1986, pág. 8.

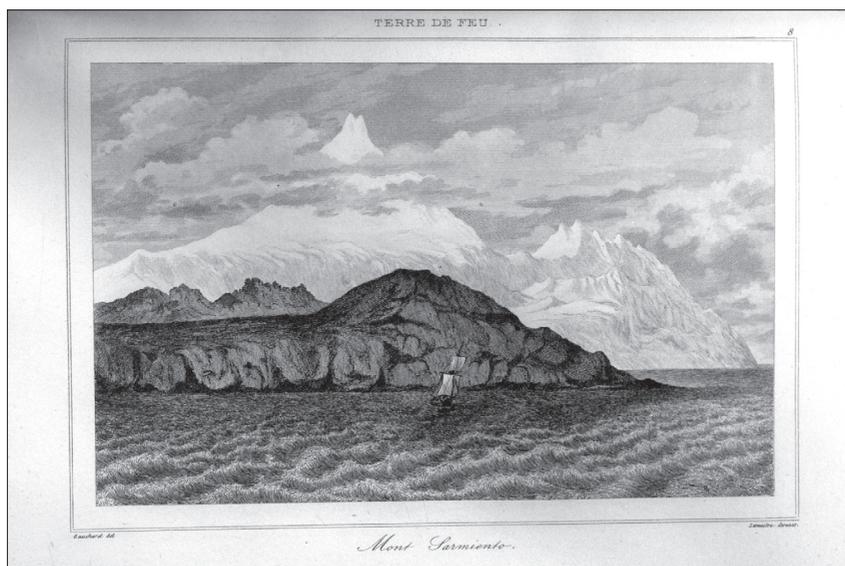


Figura 13

Por su parte, Félix de Azara, pese a su prosa seca y a sus descripciones exentas de elementos coloridos, pensó en dar a *Voyages dans l'Amérique Méridional*, publicado en París en 1809, un carácter más atractivo:

“[...] yo había escrito mi obra en forma de diario de viaje; pero luego la he ordenado como la ve V., porque hubiera sido tan enojosa como los viajes marítimos, que hablan todos los días de vientos, de cambios de rumbo, de peligro y de trabajos: siempre, poco más o menos, lo mismo”.<sup>18</sup>

Sin embargo,

“Siempre he procurado evitar el estilo de novela, es decir, ocuparme más de las palabras que de las cosas. Igualmente he tenido cuidado de no exagerar ni la magnitud, ni la pequeñez, ni la rareza de los objetos, y emplear siempre la expresión conveniente a la medida real de cada cosa, tal como la he visto o tal como la concibo”.<sup>19</sup>

Ambos párrafos dan cuenta de los problemas de estilo que se suscitaban al trasladar los manuscritos al formato libro, y también de la intención de Azara de alejarse de la narrativa personal y del contenido

<sup>18</sup> Carta a Walckenaer, 1º de diciembre de 1805, en Azara, Félix de, *Viajes por la América Meridional*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1941, tomo I, pág. 51.

<sup>19</sup> Azara, F. de, *ibidem*, tomo I, pág. 77.



Figura 14

ficional que habían estado presentes en la tradición de los relatos de viaje, y que gran parte de los lectores aún deseaban encontrar.

Volvamos a Fitz Roy, quien en el comienzo del prefacio anuncia que ha querido combinar la información más general con los temas específicos que eran de particular interés para el almirantazgo y los navegantes,<sup>20</sup> algo usual en un informe oficial que tomaba estado público. Pero enseguida nos advierte sobre el hecho de que “*Details, purely technicals, have been avoided in the narrative, more than I could have wished*”<sup>21</sup>, poniéndonos en la pista de una decisión que quizá fue tomada por el editor, cuyo papel, como se ha demostrado en otros casos, pudo ser clave en la transformación del texto en libro.<sup>22</sup> La omisión de esos “detalles puramente técnicos”, que fueron derivados a los apéndices y a informes sueltos destinados a las autoridades, sería un guiño al lector común que imaginaron tanto La Condamine como Azara cuando encararon la edición de los resultados de sus viajes.

<sup>20</sup> “In this Work, [...] an attempt has been made to combine giving general information with the paramount objects- that of fulfilling a duty to the Admiralty, for the benefit of Seamen”, en *Narrative...*, *op. cit.*, tomo I, pág. IX. Las traducciones que se incluyen pertenecen a la autora y a Daniela Gutiérrez.

<sup>21</sup> “Detalles puramente técnicos han sido omitidos en la narración, más de lo que yo hubiera deseado”.

<sup>22</sup> El tema ha sido extensamente tratado por Chartier en varios trabajos. Respecto de la intervención del editor Walckenaer en los *Voyages...* de Azara, cf. Penhos, Marta, *Ver, conocer, dominar. Imágenes de Sudamérica a fines del siglo XVIII*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, cap. 4.

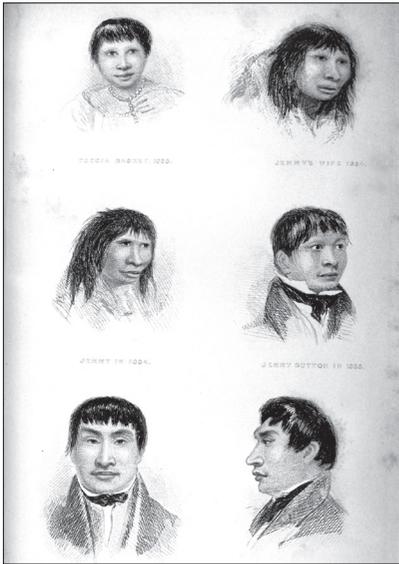


Figura 15

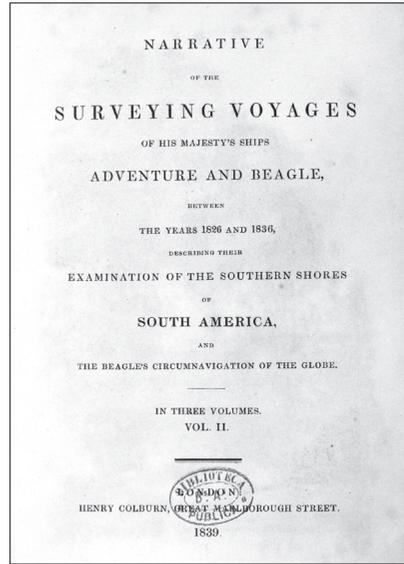


Figura 17

Más adelante, el comandante aclara la grafía de tres palabras “usadas frecuentemente en las páginas que siguen”: el nombre de “Magalhaens”, “el gran navegante portugués”, “Fuegians”, es decir los habitantes de Tierra del Fuego, y “Chiloé”, que se acentúa “por razones



Figura 16

dadas en la página 384 del segundo volumen”. Aquí es el propio Fitz Roy el que se dirige “a todo lector”, a quien presume no familiarizado con ese vocabulario.<sup>23</sup> Y el público vuelve a aparecer en el párrafo final del prefacio, en lo que parece ser una disculpa por el carácter vago y mezclado que inevitablemente tiene el texto: “Algunas partes pueden no interesar por completo a muchos lectores, aunque tal vez no estén exentas de interés para todos”. Y aclara que “esta publicación aparece sólo por un sentido del deber”.<sup>24</sup>

Es el momento de retroceder y prestar atención a la portada (fig. 1): si la palabra “relato” podía apelar al público ávido de noticias sobre países remotos, el resto del título vincula ese relato a un riguroso trabajo de relevamiento, el “viaje de exploración de las naves de su Majestad Adventure y Beagle entre los años 1826 y 1836, describiendo su examen de las costas del sur de Sudamérica, y la circunnavegación del globo por el Beagle”. La omisión de un autor al que se atribuye el conjunto, que ya se señaló, destaca la idea de una obra colectiva, que resume los resultados de un emprendimiento de la marina inglesa. Pero quien sí se hace presente en la portada es el editor, Henry Colburn. Creo que la tensión entre el informe oficial y el producto editorial para un amplio rango de lectores, que es evidente ya en la portada del libro y que Fitz Roy expresa en el prefacio, se resuelve a favor del segundo en la elección de la lámina de apertura, la imagen del “Patagón”, que resultaba evocadora de contenidos atractivos para todo público. En aquellos años aún sonaban en Europa los ecos de la última etapa de la “disputa del Nuevo Mundo”, es decir, las discusiones sobre la naturaleza y el hombre americanos, dentro de las cuales la existencia de los gigantes, identificados con los tehuelches, no ocupaba un lugar menor.<sup>25</sup> Podemos atribuir entonces al editor la hábil inclusión de la lámina al inicio del primer tomo. Colburn, quien poseía en Londres una de las empresas más importantes del rubro en la primera mitad del siglo XIX, publicó los diarios de personajes eminentes de la historia inglesa, como John Evelyn y Samuel Pepys, y también la primera novela de Disraeli. Pero lo más interesante es que, junto con otros impresores, fue

<sup>23</sup> “There are a few words used frequently in the followings pages: which may not at first sight be familiar to every reader, therefore I need hardly apologize for saying that, although the great Portuguese navigator’s name was Magalhaens –it is generally pronounced as if written Magellan; –that the natives of Tierra del Fuego are commonly called Fuegians; –and that Chiloé is thus accented for reason given in page 384 of the second volume”, *Narrative...*, *op. cit.*, pág. X.

<sup>24</sup> “... I beg to remind the reader, that the work is unavoidably of a rambling and very mixed character; that some parts may be wholly uninteresting to most readers, though, perhaps, not devoid of interest to all; and that its publication arises from a sense of duty”, *idem*.

<sup>25</sup> Cf. Gerbi, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*, México, FCE, 1993. Sobre los “patagones” en la Expedición Malaspina, cf. Penhos, M., *Ver, conocer, dominar...*, *op. cit.*, cap. 5.

el creador de *The New Monthly Magazine and Literary Journal*, que contenía relatos y poesías, y una miscelánea de artículos de interés general, muchos de ellos sobre sitios lejanos que tenían un valor estratégico para la corona inglesa. Un buen ejemplo es “Sketches of India”, aparecido en el volumen XI en 1824, en el que se hace una descripción de la cultura y las costumbres del país, sobre la base de contrastes entre lo exótico vernáculo y la “civilización” impuesta por el gobierno colonial.<sup>26</sup>

### Los grabados viajeros: el punto de partida

Del total de diecinueve láminas que contiene el primer volumen de *Narrative...*, un mapa de Sudamérica y “Estrecho de Magallanes” debían ser colocadas en un sobre pegado a la contratapa, pero figuran como “perdidas” al momento de la publicación.<sup>27</sup> Doce imágenes están dedicadas a vistas de distintos sitios del territorio examinado. El predominio de este tipo de representación señala la continuidad de ciertas prácticas de las expediciones costeras, que encontraban en las vistas el complemento ideal de la plasmación cartográfica.<sup>28</sup>

Llama la atención que la narración comience con la partida desde Montevideo hacia la Patagonia el 19 de julio de 1826, omitiendo los detalles de la travesía atlántica, que en otras expediciones del siglo anterior habían sido tan destacados. La distribución de las láminas, intercaladas en el texto a lo largo del libro, sigue, como es habitual en los libros de viaje, el hilo lineal de la narración y, repitiendo las escalas del viaje, detiene ésta en algunos puntos para ilustrar las descripciones de esos sitios, o bien destaca algún acontecimiento o figura singular. En este sentido, vale la pena señalar que a una vista de Montevideo frente a la página 1, en el inicio del relato propiamente dicho, sigue una lámina ubicada entre el final del capítulo III y el inicio del IV con tres vistas de Monte Sarmiento y sus inmediaciones, ya en Tierra del Fuego. La navegación de las costas patagónicas entre uno y otro sitio mereció una atención moderada –volcada en el capítulo I, que trata brevemente de Santa Elena para pasar luego a “*geological remarks*” y “*natural history*” de esas costas–, y en consecuencia tampoco pareció necesario llevar a la imagen algún aspecto de ese tramo. Los capítulos II al V refieren a la exploración del Estrecho de Magallanes, en especial la realizada con

<sup>26</sup> Véanse la portada y las páginas digitalizadas de la revista en el portal de la British Library: <http://www.bl.uk/learning/langlit/texts/empire/new/title/titlepage.html>.

<sup>27</sup> El índice de las láminas es en rigor las “Directions for the Binder”, es decir, instrucciones para el encuadernador sobre el modo de disponer las imágenes respecto del texto.

<sup>28</sup> Para el caso de la Expedición Malaspina, cf. Penhos, M., *Ver, conocer, dominar...*, *op. cit.*, cap. 5.

toda minuciosidad por el “Beagle”, y sólo en el capítulo IV se incluye una lámina, también con tres vistas, esta vez de *Port Famine* (Puerto del Hambre) y alrededores. Esta parte del texto, si bien está dirigida sobre todo a navegantes y estudiosos de la geografía, no deja de contener notas sobre “patagones” y “fueguinos”. En la zona de *Gregory Bay* (Bahía San Gregorio, en la costa norte del Estrecho), se deja constancia del interés que provocaban en los miembros de la tripulación estos indígenas, de los cuales habían dejado testimonio otros viajeros como Byron, Wallis y los marinos españoles. Los marinos del Beagle los buscan con sus largavistas a medida que avanzan, pero sin éxito. A la altura de *Cape Orange* finalmente “some Indians were observed lighting the fire under the lee of the hill to attract our notice”,<sup>29</sup> aunque deciden no hacer contacto debido a la difícil navegación por los estrechos fueguinos. Es interesante de qué modo van haciendo su aparición los indígenas, progresivamente, primero rastreados por los ingleses, luego vislumbrándose entre las brumas y la vegetación, hasta concretarse el primer encuentro la tarde del 31 de diciembre. El párrafo con el episodio se aviene con un tipo de descripción similar a las de otros diarios o informes de expediciones europeas, que comienza con la composición del grupo y el número de sus integrantes, y se detiene en detalles sobre sus cabalgaduras y modo de cubrirse –en este caso las pieles de guanaco y otros animales–. A continuación viene la inevitable referencia a la altura de los “patagones”, que los expedicionarios calculan aproximadamente en seis pies (1,82 m). La tensión entre el antiguo mito de los gigantes, activado desde el siglo XVI en relación con los tehuelches, y la observación directa de individuos cuya talla simplemente era mayor a la de un europeo medio, se hace evidente en el siguiente párrafo:

*“All were robust in appearance, and in respect to the head, length of body, and breadth of shoulders, of gigantic size; therefore when on horseback, or seated in a boat, they appeared to be tall, as well as large men”*.<sup>30</sup>

Los “patagones”, si no eran gigantes, por lo menos tenían el aspecto de tales. En las páginas siguientes continúa la parte dedicada a este encuentro. Pese al interés que guarda,<sup>31</sup> no me detendré más en ella,

<sup>29</sup> “observamos algunos indios encendiendo fuego al pie de la ladera para llamar nuestra atención”. *Narrative...*, *op. cit.*, cap. II, pág. 14.

<sup>30</sup> “Todos parecían robustos y en cuanto a la cabeza, el largo del cuerpo y el ancho de espaldas, eran de tamaño gigante; por eso cuando montaban a caballo o estaban sentados en un bote, parecían hombres grandes y altos”. Todo el episodio abarca las págs. 16-22 del cap. II. En la pág. 21 se hace constar la medida escrupulosa de la cabeza de un hombre joven.

<sup>31</sup> El análisis de esta parte merecería un artículo aparte. Hay en ella una buena cantidad de tópicos y recursos que se hallan en varios relatos de viaje referidos a encuentros con

pero es importante notar la relación que establece con la lámina del frontispicio, en la que la figura del primer plano parece seguir la descripción del hombre más alto del grupo tal como aparece en el texto.

Hay que llegar al capítulo VI para encontrar una nueva imagen, esta vez la de un toldo y una tumba, que igual que “*Patagonian*” fue retomada por los editores de *L’Univers...* En *Narrative...* se corresponde con una nueva exploración de Bahía San Gregorio y con el contacto de los ingleses con otro grupo de tehuelches en mayo de 1827.<sup>32</sup> En esta ocasión, las observaciones realizadas por Parker King, Fitz Roy y sus oficiales se complementan con las citas de viajeros anteriores como Pigafetta y Falkner. Vuelve a aparecer el tema de la talla de los “patagones”, esta vez tratada en detalle, y se consigna la medida de un hombre extraordinario cuya altura excedía los seis pies, con un repaso por los “*former accounts of their gigantic height*”. Más adelante, se narra una “ceremonia religiosa” que tuvo lugar durante la visita de Fitz Roy a una familia. La lámina (fig. 6) pretende resumir la puntillosa descripción de las viviendas y de la tumba erigida cerca de ellas para el sepelio de una niña fallecida poco antes, mediante la presentación de un toldo de cuyo fondo oscuro emergen algunas figuras, la tumba cónica en un plano algo posterior y a la derecha, y otro toldo entre ambas formas, pero en la lejanía, aludiendo a un conjunto de viviendas que forman un “campamento”. Dos grupos de perros a los lados ocupan el primer plano y enmarcan la composición. Respecto del texto, lleno de matices y alternativas en cuanto al contenido y la escritura, la imagen resulta deslucida, pero por medio de la síntesis que presenta refuerza los elementos más importantes de aquel: por una parte, los que refieren a “usos y costumbres” de los “patagones”, como la vivienda y su papel en las relaciones familiares y sociales, y las prácticas de enterramiento, por otro, los que tienen que ver con el acercamiento entre viajeros y habitantes del lugar, sin el cual los datos recogidos “de primera mano” no tendrían peso. La inclusión de un europeo que en la penumbra del toldo parece dialogar con uno de los miembros del grupo, y el punto de vista próximo desde el que se observa la toldería muestra el carácter cordial del intercambio establecido con los pobladores.

También en torno a las viviendas, esta vez de los fueguinos, se presenta el tema de la siguiente imagen reapropiada en *L’Univers...*<sup>33</sup>

---

“patagones”. Es notable, por ejemplo, la semejanza con el *Diario de Malaspina*, en especial en cuanto a la presencia destacada de una mujer, que en *Narrative...* es María, la esposa madura del jefe del grupo, y en el texto malaspiniano, Jujana, una preadolescente vivaz, ambas muy comunicativas y conocedoras de palabras en castellano. Cf. Penhos, M., *Ver, conocer, dominar...*, *op. cit.*, cap. 5.

<sup>32</sup> *Narrative...*, *op. cit.*, tomo I, págs. 85-93. También en este grupo cobra protagonismo una mujer, llamada igualmente María.

<sup>33</sup> Las láminas anteriores muestran el muelle de Montevideo y una vista de Río de Janeiro, en págs. 105 y 106.

“*Fuegian wigwams at Hope Harbour in the Magdalen Channel*” (fig. 8) se ubica en el capítulo VIII, que trata una etapa de exploración en “Port San Antonio”, donde los ingleses buscan un pasaje que conecte los dos océanos, en marzo de 1828. Las menciones a Sarmiento de Gamboa, Córdova, Byron, Wallis, Narborough y Bougainville sirven para apoyar o discutir la existencia de ese pasaje,<sup>34</sup> mientras que Falkner, citado a pie de página, es el autor a partir del cual se introduce el problema de la identificación de los nativos de esa región, “*patagons*” o “*fuegians*”, estos últimos denominados por los primeros como “zapallios”.<sup>35</sup> La descripción de San Antonio puede considerarse una miscelánea en la que confluyen aspectos estrictamente centrados en la navegación –amplitud y profundidad del puerto, su formación e islas cercanas, clima– con referencias a una variedad de contenidos que se vuelcan en una escritura plena de recursos que también son de diverso cuño. Si las especies vegetales encontradas en el lugar se consignan con sus nombres genéricos y hasta se aclara la nomenclatura científica de alguna, aparecen también párrafos sustentados en el uso de categorías estéticas:

*“The port is formed by a channel, a quarter of a mile wide, separated two islands from the shore. The best anchorage is off a picturesque little bay on the south island, which is thickly wooded to the water’s edge with the holly lived by berberis, fuchsia and veronica, growing to the height of twenty feet [...]”*<sup>36</sup>

Y este espacio representado como paisaje es justamente el que funciona como escenario de la presencia humana, primero de los pobladores, insinuados, como sucede habitualmente en el relato, en los *wigwams* vacíos, y luego de los rastros de un oficial que se había perdido durante una exploración del lugar el año anterior:

*“[...] over-topped and sheltered by large beech, and Winter’s bark trees, routed under a thick mossy carpet, through which a narrow Indian path winds between arbutus and currant bushes, and round prostrate stems of dead trees, leading to the seaward side of the island. Upon the beach, just within the bushes, and sheltered by a large and wide-spreading fuchsia bush, in full flower, stood two Indian wigwams, which, apparently, had not been inhabited since the visit of poor Ainsworth”*.<sup>37</sup>

<sup>34</sup> Cf. *Narrative...*, *op. cit.*, tomo I, pág. 123.

<sup>35</sup> *Ibidem*, pág. 125.

<sup>36</sup> “El puerto esta formado por un canal de un cuarto de milla de ancho, separado por dos islas de la costa. El mejor anclaje está fuera de una pequeña y pintoresca bahía en la isla sur, que está densamente arbolado hacia el borde del agua con el acebo lleno de berberis, fucsia y verónica, creciendo hasta los veinte pies de altura...”

<sup>37</sup> “...exageradamente protegido por gran playa y corteza de árboles, aplastado bajo una gruesa carpeta de musgo, serpentea un angosto sendero indio entre arbustos y plantas de grosellas y postrados tallos de árboles muertos, que llevan al lado de la isla que da al mar. Sobre la playa, junto a los arbustos y cobijado por una gran planta de fucsias aún en

En los párrafos que siguen hay un énfasis en la frondosidad y gran tamaño de los árboles y arbustos –“*so luxuriant*”– que al parecer sobresalen en comparación con los que los viajeros han encontrado en otros parajes, y menciones a pájaros, en especial picaflores. Y enseguida, el texto retorna al tono del informe oficial, con datos sobre las condiciones climáticas. Esta combinación de un discurso racionalista y otro atravesado por la estética romántica, que como han señalado varios autores es inaugurada por Humboldt a principios del siglo,<sup>38</sup> se repite a lo largo del texto, en el que la información más pragmática es seguida, sin solución de continuidad, por una “*scenery*”, es decir una descripción de los sitios explorados en clave paisajística, viraje que es indicado por la recurrencia a términos claramente estéticos: así, por ejemplo la zona entre los puertos San Antonio y Gallart es “en esta estación extremadamente sorprendente y pintoresca”, por el “agradable contraste” entre las montañas carentes de vegetación y las colinas más bajas cubiertas de árboles, más el suelo verde oscuro y las hayas cuyas hojas ya presentan “tintes otoñales”.<sup>39</sup>

Un día antes de partir de este punto, el 30 de marzo, tiene lugar un encuentro con fueguinos, que de modo similar a otros y como es frecuente en el texto, se representa de manera gradual:<sup>40</sup> los ingleses advierten un grupo de fueguinos que vienen en tres canoas y dudan si acercarse a sus naves, para terminar aceptando subir a bordo. Este contacto está marcado por los intercambios de objetos –“*we obtained several spears, baskets, necklaces, bows and arrows*”<sup>41</sup>, a pesar de que el grupo poseía ropas y otras “*relics of the boat in which Mr. Ainsworth was drowned*”<sup>42</sup>, algo que provoca la desconfianza de los viajeros. No puede faltar la alusión a intentos de robo por parte de los indígenas, y a la suciedad y aspecto desagradable que presentan. Este pasaje remite a otro

---

flor, había dos wigwams de los indios que aparentemente no habían sido habitadas desde la visita del pobre Ainsworth”. *Ibidem*, pág. 126. El episodio del accidente que motivó la pérdida de Ainsworth y dos tripulantes se encuentra en el capítulo IV, págs. 63-64.

<sup>38</sup> Entre otros, Prieto, Adolfo, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996; Cicerchia, Ricardo, *Viajeros. Ilustrados y románticos en la imaginación nacional*, Buenos Aires, Troquel, 2005.

<sup>39</sup> Cf. por ej. *Narrative...*, *op. cit.*, tomo I, pág. 131. Es interesante confrontar esta mirada con la de Darwin, quien después de internarse en el bosque en Bahía del Buen Suceso, afirma: “Death, instead of Life, seemed the predominant spirit. [...] As the whole landscape is thus coloured, it has a sombre, dull appearance...”, *Narrative...*, *op. cit.*, tomo III, págs. 231-232.

<sup>40</sup> A lo largo del texto se repite este modo gradual de representar la aparición de los habitantes de Tierra del Fuego: su presencia se observa a la distancia –el fuego es el índice–, o se advierte en huellas o rastros dejados en el lugar, y ambas son instancias que suelen anteceder al contacto directo. A modo de otro ejemplo cf. *Narrative...*, *op. cit.*, tomo I, pág. 388.

<sup>41</sup> “obtuvimos varias lanzas, cestas, collares, arcos y flechas”

<sup>42</sup> “reliquias del bote en el cuál Mr. Ainsworth se ahogó”

encuentro consignado en el capítulo IV, en el que todas estas notas se encuentran amplificadas.<sup>43</sup>

Es el momento de preguntarse qué es lo que pretende ilustrar la lámina “*Fuegians wigwams...*”, teniendo en cuenta que se halla colocada entre las páginas 126 y 127, dedicadas por entero a la descripción paisajística, anterior a la aparición de los fueguinos en sus canoas. Dado que muestra un nutrido grupo en sus viviendas, la imagen se alejaría aquí de la ilustración puntual del texto, y más bien remitiría a una idea general de contacto, por medio de la concentración de elementos de diferentes partes del relato. Los *wigwams* se ubican debajo de la abundante vegetación, tal como indica el texto, pero no se hallan deshabitados, sino que de ellos salen amables nativos que reciben al marino en el bote. Este último tal vez aluda a la presencia del oficial Ainsworth y sus hombres, quienes al parecer antes de naufragar habían encontrado refugio en esas playas. También el siguiente episodio, que como el accidente de Ainsworth corresponde a febrero de 1827 y se halla en el citado capítulo IV, podría haber inspirado la lámina:

*“We found a family of Fuegians in the inner harbour. Three canoes were hauled up on the beach, but their owners were not at first visible. At last, after our repeatedly calling out ‘ho-say, ho-say’ they appeared, and rather reluctantly invited us, by signs, to land.”*<sup>44</sup>

Los gestos de saludo que intercambian el hombre que se acerca en el bote y el personaje de la izquierda –la “*hideous old woman*” que en el relato tiene esa actitud habría sido reemplazada por una figura más neutra–, y el hecho de que en uno y otra se indique que la escena sucede en el “*Magdalen Channel*”, abonan la relación entre esta parte del texto y la imagen.

La lámina siguiente que migró a *L’Univers...* se encuentra ya en el segundo volumen de *Narrative...* Se trata de “*Fuegian (Yapoo Tekeenica)*” (fig. 10) que, en forma semejante a “*Patagonian*” en el tomo I, se halla en el frontispicio e introduce el contenido con el que Fitz Roy decide comenzar el texto, un informe sobre los habitantes de Tierra del Fuego, a partir de su propia experiencia con aquellos a quienes llama “*my Fuegians companions*” o “*our copper-coloured friends*”<sup>45</sup> Se trata de los dos hombres jóvenes, el adolescente y la niña, nombrados por los ingleses York Minster, Boat Memory, Jemmy Button y Fuegia Basket, que fue-

<sup>43</sup> Cf. *Narrative...*, *op. cit.*, tomo I, págs. 52-55.

<sup>44</sup> “Encontramos una familia de fueguinos en la dársena. Tres canoas detenidas sobre la playa; al principio no podíamos ver a sus dueños. Finalmente, después de gritar varias veces ‘ho-say, ho-say’, aparecieron y aunque no de modo entusiasta, nos invitaron con gestos a amarrar”. *Ibidem*, pág. 61.

<sup>45</sup> *Narrative...*, *op. cit.*, tomo II, págs. 1-2.

ron raptados en el primer viaje y trasladados a Inglaterra con el objeto de ser instruidos en los valores cristianos, el idioma inglés y las costumbres occidentales, y servir de intérpretes e intermediarios en futuras expediciones.<sup>46</sup> El primer capítulo del tomo II retomará, entonces, el que se muestra como uno de los mayores intereses de Fitz Roy, además de aquellos atinentes a su misión, es decir, el estudio de los indígenas desde una perspectiva moral. Sin embargo, a poco de comenzar, el marino interrumpe sus reflexiones y pide permiso (¿al lector común?)

“[...] to make the first of a few nautical remarks that will be found in this volume, some of which, I hope, may usefull to young sailors”.<sup>47</sup>

Aparece nuevamente aquella tensión que ya fue marcada entre los contenidos dirigidos a un público amplio y aquellos propios del informe oficial. Pero luego de asentar unas notas sobre la navegación en el ecuador, Fitz Roy vuelve al tema de los fueguinos,<sup>48</sup> copiando la carta que le envió a King en febrero de 1830, al producirse los hechos que tuvieron como desenlace su captura. En ella busca la aprobación del comandante y pone de relieve la utilidad que para el gobierno de Su Majestad podía tener la educación de estos individuos. También se vuelca la respuesta del Almirantazgo, al que King había hecho partícipe de la consulta de Fitz Roy.<sup>49</sup> En el intercambio de cartas es evidente el esfuerzo por minimizar los aspectos más oscuros de la cuestión y subrayar “las buenas intenciones” y el objetivo siempre presente de devolver a los fueguinos a su tierra, aunque es claro el disgusto de las autoridades ante las decisiones que el marino había tomado por su cuenta. Las páginas siguientes se abocan a relatar los acontecimientos vividos por

<sup>46</sup> El relato de las causas y el modo en que fueron capturados los cuatro rehenes se despliega en el capítulo XXI del primer tomo. Desde mediados del siglo XX la historia ha sido retomada de distintos modos, ya sea en relatos de reconstrucción histórica o dentro de una variedad de elaboraciones literarias. Entre otros: Benjamín Subercaseaux, *Jemmy Button*, 1950; Nick Hazelwood, *Savage, The life and times of Jemmy Button*, 2000 (trad. cast.: *Salvaje. Vida y Tiempos de Jemmy Button*, Buenos Aires, Edhasa, 2004); Harry Thompson, *This Thing of Darkness*, 2005; Peter Nichols, *Evolution's Captain. The Dark Fate of the Man Who Sailed Charles Darwin* (trad. cast.: *Darwin contra Fitzroy. El dramático enfrentamiento de dos mundos a bordo del Beagle*, Madrid, Temas de Hoy, 2004); Eduardo Belgrano Rawson, *Fuegia*, Buenos Aires, Seix Barral, 1991; Sylvia Iparraguirre, *La tierra del fuego*, Buenos Aires, Alfaguara, 1998.

<sup>47</sup> “El primero de los comentarios náuticos que pueden hallarse en este volumen, algunos de los cuales, espero sean de utilidad a los jóvenes marinos”. *Narrative...*, *op. cit.*, tomo II, pág. 3.

<sup>48</sup> Si bien en *Narrative...*, *op. cit.*, Fitz Roy y Darwin se refieren a los cuatro rehenes con el genérico “fueguinos”, en otros textos el naturalista aclara que York Minster, Fuegia y Boat Memory, que falleció de viruela apenas llegó a destino, eran alakalufes, mientras que Jemmy era un yámana. *Cf.*, <http://darwin-online.org.uk/>

<sup>49</sup> *Narrative...*, *op. cit.*, tomo II, págs. 4-7.

los rehenes durante su estancia en Inglaterra. No podemos dedicar la atención que merece a esta parte del texto, pero es importante tenerla en cuenta en relación con las imágenes del volumen. De las veinticinco láminas,<sup>50</sup> cuatro están dedicadas a los pobladores de Tierra del Fuego, y entre ellas una a York Minster, Jemmy Button y Fuegia Basket.

Precisamente, es una hoja con el retrato de seis individuos de diferentes grupos (fig. 12) la siguiente imagen que será reapropiada por los editores de *L'Univers...* Pertenece al capítulo VII, titulado "*Southern Aborigines of South America*", al inicio de una larga sección que se extiende hasta el capítulo X inclusive, en la que se aborda una variedad de aspectos sobre la población de la región: talla y medidas de la cabeza, fisionomía, vestimenta, armas, pautas sociales, vivienda, alimentación, creencias y prácticas religiosas, "supersticiones", lenguaje, y la narración del fallido intento de fundar una misión a cargo del reverendo Matthews en la que vivirían los rehenes ya reintegrados a su hábitat.

El grabado recoge en parte la información que Fitz Roy vuelca sobre las "tribus" identificadas, que aparecen con sus nombres en el capítulo VII: "tehuel-he" o "patagonians", "yacana", "tekenica", "alikhoolip", "pecheray", "huemul", "chonos".<sup>51</sup> Algunos de estos grupos son representados en la lámina por medio del recurso de la cabeza o el busto de frente o perfil. Similar a ésta es la plancha con los rehenes, que no fue reproducida en *L'Univers...*, seguramente por referir a una experiencia directamente ligada a la expedición inglesa, aspecto que como veremos las imágenes "derivadas" evitan resaltar. Ambas, "Fuegians-Yacana, Pecheray, &c." y "Fuegians-York Minster, &c." (fig. 15), se diferencian de otras imágenes dedicadas a representar a indígenas, donde las figuras aparecen en un contexto natural y social, o bien en función de un episodio narrativo, como sucede con la que se halla a continuación de la primera, "*Fuegians going to trade in Zapallos with the Patagonians*".<sup>52</sup> Las dos que estamos considerando prescinden de cualquier indicación espacial para concentrarse en el rostro de los retratados, a manera de un estudio tanto artístico como científico.

La iconografía, cuya historia he seguido en otro trabajo, reconoce una larga tradición en la que confluyen las búsquedas que hicieron los artistas desde el renacimiento en pos de una plasmación fiel de la realidad, y la confianza en la eficacia de las imágenes para colaborar en el avance del conocimiento científico. Las imágenes de cuerpos y rostros humanos de frente y perfil se constituyeron en modelos que se

<sup>50</sup> Además se consignan dos mapas, uno de Tierra del Fuego, otro de Chiloé, que al igual que los del primer tomo debían colocarse en sobres, pero también figuran como perdidos.

<sup>51</sup> *Narrative...*, *op. cit.*, tomo II, pág. 133.

<sup>52</sup> Ilustra la venta de niños fueguinos ("zapallos") a los patagones, *cf. Narrative...*, *op. cit.*, tomo II, págs. 171-172.

difundieron en los siglos siguientes en los manuales para uso de artistas e ilustradores. El canon de proporciones y belleza permitía elaborar también pautas para la representación de sus desviaciones: cuerpos y rostros viejos, enfermos, locos, formaban parte del repertorio. De este modo, las tipologías establecidas serían las más aptas para ser utilizadas en el ámbito de las bellas artes por su capacidad didáctica, mientras que a partir del siglo XVIII y en un proceso que siguió hasta las primeras décadas del XX, demostraron su plasticidad al ser adoptadas en los ámbitos de la antropología y la criminología.<sup>53</sup> No es casual su uso en estos grabados de *Narrative...*, dado el auge que la fisionomía y la frenología habían adquirido en la época,<sup>54</sup> y el interés que el propio Fitz Roy manifestaba en estas teorías. Entre otros testimonios de este interés, contamos con el relato de Darwin sobre su primera entrevista con el comandante del “Beagle”, cuando estuvo a punto de ser rechazado para formar parte del viaje, a causa de sus facciones:

*“He was an ardent disciple of Lavater, and was convinced that he could judge a man’s character by the outline of his features; and he doubted whether anyone with my nose could possess sufficient energy and determination for the voyage. But I think he was afterwards well-satisfied that my nose had spoken falsely.”*<sup>55</sup>

Según parece, en Inglaterra Fitz Roy llegó a hacer examinar a los fueguinos por un frenólogo, quien hizo un detallado informe de sus observaciones.<sup>56</sup> Y fue él mismo quien realizó los dibujos que fueron llevados a la plancha de grabado por Landseer: aparece su firma abajo a la izquierda

<sup>53</sup> Cf. Penhos, Marta, “Frente y perfil. Fotografía y prácticas antropológicas y criminológicas en Argentina a fines del siglo XIX y principios del XX”, en Penhos, M. *et al.*, *Arte y Antropología en la Argentina*, VIII Premio Fundación Telefónica en la Historia de las Artes Plásticas, Buenos Aires, Fundación Telefónica/Fundación Espigas/FIAAR, 2005.

<sup>54</sup> La fisionomía moderna fue postulada por Johann Kaspar Lavater, quien en 1775 publica un *Ensayo sobre la Fisonomía para promover el amor hacia la Humanidad*. En él retoma el antiguo interés por las conexiones entre apariencia exterior y caracteres emocionales y mentales del hombre, y propone el estudio del rostro con el fin de identificar cualidades y desviaciones morales. En los primeros años del siglo XIX fue reemplazada por la frenología, de la mano de Franz Joseph Gall, quien buscó identificar la localización física de las funciones mentales, y para ello diseñó un “mapa” del cerebro. Cf. Courtine, Jean-Jacques y Claudine Haroche, *Histoire du visage. Exprimer et taire des emotions (XVIe début XIXe siècle)*, París, Payot, 1994.

<sup>55</sup> “El era un entusiasta discípulo de Lavater, y estaba convencido de poder evaluar el carácter de un hombre por el perfil de sus facciones; y dudaba de que alguien con una nariz como la mía tuviera suficiente energía y determinación para realizar el viaje. Yo pienso que finalmente estuvo más que contento de que mi nariz le diera una falsa señal.” *The autobiography of Charles Darwin 1809-1882. With the original omissions restored. Edited and with appendix and notes by his grand-daughter Nora Barlow*, Londres, Collins, 1958, pág. 72. Disponible en <http://darwin-online.org.uk/>.

<sup>56</sup> He tomado esta información de un fragmento del libro de Hazelwood aparecido en la revista *Radar*, Buenos Aires, 20 de abril de 2005, nota de tapa.

en la de los indígenas de diferentes grupos, y aunque esto no se repite en la de los rehenes, es tal la semejanza entre ambas y el compromiso personal del comandante en los hechos que los tuvieron como protagonistas, que es lógico suponer que también se debe a él. En sintonía con las enseñanzas de Lavater por las que el marino sentía tanta afinidad, las láminas muestran aquellos rasgos sobresalientes del rostro como evidencia del carácter y la personalidad de los individuos. Rasgos, carácter y personalidad que es posible moldear, de acuerdo con la correlación entre lo físico y lo moral que postulaban tanto la fisionomía como la frenología.

Por lo menos en el caso de la estampa con los fueguinos que viajaron a Inglaterra, se muestran los efectos de la influencia benéfica de la educación y el ambiente sobre la apariencia de seres tan “miserables”. Los pares de ambos retratos facilitan las comparaciones: entre Fuegia Basket, que se presenta arriba a la izquierda como una jovencita ya occidentalizada, y la esposa de Jemmy Button, cuya cabeza de cabellera desordenada queda embutida en el pecho; y entre el propio Jemmy, que aparece después del fracaso de la misión de Matthews, reintegrado a su anterior vida, al lado de su imagen como un muchacho vestido a la europea y con sus cabellos prolijamente cortados. En lo que respecta a York Minster, Fitz Roy prefirió omitir su aspecto primitivo y lo presenta como un agradable caballero de frente y de perfil. En ese sentido, la imagen borra toda referencia a las etapas anterior y posterior al breve paso por la “civilización”, que en el texto abundan, planteando un interesante deslizamiento de sentido. Nada hay en estos retratos de Fuegia y York que remita al aspecto desvalido de la primera a poco de ser aprehendida, o al carácter hosco y sombrío, y al apetito voraz del segundo, que llamó la atención de la tripulación cuando fue llevado a bordo. La lámina más bien hace énfasis en la transformación que se operó en ellos ya en los momentos iniciales de su experiencia entre los ingleses, al ser sometidos a una suerte de disciplinamiento del cuerpo por vía de la higiene y el vestido:

*“Fuegia, cleaned and dressed, was much improved in appearance [...] York Minster was sullen at first [...] but as soon as he was well cleaned and clothed [...] he became much more cheerful.”*<sup>57</sup>

Darwin estaba lejos de sentir el mismo entusiasmo de Fitz Roy por el experimento educativo y el proyecto misional que involucraba a los rehenes. Por otra parte se manifestaba escéptico de las teorías a las que adscribía el comandante. Es suficiente comparar la versión de Fitz Roy del regreso de los fueguinos a su tierra con su propio relato

<sup>57</sup> *Narrative...*, *op. cit.*, tomo I, pág. 410.

para comprobar la distancia entre ambos.<sup>58</sup> Sin embargo, el naturalista también se interesó por la exteriorización de los llamados “movimientos del alma”, y muchos años después del viaje del “Beagle”, en 1872, publicó *The Expressions of the emotions in Man and Animals*, donde argumentaba que las expresiones faciales derivaban de las de los animales y eran universales y comunes a todos los hombres.<sup>59</sup> En el texto que se incluyó en *Narrative...*, Darwin fue bastante parco acerca de los rehenes y la experiencia de su repatriación, pero en otros escritos hace su relato de los acontecimientos, aporta descripciones de los indígenas y reflexiones sobre su naturaleza, grado evolutivo y posibilidades de supervivencia.<sup>60</sup> Por ejemplo, en una breve caracterización de Fuegia, el joven Darwin juega con la doble condición de la muchacha, “salvaje” y “civilizada”, y bajo el aspecto amable y los buenos modales aprendidos en Inglaterra, adivina la pervivencia de una naturaleza primitiva que se lee en el rostro: “*Fuegia Basket was a nice, modest, reserved young girl, with a rather pleasing but sometimes sullen expresión [...]*.”<sup>61</sup>

Si volvemos a observar las dos láminas con rostros sobre un fondo neutro, notamos que existe una estrecha relación entre ellas y aquellas que presentan figuras escenificadas. Fitz Roy tomó de Martens por lo menos una de las cabezas, la del “Yapoo” ubicado en el centro a la derecha, que deriva directamente del “Fuegian (Yapoo Tekeenica)” del frontispicio del tomo. Pero además utilizó los mismos recursos que el avezado artista para dar cuenta del “atraso” e “ignorancia” de los habitantes de Tierra del Fuego: miradas extraviadas, torsos encorvados, cabellos hirsutos, mientras que para mostrar los cambios operados sobre ellos le bastó con agregar algo de cuello entre la cabeza y los hombros, levantar las cejas, abrir los ojos y ordenar los cabellos.

<sup>58</sup> *Narrative...*, *op. cit.*, tomo III, pág. 230.

<sup>59</sup> He consultado una edición realizada en Turín en 1890 bajo el título *L'espressioni dei sentimenti nell'uomo e negli animali*.

<sup>60</sup> Ha sido muy citada una lapidaria opinión de Darwin sobre los habitantes de Tierra del Fuego: “I believe, in this extreme part of South America, man exists in a lower state of improvement than in any other part of the world. ...”, *Narrative...*, *op. cit.*, tomo III, pág. 235. Sin embargo, al respecto aparecen diferentes ideas en cartas, artículos y otros textos. Hay que tener en cuenta que se va distanciando cada vez más de Fitz Roy a medida que avanza hacia la formulación de la teoría de la evolución de las especies, mientras que al regreso del viaje aún podía publicar una carta en coautoría con el comandante, en la que adscribe a la idea de que “a savage is not irreclaimable, until advanced in life; however repugnant to our ideas have been his early habits”, *cf.* “A letter Containing Remarks on the Moral State of Tahiti, New Zealand, &c., by FitzRoy, R. and Darwin, C. R., *African Christian Recorder* 2 (4), September, 1836, pág. 222. Disponible en <http://darwin-online.org.uk/>

<sup>61</sup> Darwin, Ch., *Journal of researches...*, *op. cit.*, pág. 220. Disponible en <http://darwin-online.org.uk/>.

La última imagen que se retoma en *L'Univers...* presenta un sitio, "Mount Sarmiento", en una zona que fue explorada en varias ocasiones por los expedicionarios, tanto en el primer viaje como en el segundo. El tomo I contiene una "vista distante" del lugar, que se acompaña de otras dos de las inmediaciones. La que integra el segundo volumen está tomada desde "Warp Bay" (fig. 14), y se encuentra entre el final del capítulo XVI y el comienzo del XVII, es decir, en la etapa final del viaje correspondiente al actual territorio argentino, en junio de 1834, cuando el "Beagle" termina su exploración del sur de Santa Cruz y se encuentra con el "Adventure" que venía de las Malvinas, para pasar ambos al Pacífico y las costas de Chile. La imagen parece funcionar como despedida de los parajes más frecuentados por los ingleses en esos años, ya que, contra la oscuridad de las formaciones rocosas del lugar, y con el monte como telón de fondo, se recortan las velas claras de la nave que ya está partiendo para proseguir con su "vuelta al mundo".

### Los grabados viajeros: el punto de llegada

El itinerario que hicieron algunos grabados de *Narrative...* tuvo, como dijimos, un punto de llegada en el tomo 25 de *L'Univers Pittoresque* (fig. 2). El volumen estudiado se divide en tres secciones: "Chili, Paraguay, Uruguay, Buenos-Ayres" por César Famin, "Patagonie, Terre-du-Feu et Archipel des Malouines" por Frédéric Lacroix, y "Iles diverses de trois océans et régions circumpolaires" por Lacroix y Bory de Saint Vicent.<sup>62</sup> Sus autores combinaron la plasmación de experiencias propias con la más habitual y redituable práctica editorial, es decir, el compendio de obras de viajeros famosos: desfilan por las páginas del texto Humboldt, Azara, D'Orbigny, Darwin, Dumont d'Urville y Pernety, entre otros. Los largos artículos son textos de divulgación, informativos, y están escritos en un estilo despojado e impersonal que refuerza la veracidad de lo que se presenta. La narración, cuando aparece, funciona para sostener con "hechos" los datos que se aportan. De este modo, si por una parte queda claro que el volumen está dirigido a un público amplio,

<sup>62</sup> Estas tres partes que anuncia la portada en realidad se transforman en cuatro, ya que "Chili" y "Buenos Ayres, Paraguay, Uruguay" quedan desdobladas aunque bajo la misma autoría. Stanislas Marie Cesar Famin fue un anticuario y diplomático, cuya obra más resonante es *Peintures, bronzes, et statues érotiques... du cabinet secret du Musée de Naples*, aparecida en 1832, que a causa de la temática fue confiscada por las autoridades francesas. Pero Famin es autor también de una cantidad de escritos sobre temas diversos, entre los que se destacan los relatos de viajes. Cf. Brunet, J-Ch., *Manuel du Libraire...*, op. cit., tomo VI, pág. 875. Lacroix aparece como autor de otros volúmenes de *L'Univers*, pero no he encontrado más información sobre él. Por su parte, Bory de Saint-Vicent era naturalista, geógrafo y militar, que integró la expedición al Pacífico Sur comandada por Baudin en 1800.

el estilo de escritura y la referencia a las fuentes consultadas tiene por objetivo persuadir a ese público de que lo que allí se encuentra es parte del conocimiento más actualizado de la época. También aquí, como en *Narrative...*, encontramos aclaraciones de los autores acerca de la selección de los contenidos, pero en vez de disculparse ante el lector común por aquellas partes más técnicas, y por ello tediosas, que deben incluirse debido al carácter científico y oficial del texto, parecen buscar su “permiso” para evitar “disertaciones” de una “exactitud minuciosa” que resultarían por lo menos “fatigosas” dentro de un “análisis rápido” como el que presenta el volumen.<sup>63</sup>

La organización de las imágenes respecto de los textos es diversa a la que examinamos en la edición inglesa, ya que las más de 80 láminas figurativas y los mapas se hallan al final del libro, siguiendo un orden progresivo que acompaña el desarrollo de cada sección. Se hallan precedidas de una tabla titulada “*Clasement des Planches*”, que tiene por objeto guiar al lector sobre los pasajes que ilustran, por ejemplo:

PATAGONIE, TERRE-DU-FEU ET ILES MALOUINES

Numeros des Planches		Ordre des planches à la fin du volume	Ordre des planches dans le texte pour leur explication
1-2	Carte de la Patagonie.....	1	1
3	Patagons du Nord.....	2	16-17
6	Patagons du Sud.....	3	17-28

Etc.

De este modo, los textos se despliegan en páginas continuas a doble columna, sin interrupciones, y es el lector quien elige entre diferentes posibilidades de lectura: seguir el recorrido que propone la palabra escrita, optar por el de las imágenes, o combinar ambos cada vez que una parte de los artículos tiene su correlato en algún grabado. Además, el acceso independiente a las secciones queda habilitado porque cada una tiene su propia paginación, igual que el orden de las láminas correspondientes.

<sup>63</sup> “[...] on nous permettra de ne pas nous astreindre, sous le rapport de la distinction de ses races ou tribus, à une exactitude minutieuse qui exigerait à chaque pas des dissertations, au moins fatigantes au milieu d’un analyse aussi rapid que celle à laquelle nous sommes obligé”, cf. “Patagonie, Terre-du-feu...”, pág. 16.

Para examinar cómo funcionan en este esquema los “grabados viajeros”, consideraremos a modo de ejemplo algunos de los que ilustran la sección “Patagonie, Terre-du-Feu et Îles Malouines” redactada por Lacroix. Después de un mapa de la Patagonia se suceden tres láminas: la 3, “*Patagons du Nord*”, sobre cuyo origen trataré más adelante, la 6, “*Patagons du Sud*” (fig. 3), y la 7, “*Toldo et tombeaux des Patagons du Sud*” (fig. 5), las dos últimas provenientes de *Narrative...* Según la tabla recién mencionada, ilustran las páginas 16-17, 17-28 y 28-29 del texto. Desde el inicio, su autor nos informa que la fuente principal de los contenidos es *Voyages dans l’Amérique Méridionale* de Alcide D’Orbigny,<sup>64</sup> “le bel ouvrage” que podía aportar tanto una descripción general de la Patagonia, como las necesarias referencias a sus recursos naturales, sus especies autóctonas y, claro está, sus famosos habitantes.<sup>65</sup> Los resúmenes se alternan con largas citas textuales, a lo que se agregan datos extraídos de “l’interessant ouvrage de M. Darwin”<sup>66</sup> y menciones a Humboldt. Esta autoría difusa aparece expresada en el uso del plural de la primera persona por parte de Lacroix: un “nosotros” se hace cargo del contenido del escrito.<sup>67</sup>

Bajo el subtítulo de “L’Homme. Tribus indigènes”, Lacroix comienza la parte específicamente dedicada a la población, dentro de la cual se concentra en los “Tehuélches au nord” y los “Inaken, qui occupe les bords du détroit de Magullan”, ambos “Patagons”.<sup>68</sup> El autor, y/o quizás los editores, colocan entonces un nuevo subtítulo, “*Patagons du nord. Portrait*”<sup>69</sup> para hacer un compendio histórico de las opiniones sobre estos indígenas, en especial sobre su talla y el problema del gigantismo. La autoridad por medio de la que se resuelve la cuestión, claro está, es D’Orbigny: la media de la estatura, si bien es bastante alta, no tiene nada de extraordinaria.<sup>70</sup> En un “retrato” no puede faltar la referen-

<sup>64</sup> D’Orbigny, Alcide, *Voyage dans l’Amérique Méridionale... exécuté pendant les années 1826, 1827, 1828, 1829, 1830, 1831, 1832 et 1833*, París, P. Bertrand/ Strasbourg, Veuve Levrault, 1835-1847, 9 tomos y 11 vol. La obra no tuvo reediciones posteriores.

Puede consultarse digitalizada en el portal de la Biblioteca Nacional de Francia, <http://gallica2.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k978550.zoom.r=orbigny.fl.pagination.langES#>. En 1845 se publicó en Bolivia una traducción de la parte dedicada a ese país como *Descripción geográfica, histórica y estadística de Bolivia*. No fue hasta 1945 cuando apareció una versión completa en castellano editada en Buenos Aires por Futuro. Por mi parte, he manejado la cuidada edición que se ha hecho recientemente a partir de la de 1945: *Viaje a la América Meridional*, La Paz, Instituto Francés de Estudios Andinos/ Plural editores, 2002, 4 vol.

<sup>65</sup> “Patagonie, Terre-du-Feu...”, pág. 4.

<sup>66</sup> *Ibidem*, pág. 8.

<sup>67</sup> Cf. por ej.: “Nous nous occuperons seulement ici de la nation patagone proprement dite”, *ibidem*, pág. 17.

<sup>68</sup> *Ibidem*, págs. 16-17.

<sup>69</sup> El subtítulo no proviene de D’Orbigny, cf. *Viaje...*, *op. cit.*, tomo II, cap. XVIII.

<sup>70</sup> *Ibidem*, pág. 20.

cia al rostro: aquellos rasgos más acusados, color de piel, buen estado y blancura de los dientes. Y aquí Lacroix decide pasar por alto “el examen frenológico de la cabeza” con el que D’Orbigny completa “el retrato físico de los patagones”, argumentando con ambigüedad acerca del aporte de ese examen para “el estudio de las razas humanas de un continente”.<sup>71</sup> Sin embargo, se mantiene el interés en el “*caractère*”, sobre el cual el autor prefiere ser prudente, dadas las opiniones encontradas de los viajeros, y en las “*moeurs et usages*” que merecen varias páginas. En ellas Lacroix se sirve del expediente de atribuir acciones en presente (“*sonl*”, “*conservent*”) a un sujeto que se repite al comienzo de varios párrafos, “*Les Patagons*”. El uso de este “presente etnográfico”, que se consolidaría con la antropología moderna, tiene por efecto sustraer a los nativos, como objetos de estudio, del flujo de la historia, otorgándole a la información recogida sobre ellos un carácter irrefutable.<sup>72</sup>

A continuación, comienza la parte sobre los “*Patagons du sud*”, que se extiende hasta la página 39. Aquí las fuentes son Wallis y Parker King, ya que D’Orbigny no había llegado a ese extremo meridional. A diferencia del texto sobre los habitantes del norte, no hay subtítulos para organizar el contenido, que comienza con la obligada referencia a la estatura, reproduce las medidas de una cabeza tomadas por King, y sigue con información sobre las viviendas, la familia, enfermedades, religión y “supersticiones”... y en este punto hay una crítica a los efectos negativos de la cristianización en los pueblos de América en general. Es uno de los pocos pasajes en el que se rompe el tono neutral del texto para mostrar el compromiso emocional del autor con una idea, aunque siempre evitando el “yo”, que prácticamente no usa nunca.

Al examinar las tres láminas en relación con el texto se encuentra algo más que una mera “explicación” de cada imagen, como pretende la tabla mencionada. En una primera lectura, “*Patagons du Nord*” puede considerarse más como una suerte de introducción visual al tema general del apartado que como una ilustración de las páginas de referencia, en las que no hay ninguna alusión directa a lo que muestra la imagen. Sin embargo, si prestamos atención a los subtítulos de página 17 vemos que “*Population de la Patagonie*” antecede a “*Patagons du Nord. Portraits*”. La representación de una pareja de indígenas –germen de la familia y por lo tanto de todo conjunto humano– resulta entonces bastante elocuente respecto de los datos que aporta el texto sobre número de habitantes, y composición y distribución de los grupos en el territorio.

<sup>71</sup> La aclaración se halla en una nota al pie en pág. 20.

<sup>72</sup> Al respecto cf. Fabian, Johannes, *Time and the Other. How Anthropology makes its Object*, Nueva York, Columbia University Press, 1983; y Comaroff, John and Jean *Ethnography and the Historical Imagination*, Boulder-San Francisco-Oxford, Westview Press, 1992.

“*Patagons du Sud*” corresponde a una parte extensa que, como dijimos, es un compendio sobre los también llamados “Inaken” que incluye una variedad de aspectos, desde lo físico hasta lo religioso. Al seleccionar el grabado de *Narrative...*, los editores probablemente hayan optado por reforzar el lugar central de la polémica del gigantismo en el escrito, ya que presenta una figura imponente que se apoya sobre una fina franja de tierra y se destaca de las demás, ubicadas en planos posteriores y de mucho menor tamaño. Si en los largos párrafos dedicados al tema, Lacroix pretende seguir un hilo argumental apoyado en datos veraces y actualizados, y es enfático respecto de las “*fables ridicules sur les peuples de ce pays*”,<sup>73</sup> afirmando la total normalidad de la estatura de los “retratados”, es claro que la imagen se aparta del texto, perviviendo en ella la tradicional referencia al mito. Esta divergencia entre textos e imágenes que tratan de este tema en particular se repite en otras ediciones de viajes del siglo XVIII, incluso en algunas que no estuvieron tan decididamente dirigidas a un público amplio, como en el caso de los relatos de Byron y Bougainville. Vale la pena entonces hacer un pequeño desvío para mostrar de qué modo aparece en uno de estos ejemplos.

Dentro del texto de la segunda expedición comandada por Bougainville la narración del encuentro con los “patagones” comienza con un párrafo breve y de tono prudente, en cuyo contenido pesa más el testimonio de viajeros anteriores que la propia observación:

“Parece atestiguado, por la relación unánime de los franceses, que tuvieron tiempo de hacer observaciones sobre este pueblo célebre, que es en general de la más alta estatura y de la complexión más robusta que se conozca entre los hombres”.

Más adelante, Bougainville refuerza estas ideas por medio de su propia experiencia:

“Estos hombres son de hermosa talla; entre los que hemos visto, ninguno era menor de cinco pies y cinco a seis pulgadas ni mayor de cinco pies y nueve o diez pulgadas; las gentes de la Estrella habían visto en el viaje precedente varios de seis pies. Lo que me ha parecido ser gigantesco en ellos es su enorme anchura de espaldas, el tamaño de su cabeza y la robustez de sus miembros”.<sup>74</sup>

<sup>73</sup> “Patagonie, Terre-du-Feu...”, pág. 17.

<sup>74</sup> Bougainville, Louis Antoine de, *Voyage autour du monde, par la frégate du roi La Boudeuse et la flûte L’Étoile, en 1766, 1767, 1768 & 1769, Paris, Saillant & Nyon Libraires, 1771*. El encuentro con los “patagones” se halla relatado en el cap. VIII. Las citas corresponden a las págs. 58 y 129, pero las he volcado en castellano de acuerdo con la edición *Viaje alrededor del mundo por la fragata del rey la “Boudeuse” y la fusta la “Estrella” en 1767, 1768 y 1769*, Buenos Aires/ México, Espasa-Calpe, 1943, págs. 67-68 y 133.

El conocimiento que provee la vista se presenta como confiable –“entre los que hemos visto”– y apto para ser mensurado, como la estatura de “estos hombres” expresada en pies y pulgadas. Sin embargo, no deja de aparecer el elemento mítico en el uso de la palabra “gigantesco”. Ya se muestra entonces una tensión entre los datos acopiados por los viajeros y aquello que proviene del saber tradicional, que se hará más aguda al considerar la versión del capellán de la expedición anterior de Bougainville, Dom Pernety, en cuya edición la imagen ocupa un lugar relevante.<sup>75</sup> La obra de Pernety es fundamental para comprender el alcance de los debates sobre la naturaleza y el hombre americanos en los círculos intelectuales europeos, dentro de los que se consideraba la condición gigantesca de los habitantes del sur del continente.<sup>76</sup> En el primer tomo de la *Histoire d'un Voyage...* el tema se despliega dentro del “Discours Preliminaire”, con la ineludible referencia a todos los viajeros que desde el siglo XVI dieron su opinión sobre la existencia de los gigantes. Como ha señalado Gerbi, el pensamiento de Pernety se caracteriza por una “acumulación de conocimientos, privada de una robusta estructura filosófica o religiosa”,<sup>77</sup> lo cual deriva en una prosa confusa y oscura. Por ello es previsible no encontrar en los párrafos dedicados a “Des Géants”<sup>78</sup> una clara sentencia a favor de una u otra posición sino más bien la utilización de los “gigantes patagones” para afirmar la vitalidad y robustez de América. Esta ambivalencia se resuelve por medio de la imagen, la plancha XVI, ubicada como todas las demás al final del volumen, que presenta la escena del intercambio entre un “patagón” y un europeo. La proporción de las figuras es de 2 a 1, siguiendo puntualmente aquella descripción inaugural de Pigafetta.

Podríamos traer otros casos que presentan *écarts* similares entre palabra e imagen, pero el de Bougainville-Pernety basta para comprender que la asociación de los tehuelches con el antiguo mito de los gigantes, si bien ya superada en los ámbitos especializados, podía seguir funcionando para atraer al lector común con la mínima dosis de exotismo que esperaba de una publicación como *L'Univers...* Retornemos entonces a ella y a las láminas patagónicas.

<sup>75</sup> Pernety, Dom, *Histoire d'un Voyage aux Isles Malouines, fait en 1763 et 1764, avec des Observations sur le Detroit du Magellan, et sur les Patagons*, París, Saillant & Nyon / Delalaix, 1770, 2 vol.

<sup>76</sup> Cf. Gerbi, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*, México, FCE, 1993, en especial págs. 104-109. Respecto de Pernety, Gerbi se refiere a las *Disertation sur l'Amerique et les Americaines...* que el expellán dirigió contra las tesis antiamericanistas del abate De Paw.

<sup>77</sup> *Ibidem*, pág. 104.

<sup>78</sup> Cf. Pernety, D., *Histoire d'un Voyage...*, *op. cit.*, tomo I, págs. 31-59.

La tercera imagen, “*Toldos et tombeaux...*”, se refiere a una descripción de las viviendas que resume la que se halla en el primer tomo de *Narrative...*, y a una cita directa sobre las sepulturas, tomada del “captain Parker King”. Se produce entonces una traslación mecánica, tanto del texto como del grabado del libro inglés.

El conjunto de las tres láminas patagónicas muestra entonces algunas alternativas de la relación palabra escrita-imagen, en las que los discursos que proponen, cada una por medio de una semántica propia, pueden resultar más o menos coincidentes, más o menos divergentes, pero nunca intercambiables.

## En tránsito

Es el momento ahora de examinar los pares de láminas viajeras en ambas publicaciones a fin de identificar las variaciones que pudieron haberse producido en el tránsito de una a otra edición.

La primera evidencia que surge al compararlas es la simplificación operada en las imágenes que se incluyeron en *L'Univers...* respecto de las de *Narrative...*, que se manifiesta sobre todo en cuanto a la profundidad del espacio y al volumen de las figuras. Como consecuencia, su lectura se hace más lineal y por ende más rápida. Además, en las versiones francesas es común la omisión de figuras o elementos accesorios que en las originales son abundantes, sobre todo en los planos posteriores. Puede decirse que en general se buscó “limpiar” las imágenes para hacerlas más claras y facilitar su interpretación.

Algunos pares tienen una relación muy estrecha, mientras que en otros se advierte una mayor intervención de los imprenteros franceses. En “*Wigwams...*” (fig. 7), por ejemplo, la eliminación del bote con el marino inglés y del barco que, si bien lejano, se destaca iluminado a la derecha, tiene un doble efecto, por una parte, el borramiento del vínculo entre la imagen y la expedición del Almirantazgo, convirtiéndola en una ventana neutral desde la cual todo europeo puede asomarse a la vida de estos “seres abyectos”.<sup>79</sup> Por otra, desaparece también toda referencia a la posibilidad de una comunicación entre los europeos y los “otros”, que como vimos al analizar el grabado en *Narrative...*, se lee en los gestos del marinero y del indígena de la izquierda, y coloca a los fueguinos en un entorno virgen del contacto con el resto del mundo, atemporal y no sujeto a cambios. La soledad de los hombres y mujeres

<sup>79</sup> La expresión se repite varias veces en el diario de Darwin, por ej.: “These were the most abject and miserable creatures I any were beheld”, *Narrative...*, *op. cit.*, tomo III, pág. 235.

que habitan el lugar es acentuado además por la menor cantidad de personajes que pueblan la escena.

Si atendemos a la relación palabra-imagen dentro mismo de las láminas, no deja de ser significativo el cambio del singular al plural en varios de los títulos, por ejemplo entre el grabado inglés que abre el segundo tomo de la obra, y su versión francesa (fig. 9). Si en el original se pretende presentar en primer plano la figura de un “*fuegian* (*yapoo tekeneeca*)”, y se atribuye al resto de las figuras que se asoman del “*wigwam*” una función contextualizadora, la imagen francesa no sólo titula “*Fuégiens*”, sino que refuerza esta idea de colectivo a la que pertenece el personaje principal, acercando la vivienda y aumentando el tamaño de sus habitantes, que parecen mostrar interés en “salir en la foto”, si se disculpa la expresión algo anacrónica. Incluso la sombra del “*yapoo*”, que se proyecta hacia la izquierda en el dibujo de Martens, vira en diagonal hacia el “*wigwam*”, haciendo que la mirada se dirija hacia allí. Finalmente, la versión de *L'Univers...* desecha la inclusión de árboles en el último plano, lo que, en forma similar al caso anterior, termina por transmitir la idea de un entorno seco y austero.

Se introdujeron variantes menos significativas en la elaboración de “*Patagons du Sud*” (fig. 3) a partir de “*Patagonian*”, imagen del frontispicio del primer volumen de *Narrative...* En ambas, la composición es dominada por la figura del tehuelche envuelto en piel de guanaco, que sólo deja al descubierto su rostro y sus pies. En el original las facciones son toscas sin exageración, mientras que en la versión de *L'Univers...* resultan algo más estereotipadas. La posición del personaje sufre una pequeña modificación, ya que se halla estáticamente parado en la primera, y ensaya un avance hacia el espectador en la segunda. Como ya se señaló, los responsables de la colección francesa buscaron una mayor simplicidad en las imágenes, de manera que no sorprende comprobar que, si bien conservaron dos de las figuras secundarias que acompañan en planos posteriores al monumental “patagón”, eliminaron las demás y convirtieron las formaciones rocosas del último plano en un fondo difuso que termina por marcar aún más al protagonista de la escena. También aquí el título francés transforma al representante singular del grupo –destacado en el texto de *Narrative...* por su altura y fuerza– en un miembro cualquiera de éste, lo que podía abonar la idea del gigantismo como parte de una característica general atribuible a todos.

Más arriba hice referencia a la relación que guarda la lámina de los toldos y el enterramiento indígena con el texto de *Narrative...*, y también al hecho de que en *L'Univers...* se había realizado una traslación directa de ambos discursos, el escrito y el textual, en la medida en que se incluía un resumen y una cita del tomo I de la edición inglesa, además de la lámina correspondiente. Ésta puede considerarse

una simple copia de la original, ya que fuera de la mayor linealidad y menor contraste que presenta respecto de ella, por lo demás respeta la composición y la mayor parte de los elementos que la integran. Es de notar, sin embargo, que no conformes con la presencia del europeo que se encuentra a la derecha de pie frente a un “patagón”, los imprenteros franceses agregaron otra figura a la izquierda, esta vez echada y también en pleno intercambio con otros personajes. Por lo que he podido observar, se trata de una interpretación realizada a partir de la confusa forma que en el original inglés apenas se advierte en la oscuridad del interior del toldo, pero que no parece una figura humana. Sin duda, la adición de otro europeo contribuye a enfatizar la idea de concordia y falta de peligro en ese contacto interétnico que pretendían transmitir tanto el escrito como la imagen de *Narrative...*, y que la colección francesa hace suya.

Recordemos que en *L'Univers...* se retoma una de las láminas con rostros de fueguinos, la que podríamos llamar lámina “genérica” y no la que muestra a los rehenes, que está directamente ligada a la expedición del “Adventure” y el “Beagle” (fig. 11). Los rostros aparecen en la versión francesa menos caracterizados, y uno de ellos, que se ubica al centro a la izquierda en el original, y arriba a la derecha en el derivado, se ha simplificado notablemente. Pese a la cercanía de ambas imágenes, hay un elemento sustancial que se ha perdido en el pasaje de una a otra: los nombres de los grupos a los que pertenecen los retratados, que han pasado a ser meramente “fueguinos”. Lo que subsiste es el ánimo de mostrar los rasgos fisonómicos de estos personajes como evidencia de su lugar en la escala jerárquica de la civilización, que se muestra en el texto a la hora de describirlos y aludir a su carácter.<sup>80</sup>

Nos referiremos por último al par que menos relación guarda entre sí: las láminas que representan el monte Sarmiento (figs. 13 y 14), al punto de que es discutible que la versión francesa se haya inspirado efectivamente en la dibujada por Martens.<sup>81</sup> Como es norma en las imágenes de *L'Univers...*, la lámina que nos ocupa resulta mucho más simple en su composición. Ambas presentan al fondo el monte blanco envuelto en nubes. Pero mientras que la de *Narrative...* juega con varios planos que se suceden hacia el interior del cuadro para dar idea de los picos montañosos del lugar, con acento en juegos de luz y sombra, la imagen francesa reduce los planos y hace homogénea la iluminación, quitando dramatismo a la vista. La otra operación es el cambio en la proporción de la nave que surca las aguas,

<sup>80</sup> “Patagonie, Terre-du-Feu...”, págs. 56-57.

<sup>81</sup> Aún es más débil la relación con la otra lámina que muestra una “Distant view of Mt. Sarmiento” en el primer tomo de *Narrative...*

sobresaliente en la original, minimizada en la del volumen francés. Esto puede interpretarse, en forma similar a los cambios en el par de los “Wigwam”, como un modo de quitar importancia a la presencia inglesa en el Atlántico sur, pero para seguir esta lectura deberíamos comprobar que el modelo al que refiera la imagen francesa sea éste de *Narrative...* y no otro diferente.

Hay que señalar que el conjunto de imágenes del tomo de *L'Univers...* contiene además otros préstamos, identificables en “*Patagons du Nord*”, “*Marchands Indiens*”, “*Place du Marché*”, y “*Buenos Ayres*”. En realidad, no es casual la procedencia de estas imágenes. La primera está sacada de la monumental obra de D’Orbigny que, como ya vimos, aportó además gran parte de los contenidos del texto de Lacroix. La edición que recoge las investigaciones del naturalista francés, aparecida entre 1835 y 1847, cuenta con una gran cantidad de ilustraciones,<sup>82</sup> grabadas por Émile Lasalle sobre dibujos del propio D’Orbigny y de colaboradores como el ingeniero Narcise Parchappe, que había recorrido el sur de la provincia de Buenos Aires en 1828. El impacto de la obra fue enorme, tanto en los medios científicos, por los aportes que el autor hacía en el terreno de la historia natural y la paleontología, como en un público más amplio, que a través de su prosa elegante y de las imágenes que la acompañaban, recibía noticias por igual de la rica naturaleza y de las pintorescas costumbres sudamericanas. Son varias las láminas dedicadas a los tehuelches.<sup>83</sup> De ellas, los editores de *L'Univers...* eligieron la que muestra la pareja en la entrada de un toldo, mientras a la izquierda, un poco más atrás, otra figura de espaldas está por montar un caballo. Este recurso de incluir una figura secundaria de espaldas, muy común en la pintura y el grabado costumbristas de los siglos XVIII y XIX, permite dar a conocer aspectos de la indumentaria o el peinado que de otro modo quedarían ocultos a la vista del espectador. Las modificaciones de la versión de *L'Univers...* respecto del original son mínimas, por ejemplo, el acercamiento de la figura de espaldas, además del menor detallismo que es común en las imágenes de la colección.

Respecto de “*Marchands Indiens*” y “*Place du Marché*”, están tomadas de las acuarelas de Emeric Essex Vidal, el marino inglés residente en Buenos Aires entre mayo de 1816 y septiembre de 1818, que fueron grabadas y publicadas junto con otras veintidós por R. Ackerman en 1820, bajo el título de *Picturesque Illustrations of Buenos-Ayres and Montevideo*.<sup>84</sup>

<sup>82</sup> La edición de *Voyage...* de D’Orbigny cuenta con volúmenes exclusivamente dedicados a las “planches”. En la versión digitalizada que ya mencioné, he podido consultar el tomo 3 parte 2 (51 láminas) y el tomo 5 parte 3 (84 láminas).

<sup>83</sup> Las láminas se incluyen en el tomo 3 parte 2 e ilustran varios capítulos del tomo II de *Voyage...*

<sup>84</sup> Rudolph Ackerman fue un pionero de la litografía, de cuyo taller salieron muchas de las mejores imágenes de la época, gran parte de ellas coloreadas a mano. Entre sus

La obra de Vidal sería una de las primeras que aportaba imágenes interiores de Buenos Aires, la ciudad que, una vez fracasados los intentos ingleses por dominarla militarmente, crecía a los ojos europeos como sitio estratégico en el esquema internacional de producción y circulación de bienes. Previsiblemente, “*Marketplace*” de Vidal, con su profusión de personajes que realizan distintas actividades, queda simplificada en *L’Univers...*, y algo similar sucede con la colorida y curiosa escena de los pampas que se encuentran en la entrada de un comercio de Buenos Aires, que da cuenta de la porosa frontera entre la sociedad blanca y los indígenas en aquellos años iniciales del siglo XIX. Lo más interesante es el cambio operado en la posición de los personajes, que en la acuarela de Vidal aparecen muy próximos aunque desentendidos uno del otro, mientras que en la lámina de *L’Univers...* establecen una mayor comunicación entre sí. Estas figuras, con sus raros peinados y sus ropajes arreglados a la manera de túnicas clásicas, resultaron lo suficientemente representativas del Río de la Plata como para enmarcar la portada de las *Pitturesque Illustrations* de Vidal.

Finalmente, mencionaremos “*Buenos Ayres*” (fig. 16), una de las muchas elaboraciones que se realizaron a partir de la famosa vista dibujada por Fernando Brambila, tripulante de la Expedición Malaspina, a fines del siglo XVIII. En las dos vistas de la ciudad que realizó Brambila,<sup>85</sup> una desde el río, la otra desde el camino del sur, están presentes los modelos nórdicos difundidos por la familia Vernet, en especial Claude-Joseph. La segunda, que se conoce como “Buenos Aires desde el camino de las carretas” (fig. 17), presenta cuatro planos diagonales que se suceden hacia el interior: el más cercano al espectador es la lengua de tierra por la que transita la carreta que abre el convoy, el segundo, formado por el río y su costa, otro, como una pequeña elevación que desciende desde la izquierda hacia el río, el último, con el perfil de los edificios porteños. Una gran franja de cielo completa la vista, y los rayos solares se asoman entre las nubes e iluminan la ciudad desde la derecha. Esta modalidad de vistas “humanizadas” es una de las características de los modelos mencionados, ya presentes en los atlas de los siglos XVI y XVII, como el *Civitates Orbis Terrarum* de Braun y Hogenberg. Retomada por Vernet, implica primeros planos ocupados por explanadas con figuras que pasean, conversan o realizan alguna actividad. La amenaza de la naturaleza, en tormentas u otro tipo de fenómeno, y la extrañeza por un sitio lejano y ajeno, resultan

---

publicaciones se halla *Ackerman’s Repository of Arts, Literature, Commerce, Manufacturers, Fashions and Politics*, que salió por entregas entre 1810 y 1820.

<sup>85</sup> Existen dos versiones de cada una de las vistas, que presentan muy pocas modificaciones entre sí. Uno de los pares pertenece al Museo Naval de Madrid, mientras que el otro fue parte de la colección de Bonifacio del Carril.

neutralizadas por la introducción de elementos cotidianos o pintorescos. He señalado en otro trabajo cómo, a partir de estos modelos, Brambila combina diferentes recursos que le permiten plasmar una imagen artificiosa y a la vez verosímil de Buenos Aires. En ella siguen teniendo protagonismo las siluetas de los principales edificios, que en la versión de la vista desde el río dominan francamente la composición. Parece haber la intención de plantear una complementariedad entre ambas imágenes, en la medida en que la Buenos Aires abierta al río y al comercio con la metrópoli y el mundo, tiene su contracara en la Buenos Aires vinculada al campo y sus recursos, presentes en el tráfico de las carretas en el primer plano.<sup>86</sup> Y fue precisamente la vista desde el camino del sur la que sería utilizada una y otra vez en los años posteriores, desde el grabado que el propio Brambila abrió en Madrid a partir de su dibujo, introduciéndole la modificación de un gran árbol que, de acuerdo con los esquemas conocidos por el pintor, sirve de marco al conjunto. Con acierto, Sotos ha explicado el éxito de la obra de Brambila por la escasez de imágenes de Buenos Aires que circulaban en Europa hasta su aparición.<sup>87</sup> Así, sirvió de telón escenográfico para la narración visual de un episodio clave de la historia del Río de la Plata en los albores del siglo XIX, la “Defensa de Buenos Aires”, en ocasión de las invasiones inglesas. El grabado de José Cardano pretendía mostrar las fuerzas de Liniers entrando en Buenos Aires para iniciar su reconquista, pero en las versiones posteriores se interpreta la misma escena protagonizada por tropas británicas. En este proceso de apropiación y resignificación de la lámina de Brambila parecen haber ido de la mano el interés de los editores por contar con representaciones de la lejana ciudad, y la avidez de las potencias europeas por plantear algún tipo de dominio sobre la región. La misma imagen fue incluida en la edición francesa de los *Viajes por la América Meridional* de Azara en 1809, aunque invertida, y así apareció también en algunas traducciones del libro. También circuló en estampas sueltas y en álbumes aparecidos en Venecia, Barcelona, Florencia y Madrid.<sup>88</sup> A pesar de la limitada difusión de las imágenes malaspinianas a causa del complot contra Malaspina y su posterior prisión, por lo menos en este caso la expedición aportó al imaginario europeo del Río de la Plata con renovadas visiones. La más austral de las ciudades españolas dio

<sup>86</sup> Un análisis de éstas y otras imágenes de la Expedición Malaspina en Penhos, Marta, *Ver, conocer, dominar...*, *op. cit.*, cap. 6.

<sup>87</sup> Sotos Serrano, Carmen, *Los pintores de la Expedición de Alejandro Malaspina*, catálogo de documentos y catálogo razonado de los dibujos, acuarelas y grabados de la expedición, Madrid, Real Academia de la Historia, 1982, tomo I, pág. 109.

<sup>88</sup> *Idem.*

la vuelta al mundo en imágenes una y otra vez, incluida también en el repertorio iconográfico de *L'Univers...*

Sin embargo, es evidente que la filiación bramblesca de la lámina de la colección francesa no es directa, y que los grabadores de *L'Univers...* tomaron la imagen de algunas de las elaboraciones posteriores que hemos mencionado más arriba, muy probablemente de los *Voyages...* de Azara, dada la popularidad de la obra y la gran cantidad de traducciones que se conocen de ella. Como en la estampa del libro de Azara, también en la colección francesa la imagen aparece invertida respecto del original. Dentro del tono general simplificador que comparten las láminas de nuestro volumen, han desaparecido las nubes y los rayos de sol que iluminan la ciudad, y el cielo es un mero fondo liso sobre el que se recortan los perfiles edilicios, que por otra parte aparecen agrandados respecto del dibujo de Brambila. La diferencia de valor entre el primer plano de la franja de tierra con la carreta y los dos personajes que la anteceden, y las cúpulas y torres de los edificios, quizá buscado para remedar el efecto de la perspectiva atmosférica y dar la idea del plano posterior en el que se encuentran, tiene por efecto colocar a la ciudad en un ambiente casi fantasmal que se acentúa con la linealidad del trazo y el escaso volumen que se les dio a las formas.

## A modo de conclusión

El análisis que he encarado en este artículo merece ser ampliado mediante un trabajo más exhaustivo que implica varias sendas. Una de ellas es la identificación de las fuentes del resto de las imágenes del tomo de *L'Univers...* que, como aquellas que hemos examinado aquí, seguramente son derivadas de otras preexistentes. Por otro lado, es necesario llevar adelante un estudio a fondo de *Narrative...* que tenga en cuenta las improntas histórico-culturales que inciden en las visualidades que quedaron plasmadas en el texto y en las imágenes. Todo ello nos dará un panorama más completo sobre diferentes publicaciones de los siglos XVIII y XIX de viajes al Río de la Plata en torno a la producción y reutilización de imágenes que migraron de una a otra. También el estudio de los artistas y grabadores involucrados en las ediciones puede echar luz en este sentido. Lo realizado hasta aquí, sin embargo, permite avanzar respecto de la hipótesis planteada al comienzo del artículo respecto de las diferencias que pueden hallarse en los discursos, tanto escrito como visual, de las ediciones comparadas. En este sentido el examen mostró que, si bien *Narrative...* deriva de un informe oficial ligado con la experiencia directa de los expedicionarios, y el tomo de

*L'Univers...* se enmarca en la producción de una literatura de viajes de alcance masivo, las dos ediciones poseen importantes similitudes. La presencia de temas recurrentes, como el de los “patagones”, y de un modo de tratamiento de éstos, las tensiones en torno a la combinación de contenidos técnicos o científicos y aquellos más atractivos o amenos, el expediente de las imágenes, tanto de tipo figurativo como cartográfico, para apoyar y hacer más accesible el texto, son algunos de los puntos que tienen en común. Parece que el deseo de los editores de *Narrative...* de llegar a un amplio número de lectores, y el de los de la colección francesa de otorgarle al volumen que estudiamos un tono de seriedad y actualidad científica, terminaron por colocar ambos productos en la zona difusa de los “libros de viajes”, aquellos que consumían ávidamente lectores de todo tipo.

A lo largo del texto he hecho referencia en varias oportunidades al “público” moderno, una entidad sobre cuya composición, expectativas y competencias aún queda mucho por indagar, como han reconocido los especialistas.<sup>89</sup> En este sentido, un estudio sobre la recepción de los libros que se abordan aquí nos daría elementos para ponderar ajustadamente en qué medida esos lectores tenían interés en detectar las diferencias que de hecho existen entre los dos productos editoriales. La más obvia es la que se refiere al grado de relación entre las representaciones escritas e icónicas con lo que pretenden representar, es decir, la geografía y los habitantes de la Patagonia y Tierra del Fuego. Sería interesante entonces indagar sobre el efecto que los diferentes recursos puestos en juego en uno y otro libro tuvieron sobre sus destinatarios. Comprobar de qué modo el tono neutro de los artículos de *L'Univers...* y la simplificación de las imágenes respecto de las “originales”, paralela de algún modo al procedimiento del compendio en el que están basados los textos, actuaron respecto de la relación entre artificiosidad y verosimilitud para darle un efecto de realidad, todo ello diverso a lo que encontramos en *Narrative...*

Otra diferencia que se nos hace evidente se vincula al papel que pudieron cumplir estos productos editoriales y los discursos que sostuvieron, dentro de las estrategias de dominio, tanto material como simbólico, que los gobiernos y los particulares de las potencias ensayaron en ese período en la región. Comprometidos directamente con la política británica, los volúmenes de *Narrative...* sin duda contribuyeron a producir una Patagonia y una Tierra del Fuego aptas para su navegación, su estudio y su explotación. Esta relación no puede ser entendida en forma mecánica, subordinando las representaciones a las estructuras políticas y económicas y a las ideologías que las sostenían. Más bien se trata de entender las representaciones escritas e icónicas en su especificidad e indagar en sus

---

<sup>89</sup> Cf. entre otros Chartier, R., *El orden...*, *op. cit.*

aspectos más contruidos y opacos, que a menudo fisuran la superficie de un discurso que se presenta en apariencia hegemónico.<sup>90</sup> En el caso de los textos y las imágenes de *Narrative...*, la intervención de la subjetividad de los viajeros, de sus proyectos e intereses personales que hemos visto asomarse en estas páginas, le otorga una riqueza y complejidad que excede el alineamiento de la edición con la política imperial.

Con este artículo he querido aportar también al estudio de estos temas, aunque reconociendo que seguramente queda mucho por recorrer siguiendo las huellas dejadas por las “imágenes viajeras” en el pasado.

---

<sup>90</sup> Cf. Penhos, M., *Ver, conocer, dominar...*, *op. cit.*, introducción. En forma similar se expresa Cicerchia, R., *Viajeros. Ilustrados...*, *op. cit.*, notas preliminares.

## Ilustraciones

–Fig. 1: Portada de *Narrative of the surveying voyages of his majesty's ships Adventure and Beagle*, tomo I (TES3A211218, Topográfico 17699, o TES3A062601/2/3, Topográfico 5262)

–Fig. 2: Portada del tomo 25 de la colección *L'Univers Pittoresque (Amérique Méridionale, Iles Diverses de l'Océan et Régions Circumpolaires)* (TES3A145420, Topográfico 00357, o TES3A151102, Topográfico 00362)

–Fig. 3: Patagons du Sud, de *L'Univers...*: lámina 6 al final del libro

–Fig. 4: Patagonian, de *Narrative...*: frontispicio del tomo I

–Fig. 5: Tombeaux du Patagons du Sud, de *L'Univers...*: lámina 7 al final del libro

–Fig. 6: Patagonian “toldo” and tomb, de *Narrative...*: tomo I, pág. 94

–Fig. 7: Wigwams des Fuégiens a Port Esperance dans le Canal Madelein, de *L'Univers...*: lámina 11 al final del libro

–Fig. 8: Fuegian Wigwams at Hope Harbour, in the Magdalen Channel, de *Narrative...*: tomo I, pág. 126

–Fig. 9: Fuégiens, de *L'Univers...*: lámina 9 al final del libro

–Fig. 10: Fuegian (Yapoo Tekeenica), de *Narrative...*: frontispicio del tomo II

–Fig. 11: Fuégiens, de *L'Univers...*: lámina 10 al final del libro

–Fig. 12: Fuegians-Yacana, Pecheray, &c., de *Narrative...*: tomo II, pág. 141

–Fig. 13: Mont Sarmiento, de *L'Univers...*: lámina 8 al final del libro

–Fig. 14: Mount Sarmiento, from Warp Bay, de *Narrative...*: tomo II, pág. 359

–Fig. 15: Fuegians-York Minster, &c., *Narrative...*: tomo II, pág. 324

–Fig. 16: Buenos Ayres, de *L'Univers...*: lámina 13 al final del libro

---

-Fig. 17: Fernando Brambila, Buenos Aires desde el camino de las carretas, Museo Naval de Madrid



# EL CONOCIMIENTO DE LOS TERRITORIOS NACIONALES GENERADO POR LOS AGENTES DEL ESTADO: MEMORIAS, INFORMES Y MAPAS

PEDRO NAVARRO FLORIA

*Beca Félix de Azara  
CONICET/Universidad Nacional de Río Negro*

## El conocimiento del país: el Estado como sistema de información

El Estado argentino consolidó su espacio de dominación en el último tercio del siglo XIX –en un proceso paralelo al seguido por otros Estados latinoamericanos como Brasil, Chile, etc.– mediante la apropiación material de nuevos territorios –el Chaco, la Pampa y la Patagonia–, fundamentalmente por la conquista militar, el sometimiento y desplazamiento de las poblaciones originarias, la instalación de autoridades estatales, la fundación de núcleos urbanos, el trazado de vías de comunicación y la realización de algunas obras de infraestructura, y la promoción de actividades económicas articuladas con el sistema nacional centrado en la producción agropecuaria de la Pampa Húmeda.

Esa formación material del territorio estatal fue precedida, acompañada y complementada, lógicamente, por una formación cultural consistente en la apropiación de los nuevos espacios mediante diversas prácticas exploratorias y de representación social. El impulso exploratorio del mundo no colonizado se había iniciado ya a mediados del siglo XVIII y retomado en el XIX, tras el ciclo de las revoluciones burguesas occidentales, como parte de la llamada “unificación del mundo”. Esa unificación habría sido operada por la multiplicación del comercio, “el entusiasmo misionero, la curiosidad científica y [...] la empresa periodística y publicitaria” que lanzaba a los exploradores, “un subgrupo [...] de escasa importancia numérica perteneciente a una asociación muy grande de hombres que abrieron el mundo al conocimiento”, gracias a los nuevos medios de comunicación y transporte más regulares y veloces, a las áreas menos conocidas del globo (Hobsbawm 1998, págs. 60-64). A este impulso de las burguesías se sumaban los esfuerzos de las democracias representativas modernas dirigidos a elaborar elementos discursivos de legitimación de su poder, y entre ellos a producir conocimiento acerca de los distintos aspectos de su realidad social y natural:

colectando, inventariando, clasificando, sistematizando analíticamente, exponiendo literariamente, representando textual y figurativamente los resultados de la exploración, cartografiando su propio territorio y clasificando las reservas de recursos humanos y naturales coloniales (Escolar, 1997, pags. 59-60). En esa línea debe situarse, precisamente, el desarrollo de la estadística, definida en los siglos XVIII y XIX como el campo de conocimiento acerca del territorio y la población del Estado, mediante la elaboración de censos, mapas oficiales, descripciones, informes, memorias institucionales, etc.

Un rol importante para la institucionalización de los exploradores, auspiciantes e interesados en general en los territorios nuevos, relacionados más o menos estrechamente con la administración pública, fue cumplido por las sociedades geográficas de distintos países occidentales, de las cuales se crearon cincuenta y tres durante el siglo XIX, treinta de ellas entre 1875 y 1880 y la mayoría en Europa y América del Norte (Dodds, 1993, pág. 311). Esas instituciones “constituyeron el lugar privilegiado de la socialización del saber geográfico, de su aplicación práctica y de su transmisión intelectual” (H. Capel, cit. en Escolar, 1997, pág. 76), y fueron establecimientos legitimadores de la expansión territorial de los Estados, generando un saber geográfico práctico cercano a la planificación (Zusman, 1996, pág. 14; Zusman y Minvielle, pág. 1), volcado en un relevamiento estadístico y cartográfico que constituiría el primer gran sistema de información nacional fundado en la racionalidad de la idea de progreso y en la representación de un espacio neutro y homogéneo que permitiría codificar y controlar la realidad social (Escolar, 1997, pág. 73).

En el caso argentino, ya hemos estudiado (Navarro Floria, 2007b, págs. 13-77) la producción de una serie de instituciones científicas creadas en el último cuarto del siglo XIX, paralelamente con la consolidación del Estado nacional, que emprendieron el estudio del territorio, algunas de ellas directamente dependientes del Estado –como la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba– y otras más relacionadas con la iniciativa colonialista occidental de exploración y sistematización geográfica del mundo. Su indagación se centró en los Territorios Nacionales, recientemente incorporados al cuerpo del Estado mediante la conquista, y en otros espacios todavía considerados lejanos y exóticos respecto del centro político del Estado –como el Noroeste (Castro, 2005)–, y el conocimiento resultante se volcó en una narrativa presente en diversas publicaciones institucionales. Las representaciones resultantes para el espacio que elegimos como caso de estudio –la Patagonia Norte (actuales provincias de Neuquén y Río Negro)– son coincidentes en líneas generales, y funcionales al proceso de legitimación y delimitación territorial del Estado, pero divergentes en algunos aspectos

específicos. Nos muestran, así, un abanico de posiciones respecto de los perfiles institucionales e ideológicos de los actores y de las redes sociales implicadas, de sus objetos de interés y de preferencia, y de sus omisiones discursivas. Podemos inscribir a todas ellas en la retórica progresista característica de la época, por el rol decisivo que introduce el factor tiempo en su relato, transformando simbólicamente el territorio en paisaje del progreso y a la descripción de sus recursos en una narración del futuro regional, pero cada institución-publicación –el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, la *Revista de la Sociedad Geográfica Argentina*, los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*– vista como un fragmento de un corpus discursivo, pone el acento en aspectos diferentes de la realidad que propone. En ese sentido, el análisis del discurso científico-territorial de las élites argentinas nos permite identificar distintos proyectos de futuro para la región en cuestión, tiene interesantes puntos de contacto con el discurso político de la misma época y contribuye al mismo proceso que podemos identificar y describir (Navarro Floria, 2004) como de nacionalización fallida –hasta fines del siglo XIX– de la Región Norpatagónica.

Las sociedades geográficas en cuestión se autoidentificaban con la exploración del territorio entendida como una operación práctica y teórica –una suerte de conquista para la ciencia– complementaria de la conquista material realizada por las armas, capaz de producir una apropiación definitiva del espacio, que se reflejaba, por ejemplo, en la imposición de una nueva toponimia. Además del progreso en el sentido epistemológico del conocimiento del territorio, estas representaciones del espacio y del tiempo incluían la proposición de un futuro regional signado por la idea positivista del progreso y por la consiguiente puesta en tensión del futuro respecto del pasado. Al retomar la tendencia moderna a asignar una unidad de sentido a la naturaleza y la historia, entonces, el discurso geográfico sobre la Norpatagonia producido por estos exploradores y sus instituciones generó una serie de representaciones sobre el futuro regional que acompañaron y contribuyeron a configurar las prácticas materiales sobre el territorio. La Norpatagonia comenzó a ser mirada como un posible corredor bioceánico mediante el trazado de líneas ferroviarias, o bien como una posible región de colonización agrícola mediante el esfuerzo transformador del hombre y la intervención activa del Estado, o bien como una región de desarrollo restringido a la franja andina y librado a un proceso evolutivo espontáneo. Esos fueron los futuros posibles y alternativos, derivados de la valorización diferenciada y jerarquizada de la región, que se prefiguraron en el discurso científico de las revistas científicas de la época.

Otros elementos fundamentales de esa construcción simbólica del territorio, más fácilmente clasificables en el campo del discurso político

que en el de la producción científica, fueron plasmados en una amplia serie de registros tales como informes, discursos, memorias, proyectos, etc., generados en la administración pública y destinados al mismo ámbito institucional como insumos para la tarea de gobierno, tanto legislativa como ejecutiva. Si la producción científica se proponía, básicamente, la incorporación de nuevos objetos naturales y sociales al horizonte cognoscitivo occidental, de acuerdo con un programa relativamente explícito de relevamiento utilitarista de la naturaleza, en cambio el discurso político se orientaba, por su lógica, a la producción de lo particular, es decir, del Estado y las sociedades locales, y la resolución de sus problemas particulares. En ese sentido, como insumos del sistema de información estatal, estos materiales resultaban directamente funcionales a la formación territorial del espacio de dominación de los estados por entonces en construcción, como la Argentina.

Es claro que algunos de los registros mencionados, como por ejemplo la cartografía, reúnen características de ambas miradas, la científica y la política, en tanto se sirven de un proceso acumulativo y sistemático de conocimiento del espacio pero también construyen una representación política de él, en el sentido de que muestran y ocultan, recuerdan y olvidan, expresan realidades materiales presentes pero también proyectos futuros. Por esa razón los mapas también deben considerarse piezas discursivas o textos políticos, y ser analizados como tales. El hecho de que estos campos del conocimiento territorial y social no se encuentren claramente separados sino, por el contrario, relativamente superpuestos en sus registros, se demuestra por el hecho tanto de que las publicaciones de las sociedades geográficas a menudo reproducían informes, descripciones y otros documentos propios de la administración pública (Navarro Floria, 2007b, págs. 53-56), como de que también el debate político solía reflejar el impacto que algunos trabajos científicos tenían en la esfera pública (Navarro Floria, 2002).

Sin embargo, los materiales más acabadamente constitutivos de la representación política de los Territorios y los que mejor expresan tanto el proceso de incorporación al Estado como los proyectos y expectativas de los sectores dominantes nacionales hacia ellos, son los producidos por los agentes estatales mismos: memorias, informes y proyectos, a menudo acompañados por descripciones y resúmenes históricos. Se trata de una verdadera narrativa de viaje y de fundación, orientada a relatar y explicar la formación territorial de la Nación. Generaron las primeras representaciones del discurso hegemónico sobre los territorios recientemente conquistados, sobredeterminando la realidad sociopolítica de estos espacios, al orientar las prácticas estatales sobre ellos. Se trataba, en definitiva, de registrar la heterogeneidad de paisajes y de realidades culturales existentes en los territorios

nuevos, y de reorganizar su representación de modo que pudieran ser incluidos en una nueva imagen homogénea de la nación, en la que las diferencias o desarmonías quedaran codificadas e incorporadas como partes de un todo.

### **Los funcionarios públicos como agentes de la información sobre el Estado**

Actores privilegiados de estas prácticas de representación fueron los funcionarios públicos, tanto los establecidos permanentemente en los Territorios como los que los visitaban ocasionalmente.

Entre los visitantes periódicos se encontraban, por ejemplo, los inspectores escolares designados y enviados por el Consejo Nacional de Educación. Si bien la institución inspectorial se hallaba presente en la ley 1.420 de educación común, de 1884, y tenía antecedentes tanto nacionales como en la provincia de Buenos Aires, recién en 1890 se creó una Inspección específica para los “Territorios y Colonias” –con un inspector general y un subinspector para todos los Territorios Nacionales–, y en 1905 se subdividió en cuatro secciones, cada una con un inspector seccional, siendo la 2ª sección Río Negro, La Pampa y otras dependencias, y la 3ª sección Neuquén (Teobaldo, García y Nicoletti, 2005, págs. 27-28). Desde su origen hasta entrado el siglo XX esa institución estuvo a cargo del maestro Raúl B. Díaz, un educador e intelectual particularmente lúcido que recorrió varias veces la Patagonia Norte y dejó valiosos informes editados (Díaz, 1910; *cf.* Zubiaur, 1906).

Otros funcionarios se desempeñaron como verdaderos visitantes de los Territorios, delegados por las más altas autoridades. El más claro ejemplo de esto para el período y el espacio que estudiamos aquí, es el de Gabriel Carrasco, enviado por el ministro del Interior Joaquín V. González, en 1902, como “estadista trashumante” (Carrasco, 1902a, págs. 5 y 20), a tomar contacto directo con los problemas de la Gobernación del Neuquén y de su capital, que pronto sería trasladada de Chos Malal a la Confluencia donde hoy se encuentra la ciudad de Neuquén. Carrasco, otro de los representantes notables de la segunda línea del roquismo, nos dejó en su recorrida por el Neuquén y el Alto Valle rionegrino una serie de observaciones interesantes, más en su relato de viaje (Carrasco, 1902a) que en su informe oficial (Carrasco, 1902b), acerca de lo que la élite liberal esperaba del progreso regional en los años del cambio de siglo (Navarro Floria, 2007b, pág. 201 y sigs.). Su relato y su informe son expresivos tanto del entusiasmo por la riqueza de los nuevos Territorios como de la preocupación por sus problemas de poblamiento y desarrollo, en un marco de relaciones sociales

que muestra a las claras cómo se superponían las redes de sociabilidad de la oligarquía con la estructura del poder del Estado mismo.

Merecen un párrafo aparte las visitas de presidentes y ministros a la región, características de la nueva actitud reformista del régimen oligárquico, de la primera década del siglo XX (Navarro Floria, 2007a). Los presidentes Julio A. Roca en 1899, José Figueroa Alcorta en 1908 y Roque Sáenz Peña en 1911 visitaron la Patagonia; el primero seguido tanto por Carrasco en 1902 como por su ministro del Interior Joaquín V. González en 1904, este último con motivo de la inauguración de la nueva sede gubernamental neuquina; los otros dos presidentes acompañaron a su ministro de Obras Públicas Ezequiel Ramos Mexía -Figueroa Alcorta, nada menos que para inaugurar las obras del sistema de riego del Alto Valle rionegrino-. En todos estos casos, la presencia de corresponsales de la prensa porteña facilitó la amplificación de las demandas territorianas y su repercusión en el ámbito de la opinión pública nacional. También se pusieron de manifiesto distintos modos de construcción del espacio y del poder político por parte de las autoridades nacionales, en el contexto de aquellas formas de la sociabilidad oligárquica ya señaladas, y algunas características de la relación entre el gobierno central y los Territorios Nacionales.

Sin embargo, el objeto central de nuestro interés no son en esta oportunidad los funcionarios visitantes sino los permanentes: los gobernadores de Neuquén y Río Negro hasta los años del cambio de siglo. La creación de Territorios Nacionales -para nuestro caso, el de la Patagonia, en 1878-, su subdivisión definitiva por medio de la ley 1.532 de 1884 -que dio origen a los Territorios de Neuquén y Río Negro, junto con otros varios-, y el establecimiento en ellos de gobernadores directamente dependientes del Poder Ejecutivo nacional, fue el principal acto administrativo del Estado conquistador, orientado a la expansión de su potencialidad político-administrativa sobre los nuevos espacios. Es claro que estos actos políticos acompañaron y continuaron a la conquista militar, y obedecieron a una ideología de la época que llevaba a las autoridades nacionales a intervenir más o menos activamente, según el momento y el caso, también en la exploración del territorio, el desplazamiento de la población preexistente y la imposición de un nuevo orden social, la realización o el fomento de algunas obras públicas de infraestructura como líneas telegráficas, caminos, ferrocarriles, puertos, etc., la atracción de inmigrantes europeos y su instalación en colonias, la fijación de los límites internacionales, y un amplio conjunto de medidas que podemos resumir en el concepto de nacionalización del territorio, o simplemente de territorialización.

Los Territorios fueron definidos, durante el proceso de formación del Estado nacional como los espacios sometidos o por someter a la

autoridad de la Nación y no a la de ninguno de los estados provinciales existentes, ya desde la ley 28 de 1862, destacándose la capacidad de la Nación para ocuparlos. Esta visión centralista se consolidó con los proyectos de avance de las fronteras puestos en práctica en la segunda mitad de la década de 1870, y terminó generando un sistema verdaderamente dual de gobierno: federal en las provincias y unitario en los Territorios, pese a lo establecido en la Constitución. Las leyes creadoras de los primeros Territorios Nacionales –entre ellos, el de la Patagonia– son interpretadas por la mayoría de la bibliografía constitucionalista como simples ensayos destinados a instalar, en palabras de Lucio V. López de 1902, “un gobierno más militar que civil” (Linares Quintana, 1935, págs. 1706-1735; Lenzi, 1939, págs. 34-35), y más recientemente se ha considerado la ley 954 de 1878 una solución oportuna para territorios “en peligro de pérdida” pero transitoria (Arguindeguy, 1999, págs. 3-4). La nacionalización de los nuevos territorios formaría parte del fuerte impulso centralizador que imprimió el roquismo triunfante en 1880 al gobierno nacional, tanto en el sentido geográfico como en el de la concentración de poder en el Ejecutivo (Gallo, 2000, págs. 513-514; Segovia, 2000, pág. 110). En diversos debates y circunstancias, hasta el final del siglo XIX, emergió la cuestión acerca de la formalidad con que se consideraba a los Territorios gobernaciones civiles o gobiernos militares de frontera, pero la presencia real del Ejército en ellos, la persistencia de los problemas de límites –particularmente con Chile, en el Sur–, el nombramiento de gobernadores militares durante todo ese período y su estilo de gestión (Caterina, 2000, pág. 158) inclinaron la balanza hacia la segunda opción.

Si bien del debate del proyecto y, finalmente, del texto de la ley 1.532 de Territorios Nacionales, surgen con claridad los cuatro medios elegidos para lograr la nacionalización de los nuevos espacios –la formación provisoria de unos Territorios destinados a una pronta provincialización; una presencia preeminente y activa del Estado nacional en ellos; la vinculación entre los Territorios y el Congreso de la Nación mediante delegados sin voto (instrumento finalmente desechado), y el nombramiento, con acuerdo senatorial, de gobernadores con amplios poderes–, en la realidad estas herramientas encontraron obstáculos importantes en las primeras dos décadas. La provincialización fue largamente postergada, según una interpretación que terminó de imponerse en los primeros años del siglo XX, que consideraba que las sociedades territorianas eran aún incapaces de autonomía y debían seguir un extenso proceso evolutivo de maduración. La presencia activa del Estado pronto se reveló como una utopía sostenida por unos pocos, en el contexto del liberalismo dominante.

El tema del poder limitado y ambiguo de los gobernadores, que constituye la materia de buena parte de sus memorias e informes, fue más prontamente atendido, debido a los problemas que provocaban la excesiva centralización en el Poder Ejecutivo nacional y los conflictos de poderes entre funcionarios demasiado aislados de cualquier instancia superior de control. El Congreso precisó las atribuciones de las municipalidades y las dotó de rentas propias en 1890, aunque en el segundo gobierno de Roca (1898-1904) se tendería a restringir la autonomía municipal. Se reordenaron las competencias de secretarios, escribanos y jueces, atendiendo a la realidad de la carencia de funcionarios idóneos, y como resultado de una serie de irregularidades registradas en el Juzgado de la Gobernación del Neuquén, se introdujo la periodicidad de los jueces en el cargo –cuatro años– y su sujeción a juicio por jurados especiales en 1898. Librada la vida rural territorialiana al poder discrecional de los gobernadores, en 1895 se sancionó el Código Rural para los Territorios; se organizó en 1898 el registro civil, a cargo de los jueces de paz y de comisionados especiales, y en 1901 se establecieron en las capitales territorianas registros de propiedades, embargos, hipotecas e inhibiciones.

Si en el plano del diseño institucional solamente podemos constatar un lento transcurrir evolutivo, en el discurso de las memorias ministeriales se distinguen claramente los lineamientos políticos que guiaban el proceso de nacionalización. Aunque un ministro como Bernardo de Irigoyen –contradiendo el evolucionismo político del presidente Roca– se caracterizó por una fuerte iniciativa a favor de políticas estatales activas de colonización en los Territorios –obras de vialidad, fundación y delineación de colonias agrícolas oficiales, auxilio a los inmigrantes–, sus sucesores Eduardo Wilde –bajo la presidencia de Miguel Juárez Celman–, y más tarde el mismo Roca y sus sucesores inmediatos optaron por el más liberal *laissez faire* que se impondría como tono general de la época. Una reversión parcial de esta tendencia se notaría recién en la segunda administración presidencial de Roca, en el contexto del reformismo finisecular, con Joaquín V. González en el Ministerio del Interior.

La idea de que el Estado nacional no estaba haciendo lo necesario por los Territorios, defraudando así la expectativa que en 1884 se les había confiado, con sentido centralista, al poderoso “brazo de la Nación”, se fue abriendo paso entre los sectores dirigentes en pocos años. En plena crisis de 1890, el presidente Juárez Celman lamentaba, en el Senado, que los Territorios “no entran de lleno en las vías de un progreso más rápido a causa principalmente de la falta de vías de comunicación y por la escasez de recursos que tiene asignado el presupuesto para su servicio y desenvolvimiento”, un diagnóstico que casi no se modificaría hasta el fin de siglo.

Una de las razones en las que los poderes nacionales fundamentaban su escaso alcance en los Territorios era la falta de información. El rechazo legislativo de la figura de los delegados territorianos ante el Congreso había dejado al gobierno sin interlocutores directos que les transmitieran las necesidades de los Territorios y agilizaran la acción estatal en ellos. La necesidad de contar con algún tipo de mediación política se hacía sentir. En algunas oportunidades, el régimen oligárquico supo encontrar una suerte de representantes informales en los que serían los incipientes empresarios, comerciantes o terratenientes de la Patagonia. En 1889, por ejemplo, el Congreso subvencionó con quince mil pesos a la comisión municipal de General Roca para edificar una escuela, un templo y un canal de riego. El senador Doncel transmitía el pedido “manifestado por *varios vecinos importantes* de aquella localidad, algunos que desempeñan allí funciones públicas [...] y *teniendo presente que los territorios nacionales no cuentan con representantes* en esta Cámara”. Al año siguiente, una iniciativa del diputado Lucio V. Mansilla para dotar a cada Territorio de un delegado anual ante la Cámara de Diputados, tampoco encontró eco. Estas circunstancias dificultaban la acción del Estado nacional en los confines del país, al mismo tiempo que reforzaban las vinculaciones informales ya señaladas, propias de la sociabilidad característica de los sectores dominantes de la época, y de las cuales los gobernadores se veían forzados a participar para canalizar sus iniciativas y las de sus pares sociales.

## El giro al reformismo de fin de siglo

Superada la crisis política y económica de 1890 y sus consecuencias, comenzaron a emerger algunos proyectos interesantes relacionados con el desarrollo de la Patagonia. La carencia de vías adecuadas de comunicación hacia los Territorios del sur y en ellos es uno de los temas de referencia constante desde el momento mismo de las expediciones militares de conquista, tanto en el discurso político central como en los informes y memorias de las autoridades territorianas, fundamentalmente los de los primeros gobernadores del Neuquén. Sin embargo, más allá de la construcción de algún puente, y dado el carácter fundamentalmente especulativo de la mayoría de los numerosos proyectos ferroviarios de la década de 1880, los resultados fueron muy pobres. Como afirmaba unos años antes uno de los exploradores militares del Territorio del Neuquén en las páginas del *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*: “Hemos conquistado el desierto, pero luego lo hemos dejado librado a sus propias fuerzas” (Oliveros Escola, 1893, pág. 383).

El proyecto de ferrocarril al Neuquén, en este contexto, constituyó el catalizador de un primer proyecto de desarrollo particular para la Patagonia Norte (Fulvi, 1983, págs. 15-16). Motivado también por consideraciones estratégicas, frente a la conflictiva relación con Chile (Ferrari, 1980, pág. 680), cristalizó un plan general de población y explotación del territorio –la ley 3.658 de 1897– basado en el trazado de una red de ferrocarriles y canales en Río Negro, Neuquén, Chubut y Santa Cruz. Pero parecen haber sido el viaje del presidente Roca a la Patagonia en el verano de 1899 para encaminar la solución pacífica del conflicto con Chile –“que habría sido una vergüenza para la América y un escándalo para el mundo”, según expuso luego ante el Congreso– y la creciente inusual de los ríos patagónicos en ese invierno –que barrió con casi todas las poblaciones establecidas en el valle rionegrino durante el siglo que terminaba, frustró la inauguración presidencial del ferrocarril de Bahía Blanca al Neuquén y causó un fuerte impacto en la opinión pública nacional– los factores que modificaron decisivamente la percepción pública acerca de los Territorios de la Patagonia Norte. Fulvi (1983, págs. 13-17) identifica una “coyuntura de fin de siglo” a partir de la cual el Territorio rionegrino habría comenzado a integrarse efectivamente en el sistema nacional. Entre otros elementos de cambio en 1898 y 1899, menciona la designación de Eugenio Tello, primer gobernador civil del Río Negro, la inauguración del Ferrocarril del Sur de Bahía Blanca a la Confluencia y la gran inundación de 1899, coincidente con los primeros trabajos e informes del ingeniero César Cipolletti sobre la cuenca del Negro y sus posibilidades de irrigación. En referencia al Neuquén, es evidente que también fueron hitos claves para su proceso de integración en la Nación la resolución del conflicto limítrofe con Chile en 1902, la designación de los primeros gobernadores civiles, Juan Ignacio Alsina en ese mismo año y Carlos Bouquet Roldán en 1903, y el traslado de su capital, de Chos Malal a la Confluencia, en 1904.

El reformismo finisecular y la nueva conciencia acerca de la potencialidad de los Territorios ya había generado, incluso, en uno de los integrantes más lúcidos de la oligarquía gobernante, una iniciativa que suponía un audaz salto adelante: la revisión de los límites jurisdiccionales y la provincialización del sector más desarrollado de la Pampa y la Patagonia Norte. Nos referimos al proyecto de provincialización del Territorio de La Pampa asignándole como capital el puerto bonaerense de Bahía Blanca, presentado por el senador y ex presidente Carlos Pellegrini en 1900. El Senado completó la propuesta de Pellegrini incorporando al Territorio del Río Negro el extremo sur de Buenos Aires e instalando su capital en Carmen de Patagones, y sumando el Alto Valle del Río Negro a un Territorio del Neuquén que tendría, desde

entonces, su capital en General Roca. Pero las desavenencias políticas entre Pellegrini y el presidente Roca frustraron el tratamiento de una iniciativa que podría haber modificado la historia de la región.

El discurso crítico hacia la política nacional respecto de los Territorios, y en algunos casos respecto de la rigidez de la ley 1.532, también se enmarca en la coyuntura misma de la crisis de 1890, en el diagnóstico de la corrupción del régimen oligárquico y del unitarismo encubierto en él. El análisis del crecimiento y la nacionalización fallidos de los Territorios Nacionales encontraba fundamento en dos temas centrales: el régimen de enajenación de la tierra pública y el funcionamiento administrativo de las gobernaciones. Ministros, diputados, senadores y gobernadores denunciaban en forma estridente el abandono estatal de los Territorios y el fomento del latifundio especulativo, y proponían políticas activas de colonización y venta de fracciones pequeñas, a precios bajos y en plazos cómodos, a los pobladores mayoritariamente chilenos que trabajaban efectivamente la tierra en la región. El recurrente problema del aislamiento –particularmente del Neuquén y del área andina rionegrina– y la avalancha de proyectos surgidos durante la fiebre especulativa de proyectos ferroviarios de la época de Juárez Celman también cayeron bajo la implacable mirada crítica del nuevo siglo. Comenzó a dudarse de que la sola presencia del ferrocarril alcanzara para poblar y desarrollar las nuevas tierras, y la nueva tendencia llevaba a pensar en planes más integrales de obras públicas.

Particularmente el discurso del presidente Roca en su segundo período de gobierno fue crítico respecto del rol desempeñado hasta entonces por el Estado nacional en los Territorios, y en particular respecto del sistema administrativo ideado en 1884, que ya consideraba caduco. El fuerte pragmatismo del líder del régimen oligárquico advertía así tanto sus límites como sus posibilidades, y diseñaba los ajustes que permitieran la permanencia en el poder del sector entonces dominante. A la vuelta de su gira de 1899 solicitaba al Congreso para la Patagonia, “leyes inspiradas en su situación y exigencias reales, vías de comunicación que las pongan en contacto con las costas marítimas, y una distribución conveniente de la tierra pública”, es decir, la puesta en funcionamiento de un dispositivo de explotación colonial más eficaz que el ideado primitivamente. Los mensajes presidenciales de 1900, 1903 y 1904 abundan en los mismos temas: la necesidad de reforma del régimen de la tierra y de la ley orgánica de los Territorios Nacionales.

De este modo, se fundamentó una verdadera contrarreforma en el régimen político de los Territorios, orientada a acentuar su carácter de espacios coloniales internos y a cristalizar la estructura de poder vigente más que a ampliar la República y adaptar sus instituciones a las nuevas demandas sociales.

Se concentraron las atribuciones referidas a los Territorios en el Ministerio del Interior y se eliminó su doble dependencia compartida, de hecho, con el Ministerio de Guerra –y, por ende, el carácter de gobernaciones militares de frontera que revestían en la realidad–, respondiendo a un reclamo persistente de los gobernadores territorianos y a una tendencia favorecida por el Ejecutivo Nacional durante toda la década de 1890. En el presupuesto nacional para 1892 se incluyó a las agencias oficiales de Tierras y Colonias, Agricultura e Inmigración en la cartera de Interior, bajo una única dirección y continuando una modalidad iniciada bajo la presidencia de Pellegrini y el ministerio de Roca. Sin embargo, del cúmulo de opiniones a favor de la centralización administrativa, durante la corta y agitada presidencia de Luis Sáenz Peña –que en poco más de dos años tuvo ocho ministros de Interior– las áreas referidas a la administración de tierras fiscales, colonias y bosques pasaron al Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública. Esto reanudó los reclamos por volver a centralizar la acción del Estado en las gobernaciones, y motivó un proyecto de ley de Territorios –era ministro del Interior Felipe Yofre, en 1900– que sujetaba completamente la administración de éstos a ese Ministerio. Pero no se logró el acuerdo del Congreso: la misma fractura de la oligarquía gobernante que había impedido el tratamiento del proyecto reformista de Pellegrini obturaba también las iniciativas del Ejecutivo, en un juego de suma cero que debilitaba a todo el arco conservador. En el marco del debate de una nueva ley de ministerios, en 1898, las opiniones se dividieron entre quienes proponían someter a la autoridad de un Ministerio de Agricultura todo lo referido al gobierno y administración de los Territorios Nacionales y quienes preferían considerarlos “colonias de la nación” como dependencias directas del gobierno nacional. El Congreso en ambas cámaras adoptó el segundo criterio, más conservador, sin debatir a fondo la cuestión. De este modo, los Territorios quedaron excluidos del nuevo diseño institucional que creaba la cartera de Agricultura y se reafirmó su estatus político de dependencias administrativas.

A la idea de acentuar la dependencia directa de los Territorios respecto del Ejecutivo nacional se sumaban otras dos. En primer lugar, la de fortalecer el poder local de los gobernadores, poder que, según la interpretación corriente en esos años, se revelaba crecientemente limitado en la misma medida en que aumentaba la complejidad de la vida territorialiana y la ley de 1884 se volvía obsoleta. En segundo lugar, la de incrementar la presencia estatal en las regiones más alejadas mediante la creación de oficinas de registro de la propiedad, de registro civil, de ingenieros, de asesorías letradas, de más comisarías, más juzgados, aduanas y receptorías de rentas, escuelas, correos más eficientes y de mayor alcance, etc., y mediante la realización de caminos, puentes, canales

de riego, líneas telegráficas e, idealmente, ferrocarriles. Las solicitudes orientadas a expandir el aparato administrativo nacional ocupan buena parte de las memorias de los gobernadores de Neuquén y Río Negro, y a menudo encontraron eco en los informes de los ministros del Interior al Congreso y en los debates parlamentarios. Todas las reparticiones y obras públicas necesarias dependerían del Ministerio del Interior y quedarían bajo la supervisión del gobernador en cada Territorio. Las tres iniciativas señaladas –la centralización de la política de Territorios en el Ministerio del Interior, la concentración del poder territorialiano en los gobernadores y la instalación de algunas reparticiones nacionales en las capitales de las gobernaciones– fueron recogidas en 1900 en un proyecto de nueva ley de Territorios Nacionales.

El reforzamiento del poder de los gobernadores respondía a una demanda reiterada de esos mismos funcionarios, que a menudo utilizaban términos durísimos para caracterizar sus funciones: “sombra de autoridad”; “parodia de administración”; “ficción de gobierno”, etc. Esto tuvo eco en el proyecto presentado por Yofre, que adjudicaba a los gobernadores la superintendencia de todos los empleados públicos territorialianos y no se detenía ante los posibles abusos de poder que pudiera generar esta concentración de funciones sin control cercano. Ante la parálisis del Congreso, Roca dictó una serie de decretos por los cuales reorganizó las relaciones entre el gobernador y el juez letrado de cada Territorio y modificó la subdivisión administrativa territorialiana (*Territorios Nacionales* 1914, págs. 85, 94 y 133; *Decreto* 1904). Los más importantes de estos decretos fueron el de enero de 1902, que establecía la preeminencia de los gobernadores por sobre los jueces, y el de mayo de 1904, proyectado por Gabriel Carrasco, que determinó la división de los Territorios en departamentos, cada uno bajo la autoridad político-administrativa de un comisario de policía y la vigilancia judicial de un juez de paz, pudiendo contener una o más municipalidades. Los departamentos se subdividirían en distritos y éstos en cuarteles. Esta forma de subdivisión había sido propuesta por el gobernador neuquino Lisandro Olmos (1899-1902) con el objeto de lograr un mejor control del territorio y, fundamentalmente, del tránsito de ganado por la cordillera de los Andes.

Resulta importante constatar que el incremento de las facultades de los gobernadores, en el marco de un estilo político fuertemente centralista y ejecutivo, se proyectaba en detrimento de las dos únicas instancias de participación democrática previstas por la ley de 1884: las municipalidades y los cuerpos legislativos que se crearían en los Territorios que alcanzasen los treinta mil habitantes.

El roquismo se alejó de la concepción de la democracia municipal como escuela de ciudadanía –idea expresada en el debate de la ley de

1884 y contenida en el texto resultante-, considerándola problemática e inconveniente en la coyuntura de movilización social y política del fin de siglo. En ese espíritu limitativo de las autonomías municipales, el proyecto de ley de Territorios de 1900 disponía restringir el derecho de formar concejos municipales: de un piso de mil habitantes que establecía la ley 1.532, se pasaría al requisito de mil quinientos y de un centro urbano de trescientos vecinos estables, excluyendo a los indígenas. En los fundamentos del proyecto, se consideraba que a los habitantes de poblaciones pequeñas y rurales no era conveniente interesarlos en las luchas políticas, causantes de “conflictos y frecuentes disturbios”. Todavía en 1904 tanto el presidente Roca como su ministro González consideraban conflictivos “los ensayos prematuros de gobierno municipal electivo”, y preferían el nombramiento que hacían los gobernadores de “comisiones provisorias de vecinos honorables”, al modo de senados locales representativos de “los verdaderos intereses” territorianos, es decir, los de sus sectores dominantes.

Uno de los grandes ejes temáticos del proyecto cultural de, por ejemplo, la *Revista de Derecho, Historia y Letras* fundada por Estanislao Zeballos en 1898 contra la indiferencia política de la época y en favor de una “regeneración” de la oligarquía, es el de la profesionalización de las funciones de gobierno. En ese contexto, Zeballos (1899) critica el poco espacio que el presidente Roca dio en su comitiva patagónica de 1899 a sus ministros y colaboradores técnicos, atribuyendo ese estilo a la inexistencia de “administraciones ordenadas” y de “hombres de Estado” en el país. La base del cambio reclamado estaría “en la provisión de gobernadores”, que “en los desiertos, casi incomunicados con el mundo, sin horizontes, sin halagos y peligrosos” no están a la altura de “su complicado objeto” y de “los anhelos de los vecinos”. Se ha enviado a los Territorios Nacionales, dice, a militares que no hablan inglés a gobernar a británicos “de tradiciones eminentemente civiles y libres” –refiriéndose a los galeses del Chubut-, o a exponentes del “proletariado social de la gran metrópoli” con sueldos bajos; no se forma, como en Gran Bretaña o Alemania, “gobernadores y empleados especiales para la administración colonial”, con buenos sueldos, “personas de aptitudes intelectuales, de arraigo social, de carácter moral intachable, de visiones patrióticas y, si fuera posible, de prestigiosa tradición administrativa”. En síntesis, una élite territoriana capaz de buen gobierno.

Una posición similar era presentada por otro colaborador de la misma revista, un joven abogado pampeano (Rollino, 1901-1902), que reconocía en el gobierno laudables propósitos pero señalaba el problema del “poder personal y peligrosamente extenso de los gobernadores”, siendo éstos personas sin arraigo, residencia previa ni conocimiento “del celoso mecanismo político, social y económico” de los Territorios

de destino: eran, en definitiva, “gente de afuera”. El tratamiento de sus cargos como prebendas “adecuadas para distribuir entre los amigos políticos de figuración secundaria o de aptitudes insuficientes para confiarles puestos en [el gobierno de] la Nación o en las provincias” era la causa del estancamiento, la especulación con tierras, el contrabando, el cuatreroismo, el robo, la falta de garantías, la injusticia, la improductividad, el desaliento del “capital progresista”, el bandolerismo y el abigeato, las exacciones, atropellos y venganzas, la impunidad, el favoritismo, la complicidad de las autoridades, etc. La reforma que propone, en definitiva, es la formación, en cada Territorio, de “un consejo o corporación de vecinos afincados y honorables”, a modo de un senado local “consultivo y moderador” en torno del gobernador; una solución “armónica con el espíritu de nuestra constitución política, que exige en principio capital la intervención de la voluntad del pueblo en todos los actos de gobierno”; un “consejo de administración, que reflejaría los intereses generales y sería el intérprete y el portavoz de la opinión pública”; un “gobierno democrático”. Es decir, de la voluntad popular y la democracia según las entendían los sectores dominantes, restringida a la opinión de los “vecinos afincados y honorables” que Zeballos identificaba como interlocutores del presidente Roca en su gira patagónica y que Carrasco elegiría como participantes de su excursión neuquina.

El pueblo de los Territorios, en conclusión, era para el liberalismo reformista una cuestión para el futuro (Navarro Floria, 2007b, págs. 191-234). Ya fuera que se fijara la mirada en los “vecinos” principales, interlocutores y auxiliares eventuales de los gobiernos locales, en los funcionarios entendidos como correas transmisoras de las políticas centrales o en los pioneros como realizadores concretos del progreso deseado –dependiendo del punto de vista del observador–, la ampliación de la participación política ciudadana era deliberadamente aplazada y se privilegiaba la articulación de los nuevos territorios al sistema económico nacional en un contexto colonial.

Las mismas razones servían al gobierno nacional para proponer la postergación de la creación de legislaturas territorianas. Aunque en su primer mandato el presidente Roca se había mostrado proclive a la pronta institucionalización de los Territorios, propósito reiterado por los gobiernos subsiguientes, el segundo gobierno roquista reafirmó en los hechos, como ya señalamos, una tendencia concentradora del poder en el Estado nacional. Posiblemente motivada por el temor a la creciente movilización política de socialistas, anarquistas, radicales y demás sectores opositores al régimen, emergió la posición evolucionista de considerar que las reformas debían ser precedidas por el paso del tiempo y se desalentó la autonomización progresiva de los Territorios. El segundo censo nacional se había hecho en 1895, había un conocimiento

bastante aproximado de la población de cada distrito, pero faltaba voluntad política para fortalecer el federalismo argentino, dando lugar a nuevas provincias. Si bien el gobierno no renegaba –en el nivel del discurso político– de la idea de crear nuevas provincias, no se proponía una vía político-institucional sino la del “fomento” de las actividades económicas mediante, por ejemplo, el plan de vías de comunicación ya mencionado. En consecuencia, el marco institucional en el cual se proponía incrementar la presencia de los poderes públicos nacionales consistía en acentuar la ya fuerte dependencia de los Territorios respecto del gobierno central, estableciendo un verdadero colonialismo interno y creando un orden *ad hoc* por fuera de los mecanismos constitucionales. Como explicaba el ministro Yofre en su memoria de 1900 (las itálicas me pertenecen):

“La legislación que corresponde a los Territorios Nacionales, *es independiente de la que comprende al gobierno general de la República*. Legislando para los Territorios, el Congreso ejerce el poder combinado del gobierno general y de un gobierno local o de provincia, lo que quiere decir que *el Congreso reúne el poder absoluto de gobernar y legislar para los territorios*, con las ampliaciones o limitaciones convenientes según su discreción [...]”

“Los Territorios, amplios desiertos destinados a poblarse por la inmigración europea, constituyen propiamente *colonias administradas directamente por la Nación*”.

Al año siguiente, el gobierno insistía en la creación de una legislación para los Territorios “independiente de las instituciones federales que rigen las relaciones del poder nacional con las provincias”, suprimiendo, para ese fin, la “complicación inútil” de las legislaturas previstas en la ley 1.532. En compensación y para que el Congreso Nacional funcionara con cierto viso de legitimidad –ya que no de legalidad– como Legislatura de los Territorios Nacionales, se reflató la idea de que éstos enviaran delegados con voz pero sin voto a la Cámara de Diputados.

Uno de los más prolíficos productores de pensamiento jurídico y político del fin de siglo fue precisamente Joaquín V. González, que cierra la serie de los ministros del Interior cuyas memorias citamos aquí. González describe la evolución hacia la ciudadanía en su *Manual de la Constitución argentina* (1897), considerando los Territorios como gobiernos “de educación y aprendizaje” para el pueblo de la Nación, con “todos los derechos civiles reconocidos a todo individuo, mas no así los derechos políticos [...] de los que pueden ser privados hasta que obtengan plena capacidad”. Un criterio similar al del colonialismo interno expresado por el proyecto roquista o por la misma memoria ministerial de 1904, en la que González descalifica los “ensayos prematuros

de gobierno municipal electivo donde no había núcleos de población suficiente”, siendo preferible el nombramiento de “comisiones provisorias de vecinos honorables” representativas de “los verdaderos intereses de las localidades”. Pero sería en el debate parlamentario de la ley 5.559 de fomento de los Territorios Nacionales, en 1907 (República Argentina, 1907, págs. 505-519), que González desarrollaría completamente una metáfora ilustrativa tanto de las intersecciones entre el pensamiento sociológico y la biología como de la representación que los sectores dominantes construían sobre la cuestión. Allí González señala que, en el aspecto institucional, “los Territorios Nacionales han sido colocados por la Constitución [...] en condiciones de menores de edad [...] son estados en formación” encomendados al Congreso para que realizara en ellos la apertura a “todas las fuerzas vivas y civilizadoras del mundo”. “Lo mismo que pasa con los hombres, que poseen más o menos fuerzas y eficacia, según hayan sido los elementos adquiridos durante su educación elemental y moral, en la edad juvenil.” La infancia de los Territorios habría culminado, según González, entre 1879 y 1884, con su ocupación y organización, su juventud habría transcurrido de 1884 a 1902, durante los “tanteos de colonización” y hasta su dominio definitivo asegurado por los Pactos de Mayo, y desde 1902 se desplegaban “las obras de verdadero progreso económico, que preparan el período definitivo, que será el del desarrollo y expansión política de los territorios, en su categoría de estados de la unión federativa de las provincias argentinas”.

En síntesis, el impulso reformista de la segunda presidencia de Roca, en lo que hace a los Territorios Nacionales, se resolvió en una tendencia a concentrar poder en instancias ejecutivas (todo lo referido a los Territorios –concebidos como colonias internas– en el Ministerio del Interior, y la suma del poder político de cada Territorio en su gobernador) y en una limitación máxima de la representación política de sus ciudadanos (restringiendo la democracia en el ámbito municipal y negándola en el ámbito de las futuras legislaturas territorianas; alentando el surgimiento de una representación inorgánica de estilo oligárquico mediante “vecinos caracterizados” y asignando al Congreso de la Nación una representación genérica del pueblo de la Nación). El resultado de esta centralización del poder y de la detención del proceso de institucionalización que, según el programa original, habría llevado a los Territorios a convertirse en nuevas provincias federales, fue el fracaso del proceso previsto en la ley 1.532 de 1884, sin que esa norma haya sido reemplazada por otra. Los Territorios comenzaron a ser considerados abiertamente como colonias directamente dependientes de un Estado nacional encargado de un “fomento” económico y social privado de ciudadanía política.

## Los documentos compilados

La vinculación institucional de las gobernaciones con el Poder Ejecutivo, en ese particular esquema de colonialismo interno aplicado a los Territorios, se materializaba a través del Ministerio del Interior. El ministro, en cumplimiento del artículo 90 de la Constitución entonces vigente, como sus pares, presentaba una memoria anual de lo actuado por su cartera ante el Congreso de la Nación, luego de la apertura de éste. El apartado de la memoria ministerial referido a los Territorios Nacionales, como también otros referidos a las políticas de colonización, distribución de tierras públicas, realización de obras públicas nacionales, etc., se componía habitualmente con los informes enviados, a su vez, por los gobernadores de cada Territorio. Estas memorias e informes locales constituyen, entonces, una fuente de primera mano y frecuentemente desconocida por los investigadores para el conocimiento de la dinámica política de los Territorios Nacionales.

Los gobernadores territorianos duraban tres años en sus cargos, y podían ser renombrados por el Poder Ejecutivo, aunque a menudo fueron desplazados de sus cargos por irregularidades e incumplimientos. Para el caso de Río Negro, contamos con un estudio excelente y reciente acerca del desempeño de los primeros gobernadores (Ruffini, 2007, págs. 165-207); no así para Neuquén. Ruffini destaca que esos funcionarios fueron militares hasta fin del siglo; que el gobernador Vintter (1884-1888) retuvo también la Comandancia de la Segunda División del Ejército, dependiendo simultáneamente de los Ministerios del Interior y de Guerra –situación que también se dio en el Chaco hasta 1893–; que no habían ocupado cargos políticos anteriores; que eran terratenientes beneficiarios de la ley de premios militares de 1885. Pero el dato más llamativo de su análisis es el de que los gobernadores rionegrinos delegaron el mando durante la mayor parte de sus mandatos en sus secretarios, en los jefes de Policía o en otros jefes militares, residiendo generalmente en Buenos Aires y trasladándose a Viedma –con algunas excepciones– en el verano, y en algunos casos para recorrer el interior del Territorio. En 1894 el gobierno nacional debió dictar un decreto restringiendo las licencias de los gobernadores territorianos, que no siempre fue cumplido. La autora concluye que la liberalidad con que el gobierno toleraba el ausentismo de los funcionarios obedecería al reconocimiento de las dificultades que tenían para desempeñar sus funciones, y, en el fondo, al consenso existente acerca de que se trataba más de cargos militares fronterizos que de cargos civiles.

Los funcionarios autores de la documentación recopilada fueron los siguientes:

Ministros del Interior	Gobernadores de la Patagonia	
Antonio Del Viso (1880-1881)	Álvaro Barros (1878-1882)	
Bernardo de Irigoyen (1882-1886)	Gobernadores del Neuquén	Gobernadores de Río Negro
Eduardo Wilde (1887-1890)	Manuel J. Olascoaga (1884-1890)	Lorenzo Vintter (1884-1888)
Julio A. Roca (1890-1891)		Napoleón Berreaute (1888-1891)
José V. Zapata (1891-1892)		Félix Benavidez (1891-1894)
Manuel Quintana (1893-1894)	Franklin Rawson (1893-1899)	Liborio Bernal (1894-1897)
Benjamín Zorrilla (1895-1896)		
Felipe Yofre (1898-1900)	Lisandro Olmos (1899-1902)	José E. Tello (1898-1905)
Joaquín V. González (1901-1904)		

El contenido y el formato de las memorias, tanto de los ministros como de los gobernadores, variaron significativamente a lo largo del período. Esta variación puede relacionarse tanto con los estilos personales de cada ministro o de cada equipo de gobierno, como con las sucesivas coyunturas políticas o con la evolución de las percepciones que la élite liberal fue construyendo sobre los nuevos territorios norpatagónicos. Así, es posible distinguir subperíodos.

Un primer grupo de memorias forma parte, casi, del impulso conquistador iniciado en la presidencia de Avellaneda (1874-1880). Desde el Ministerio del Interior del presidente Roca (1880-1886), Bernardo de Irigoyen propone un programa fuertemente colonizador, y los primeros gobernadores militares de la Patagonia destacan las acciones exploratorias llevadas a cabo tanto por las mismas Fuerzas Armadas como por instituciones paraestatales como el Instituto Geográfico Argentino. En ese contexto, el informe del gobernador Vintter –último de la Patagonia y primero de Río Negro– sobre 1884 y el mapa neuquino de Olascoaga inauguran la mirada estatal sobre los nuevos recortes territoriales con el mismo tono de asombro y de respuesta a la novedad que caracteriza el discurso de los conquistadores. El año del cambio de gobierno, 1886, marca una pausa en los informes al Congreso: no hay memorias de Interior sobre 1885.

Un segundo grupo de memorias aparece caracterizado por el lacinismo del ministro Eduardo Wilde, bajo la administración del presidente Juárez Celman (1886-1890). Desde una postura política distinta de la de Irigoyen, la iniciativa estatal se abandona. Las memorias de los gobernadores Olascoaga y Berreaute sobre 1886, 1887 y 1888,

sin embargo, proporcionan las primeras descripciones sistemáticas de los Territorios. La del gobernador rionegrino es acompañada, incluso, en 1889, por una descripción elaborada por el pionero sanjuanino Hilarión Furque, que fue reeditada tanto suelta como por una de las revistas geográficas más significativas de la época. Los informes ministeriales al Congreso de esos años son extremadamente sintéticos, hasta el punto de que el de 1888 se limita a reproducir el texto de algunos decretos y resoluciones. Al año siguiente no se habría producido siquiera la memoria usual, y 1890, el año de la crisis, marca otro hiato en los informes.

Un tercer grupo de memorias es el producido entre 1891 y 1895, bajo las presidencias de Pellegrini (1890-1892) y Luis Sáenz Peña (1892-1895). El Ministerio del Interior presenció por esos años un verdadero desfile de figuras, condicionadas por los vaivenes de los acuerdos y desacuerdos políticos que contribuían a superar la crisis de 1890. El expresidente Roca y después los ministros Zapata, Quintana y Zorrilla, presentarían puntuales informes sobre la marcha del gobierno de los Territorios, quizá la memoria de Roca más marcada que las demás por el recuerdo del rol destacado que su autor había cumplido en la conquista de la región, pero reunidas todas ellas por un estilo común prescindente del Estado nacional frente al destino de los nuevos espacios. Ese tono de mediatez y desinterés contrasta, posiblemente, con el estilo crecientemente demandante de gobernadores como Rawson o Bernal, que muy en el tono político del momento se presentan como verdaderos regeneradores de la administración territorial. En 1897 y 1898 no se habría presentado memoria de Interior al Congreso, y tampoco hemos hallado informes de los gobernadores escritos en esos años.

Un cuarto grupo de memorias es el que corresponde a la segunda presidencia de Roca (1898-1904) y a la gestión de sus ministros del Interior, Yofre y González. El primero de ellos asumió, en sus presentaciones ante el Congreso de la Nación, la defensa de una fuerte iniciativa centrada en la reforma de la ley orgánica de los Territorios Nacionales que, como ya hemos visto, apuntaba a su encuadramiento en un régimen de colonialismo interno o a lo que Ruffini (2007) llamaría “la pervivencia de la ‘República posible’ en los Territorios”. Ese enfoque reformista coincide en líneas generales con la mirada de gobernadores como Rawson, Olmos y Tello, en el diagnóstico del fracaso de las intenciones de nacionalización de los Territorios puestas de manifiesto hasta entonces. Sin embargo, los reclamos de presencia estatal provenientes de las instancias locales marcan un divorcio creciente entre aquel colonialismo interno y los sueños de desarrollo fundados en la valorización de los recursos regionales. En ese sentido, el ministro González cierra el ciclo con una memoria plurianual que, a modo de síntesis y de

articulación, retoma algunos de esos temas y los reorienta hacia otro estilo de reformismo: el que caracterizaría la última década del régimen conservador, centrado en una inversión fuerte en obras de infraestructura que darían un perfil perdurable a los paisajes de la región.

La impresión general que deja al estudioso el recorrido por la historia de la Patagonia Norte durante el primer cuarto de siglo de su inserción en el régimen de Territorios Nacionales es, en primer lugar, la del asombro ante la diversidad y la riqueza de una región que se había prefigurado como un desierto inhóspito, y en segundo lugar, la pregunta acerca de sus posibilidades y modos de articulación con el sistema general de la nación argentina. Algunos de los rasgos definidos en esas primeras décadas constituyen marcas de identidad regional.

El acceso de los investigadores a algunos de los materiales generados por los gobiernos territorianos es especialmente dificultoso, principalmente a la documentación institucional del ámbito del Ministerio del Interior. Consideramos particularmente interesante la posibilidad de elaborar herramientas de referencia y de difusión de fondos de la Biblioteca Nacional, del Archivo General de la Nación y de otros repositorios, valiosos para el estudio de la historia nacional y las historias regionales. Nos propusimos trabajar con Memorias de los gobernadores de los Territorios Nacionales entre 1878 y 1904, Memorias del Ministerio del Interior del mismo período, y cartografía complementaria, producida por agencias estatales. Las memorias referidas contienen no solamente textos elaborados por los mismos gobernadores y ministros sino también informes y descripciones complementarias encargadas a otros agentes.

En exploraciones preliminares realizadas en los fondos de la Biblioteca Nacional y otros archivos y bibliotecas como el Archivo General de la Nación, la Biblioteca del Congreso de la Nación, la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, la Biblioteca de la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, el Archivo Histórico de la Provincia del Neuquén, el Archivo y Biblioteca Histórica de Río Negro y otros repositorios del país, hemos podido comprobar que una parte importante de las memorias mencionadas y de la cartografía sobre el tema se encuentran únicamente en la Biblioteca Nacional y forman parte de su valioso patrimonio. Esto nos ha permitido determinar un corpus documental constituido por las siguientes piezas, ordenadas cronológicamente según su fecha de producción:

*Plano del Territorio de la Pampa y Río Negro y de las once provincias chilenas que lo avecinan por el oeste. Comprende el trazo de la batida y exploración general hecha últimamente en el Desierto hasta la ocupación definitiva y establecimiento de la Línea Militar del Río Negro y Neuquén por el Ejército Nacional a órdenes del*

*Señor general D. Julio A. Roca. Construido en vista de planos, croquis parciales, itinerarios de los jefes de las divisiones y cuerpos expedicionarios y de los ingenieros militares que los acompañaron, y según exploraciones y estudios propios por el teniente coronel Manuel J. Olascoaga, jefe de la Oficina Topográfica Militar.*

[República Argentina] *Memoria del Ministerio del Interior correspondiente al año 1880 presentada al H. Congreso en 1881 por el ministro del ramo, Dr. D. Antonio del Viso*, Buenos Aires, La República, 1881: XXIV-XXVII; Anexo I, Gobernación de la Patagonia, págs. 693-703.

[República Argentina] *Memoria presentada al Honorable Congreso de la República Argentina por el ministro del Interior doctor Don Bernardo de Irigoyen correspondiente al año de 1881*, Buenos Aires, La Pampa, 1882: XII-XV, LI-LII, LIV-LVI; Anexo B, Gobernación de la Patagonia, págs. 11-14, 31-32.

[República Argentina] *Memoria del Ministerio del Interior presentada al Honorable Congreso Nacional por el Dr. Don Bernardo de Irigoyen correspondiente al año de 1882*, Buenos Aires, La Universidad, 1883: XVI-XXII, XXVII-XXIX, XLI-XLIII, LX-LXIII.

[República Argentina] *Memoria del Ministerio del Interior presentada al Honorable Congreso Nacional por el Dr. Don Bernardo de Irigoyen correspondiente al año de 1883*, Buenos Aires, La Universidad, 1884: XXIV-XLI, LV-LVI, LXI-LXX, LXXII-LXXVII, LXXX-LXXXV.

[República Argentina] Archivo General de la Nación, Ministerio del Interior, 1884, legajo 37, expediente 6.215: Plano del Territorio Nacional del Neuquén, diciembre de 1884, por M. J. Olascoaga.

[República Argentina] Archivo General de la Nación, Ministerio del Interior, 1884, legajo 38, expediente 6.418, folios 1-3: gobernador gral. Lorenzo Vintter al ministro del Interior Dr. D. Bernardo de Irigoyen (Viedma, 16/12/1884).

[República Argentina] *Memoria presentada al Honorable Congreso Nacional en el año 1887 por el ministro del Interior Dr. D. Eduardo Wilde*, Buenos Aires, La Tribuna, 1887, págs. 98-104, 107-111.

[Provincia del Neuquén] Archivo Histórico Provincial, Libro copiadador 1, folios 207-211: gobernador al ministro del Interior Dr. Don Eduardo Wilde (Ñorquín, diciembre de 1886; incompleto).

*Atlas Geográfico de la República Argentina que contiene los mapas de cada Provincia, y los del Uruguay y Paraguay, compuesto en presencia de los últimos trabajos científicos por D. M.F. Paz Soldán*, Buenos Aires, Félix Lajouane, 1887: planchas 22 y 23.

[República Argentina] *Memoria presentada al Congreso Nacional de 1888 por el ministro del Interior Doctor D. Eduardo Wilde*, Buenos Aires, Sud-América, 1888, págs. 295-296, 567-574.

[República Argentina] *Memoria del Ministerio del Interior presentada al Honorable Congreso Nacional en 1889*, Buenos Aires, Sud-América, 1889: tomo 2, págs. 283-302, 310-336.

[República Argentina] *Memoria del Ministerio del Interior presentada al Congreso Nacional en 1891*, Buenos Aires, La Tribuna Nacional, 1891, págs. 11-36.

[República Argentina] *Memoria presentada al Congreso Nacional de 1892 por el ministro del Interior Dr. José V. Zapata*, Buenos Aires, La Nueva Universidad, 1892, tomo I, págs. 129-146, 249-252, 261-266.

[República Argentina] Archivo General de la Nación, Ministerio del Interior, 1892, legajo 1, expediente 293, folios 2-11: Territorio del Río Negro, Memoria presentada por el gobernador gral. Félix Benavides correspondiente al tercer cuatrimestre de 1891 (Viedma, 31/12/1891).

[República Argentina] *Memoria del ministro del Interior ante el Congreso Nacional, 1893*, Buenos Aires, Tribuna, 1894, págs. 67-70, 86-92, 211-215.

[República Argentina] *Memoria del ministro del Interior ante el Congreso Nacional, 1894*, Buenos Aires, Tribuna, 1895, págs. 35-40, 47-52, y tomo III, anexos, 37-124.

[República Argentina] *Memoria del ministro del Interior ante el Congreso Nacional, 1895*, tomo III, Buenos Aires, Tribuna, 1896, págs. 451-487, 493-520.

[República Argentina] *Memoria presentada al Congreso Nacional de 1899 por el ministro del Interior Dr. Felipe Yofre, 1898*, tomo I, Buenos Aires, Tribuna, 1899, págs. 23-31, 55-234.

[República Argentina] *Memoria del departamento del Interior correspondiente al año 1899*, Buenos Aires, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, 1900, págs. 56-74, 93-101 y tomo II, anexos, 231-288, 310-344.

[República Argentina] *Memoria del departamento del Interior correspondiente al año 1900*, (Buenos Aires, Tribuna, 1901), págs. 15-26, 55-66, y tomo III, anexos, memorias de los gobernadores de los Territorios Nacionales (Buenos Aires, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, 1901), págs. 169-198, 203-206, 245-253, 263-315.

[República Argentina] Archivo General de la Nación, Ministerio del Interior, 1904, legajo 5, expediente 1070 (gobernador Eugenio Tello al ministro del Interior, Choele Choel, 9/3/1904).

[República Argentina] Memoria del departamento del Interior, 1901-1904, presentada al Honorable Congreso de la Nación por el ministro del Interior Dr. Joaquín V. González, Buenos Aires, 1904 págs. 28-33, 53-61.

Algunas de las opciones metodológicas que hemos hecho para la edición de estos materiales consisten en la modernización de su ortografía –usando mayúsculas, por ejemplo, para la identificación de instituciones y no de cargos personales; distinguiendo el nombre del río Negro de aquel del Territorio de Río Negro– y de la toponimia y antroponimia en la medida en que pudo ser determinada.

## Referencias bibliográficas

- Arguindeguy, Pablo E.: "Del 'desierto' a los Territorios Nacionales y de ellos a lo institucional de las nuevas provincias", en *Décimo Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina (Santa Rosa, 6 al 8 de mayo de 1999)*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999, separata.
- Carrasco, Gabriel: *De Buenos Aires al Neuquén. Reseña geográfica-industrial-administrativa*, dedicado al ministro del Interior J. V. González, Buenos Aires, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, 1902a.
- Carrasco, Gabriel: *El Territorio Nacional del Neuquén. Informe presentado al Excmo. Sr. Ministro Dr. Dn. Joaquín V. González por el director general de la Segunda Sección (Censo y Territorios Nacionales)*, Buenos Aires, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, 1902b.
- Castro, Hortensia: Viajes de exploración y construcción de la naturaleza en torno al Noroeste argentino. CD-ROM *Actas de las X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Rosario, Universidad Nacional de Rosario, 2005.
- Caterina, Luis María: "Los gobiernos de las provincias. Territorios Nacionales. Régimen municipal (1852-1914)", en Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2000, tomo V, 141-169. *Decreto de división administrativa de los Territorios Nacionales de la República Argentina*, Buenos Aires, Alsina, 1904.
- Díaz, Raúl B.: *La educación en los Territorios y colonias federales. Veinte años de inspector, 1890-1910*. Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1910.
- Dodds, Klaus-John: "Geography, Identity and the Creation of the Argentine State", en *Bulletin of Latin American Research*, 12-3 (1993), págs. 311-331.
- Escolar, Marcelo: "Exploration, cartographie et modernisation du pouvoir de l'État", en *Revue Internationale des Sciences Sociales* (UNESCO, París), 151 (marzo de 1997), Géographie: état des lieux II, Processus sociaux et espace géographique, págs. 59-78.
- Ferrari, Gustavo: "La Argentina y sus vecinos", en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (compiladores), *La Argentina del ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, págs. 671-694.

- Fulvi, Nilo Juan: *El Territorio Nacional del Río Negro durante la Generación del '80 (1880-1914), El proceso de su integración a la economía nacional*. Viedma, Universidad Nacional del Comahue (tesis de Licenciatura en Historia), 1983.
- Gallo, Ezequiel: “La consolidación del Estado y la reforma política (1880-1914)”, en Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2000, tomo IV, págs. 511-541.
- Hobsbawm, Eric: *La era del capital, 1848-1875*, Buenos Aires, Crítica, 1998.
- Lenzi, Juan Hilarión: *Gobierno de Territorios, Conceptos básicos de la ley orgánica territorial*. Buenos Aires, Mercatali, 1939.
- Linares Quintana, Segundo V.: “Introducción al estudio del derecho público de los Territorios Nacionales”, en *Boletín de la Biblioteca del Congreso Nacional*, 1935, págs. 1706-1735.
- Navarro Floria, P.: “Ciencia y discurso político sobre la frontera sur argentina en la segunda mitad del siglo XIX”, en *Saber y Tiempo*, Buenos Aires, 13 (enero-junio de 2002), págs.33-56.
- Navarro Floria, Pedro: “La nacionalización fallida de la Patagonia Norte, 1862-1904”, en *Quinto Sol*, Universidad Nacional de La Pampa, Santa Rosa, 7 (2004), págs. 61-91.
- Navarro Floria, Pedro: “Visitar al soberano. El viaje político al interior como instrumento del gobierno y de la mirada oligárquica: Patagonia, 1899-1911”, en *Modernidades* (Córdoba), 6 (junio 2007a), [http://www.ffyh.unc.edu.ar/modernidades/VI/Revista\\_e-ModernidadesVI.htm](http://www.ffyh.unc.edu.ar/modernidades/VI/Revista_e-ModernidadesVI.htm).
- Navarro Floria, Pedro (coord.): *Paisajes del progreso. La resignificación de la Patagonia Norte, 1880-1916*, Neuquén, EDUCO, 2007b.
- Oliveros Escola, Eduardo: “Territorio del Neuquén y Limay”, en *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, Buenos Aires, XIV (1893), págs. 369-385.
- [República Argentina] Congreso Nacional. *Diario de sesiones de la Cámara de Senadores*, año 1907, tomo I, sesiones ordinarias, Buenos Aires, El Comercio, 1907.

- Rollino, Cristóbal: “Territorios y gobernadores”, en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Buenos Aires, XI (1901-1902), págs. 223-226.
- Ruffini, Martha: *La pervivencia de la República posible en los Territorios Nacionales. Poder y ciudadanía en Río Negro*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2007.
- Segovia, Juan F.: “Los poderes públicos nacionales y su funcionamiento (1852-1914)”, en Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2000, tomo V, 105-140.
- Teobaldo, Mirta, García, Amelia B. y Nicoletti, María A.: *Hoy nos visita el inspector. Historia e historias de la Inspección y Supervisión escolar en Río Negro y Neuquén, 1884-1992*, Gral. Roca, Publifadecs, 2005.
- Territorios Nacionales, Leyes y decretos sobre su administración y resoluciones varias aplicables a los mismos*, Buenos Aires, González y Cía., 1914.
- Zeballos, Estanislao: “De Magallanes a la Puna”, en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Buenos Aires, III (1899), págs. 308-315.
- Zubiaur, Juan B.: *Las escuelas del Sud. Informe presentado por el vocal del Consejo Nacional de Educación*, Buenos Aires, El Comercio, 1906.
- Zusman, Perla Brígida: “Sociedades Geográficas na promoção do saber ao respeito do territorio, Estratégias políticas e académicas das instituições geográficas na Argentina (1879-1942) e no Brasil (1838-1945)”, Universidade de São Paulo, Dissertação de Mestrado em Integração da America Latina, 1996.
- Zusman, Perla y Minvielle, Sandra: “Sociedades Geográficas y delimitación del territorio en la construcción del Estado-Nación argentino”, en [http://www.educ.ar/educar/servlet/Downloads/S\\_BD\\_TERRITORIO/TERRITZUS.PDF](http://www.educ.ar/educar/servlet/Downloads/S_BD_TERRITORIO/TERRITZUS.PDF).

Durante el año 2007 la Biblioteca Nacional realizó un concurso de becas de investigación al que llamó “Félix de Azara”, que convocó a proyectos orientados a recopilar y analizar los distintos modos de conocimiento de la región durante el siglo XIX: imágenes, mapas, descripciones, historias, relatos de viajeros.

En este libro se publican tres de los trabajos realizados en el marco de ese concurso. Diversos, coinciden en el gesto de descubrir nudos singulares de una cultura cuyas fronteras y definiciones de identidad eran evidentemente móviles. Los artículos de Irina Podgorny, Marta Penhos y Pedro Navarro Floria reconstruyen viajes distintos: el del funcionario, el del explorador, el del buscador de oportunidades; el del informe estatal, el de los libros hacia su público, el de las colecciones de monstruosidades.

